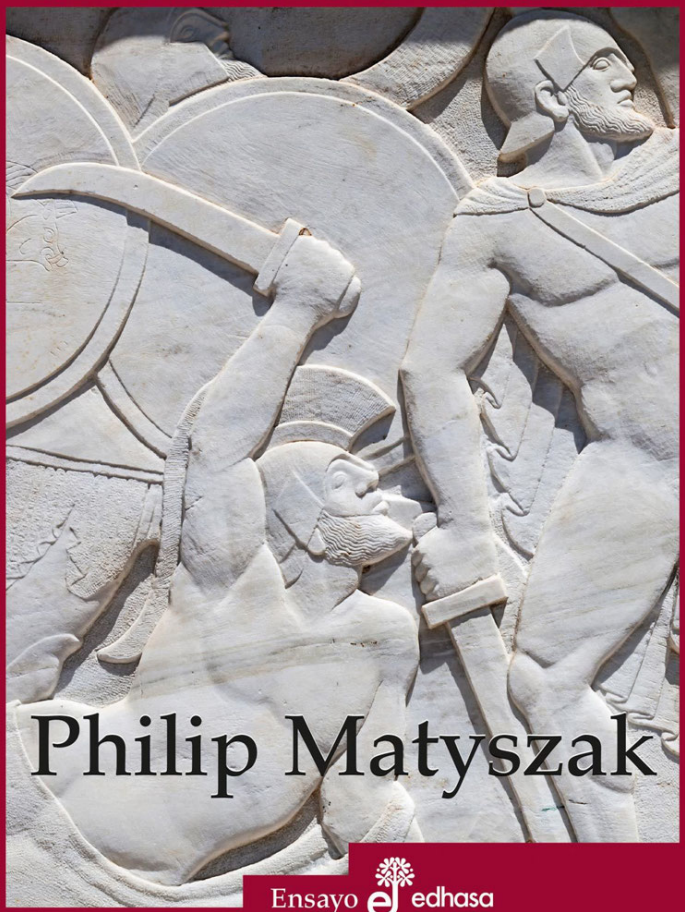
Esparta

LA DERROTA DEL GUERRERO

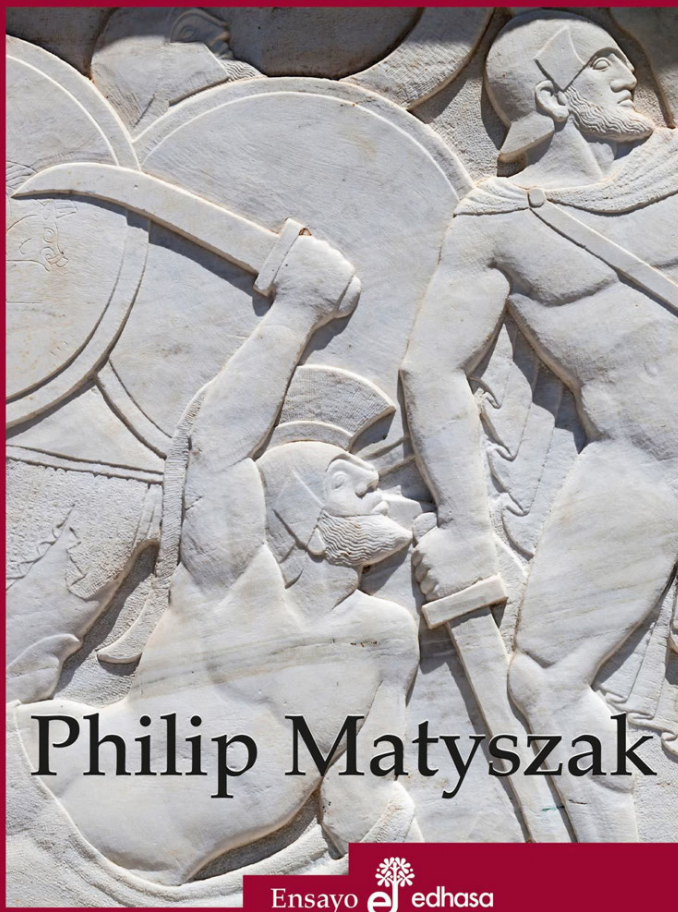


Philip Matyszak

Ensayo edhasa

Esparta

LA DERROTA DEL GUERRERO



Philip Matyszak

Ensayo edhasa

ESPARTA

PHILIP MATYSZAK

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: Sparta. Fall of a Warrior Nation

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de cubierta: Detalle del monumento de Leónidas en las Termópilas, Grecia. Shutterstock

Primera edición impresa: febrero de 2022

Primera edición en e-book: febrero de 2022

© Philip Matyszak, 2018

© de la traducción: Julieta Lionetti, 2022

© de la presente edición: Edhasa, 2022

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4848-4

Producido en España

ESPARTA

Introducción

Este libro cuenta la historia de la caída de Esparta. En los próximos capítulos, seguiremos el descenso de Esparta a lo largo de tres siglos, desde una inicial posición de poder, siendo Esparta una nación admirada, respetada y temida, hasta la de un estado insignificante en el Peloponeso, vulnerable ante sus depredadores vecinos y casi universalmente ridiculizado y malquisto. En griego, la palabra «historia» significa «indagación», y dicha indagación es el corazón de esta obra. ¿Qué le pasó a Esparta? ¿Cómo cayó tan bajo? ¿Se habría podido evitar? ¿Y qué lecciones podemos aprender de su caída?

Nuestra historia comienza en el período que sigue al desastre de la batalla de Platea, en el 479 a. C. En ese momento, Esparta era indiscutiblemente el estado más poderoso de Grecia. Cómo se perdió dicho liderazgo y con ello la autoridad moral es uno de los temas que abordaremos. A su vez, estudiaremos de qué manera el pensamiento de los lideres espartanos acerca de la concentración de poderes y de lo que era bueno para Esparta, y sólo para Esparta, fue a la vez una idea corta de miras y, a largo plazo, muy perjudicial.

La guerra del Peloponeso habría debido garantizar a Esparta el dominio de Grecia, de la misma forma que las guerras Pírricas determinaron el dominio de Roma sobre la península itálica. Pero mientras Roma continuó y fundó un imperio, Esparta avanzó hacia un colapso caótico. La mayor parte del contenido de este libro se dedica a la guerra del Peloponeso y sus consecuencias, precisamente por la importancia que tiene mostrar por qué, aunque en apariencia Esparta salió triunfante del conflicto, la victoria fue muy diferente de la que se había conseguido contra los persas en el siglo anterior. De aquélla, Esparta salió convertida en una sociedad segura de sí misma y como un modelo para los griegos de su tiempo. Sin embargo, tras la guerra del Peloponeso, la autoridad moral de Esparta estaba hecha jirones; su sociedad, fracturada, y su capital político, derrochado. Esparta ganó la guerra, pero al mismo tiempo perdió Grecia.

Conforme seguimos los intentos de Esparta por mantener la hegemonía en Grecia después de la guerra del Peloponeso, se nos revela como nunca antes su esterilidad intelectual. Atenas estaba lejos de ser admirable en muchos sentidos, pero nadie le negaba que tenía mucho que ofrecer. Los atenienses estaban impulsando el avance del género humano con las artes, la ciencia y la filosofía, con una libertad intelectual y una ambición ilimitadas (y a menudo perturbadoras). En un primer momento, Esparta también parecía simbolizar algo: la nobleza del sacrificio, el poder de la disciplina y el uso de estos atributos para luchar por la libertad de la diminuta Grecia contra un imperio formidable y expansionista. Sin embargo, a cambio del dominio de Grecia, los espartanos obviaron todas esas cualidades por las cuales era admirada y cedieron ante los persas a cambio de respaldo político y un montón de dinero. A partir de ahí, Esparta vivió con un conservadurismo huero combinado con un militarismo amoral que no tenía más propósito que mantenerse en el poder.

Como era de esperar, el resto de Grecia rechazó este comportamiento con vehemencia. Así, por ejemplo, cuando Tebas comenzó a ganar predominancia, lo que representaba era «no ser Esparta». Para entonces, Esparta producía tanta antipatía que gran parte de Grecia se alineó con Tebas. Por ejemplo, en «el siglo III, se decía de los tebanos, de forma completamente peyorativa, que «actuaban como espartanos». Esto mismo, dos siglos antes habría sido un gran elogio.

Mientras los romanos ampliaban su cuerpo cívico (a veces mediante la incorporación a gran escala de comunidades enteras, aunque no quisieran), los espartanos se negaban en redondo a compartir la ciudadanía o el poder, tanto con sus aliados como con otros pueblos de Lacedemonia, e incluso ni siquiera con aquellos de sus propios habitantes considerados «inferiores». Para un esparciata,[1] había muchas maneras de perder su rango, pero sólo podía obtenerlo por linaje. Como veremos, esto significó que, a lo largo de los siglos, los privilegios que conllevaba el rango de los esparciatas estuvieran contenidos a un círculo cada vez más restringido, si bien este elitismo fuera en contra del bienestar del Estado que ellos mismos decían personificar.

En resumen, este libro es el estudio de una espiral social descendente y una lección práctica sobre los peligros del egocentrismo corto de miras en las relaciones entre estados. La caída de Esparta no fue inevitable, y las enseñanzas de cómo se habría podido evitar esa caída no son sólo aplicables a Esparta. Para sus admiradores (y hay muchos) la tragedia de esta historia no es que Esparta sucumbiera; la tragedia reside en aquello en lo que Esparta se convirtió antes de caer.

Capítulo 1

El estado de la nación.

Esparta en el 478 a. C.

Si bien las batallas de Platea y Mícala en el año 479 a. C. no habían significado el fin de las guerras médicas, al menos las habían llevado a punto muerto. Con el cese de las hostilidades, Esparta se encontró en una encrucijada. Cuando Persia amenazó a la península, todos los griegos habían recurrido a Esparta en busca de liderazgo, y Esparta había cumplido. Y en verdad se convirtió en líder de todos ellos, pues, pese a que los comandantes espartanos se desempeñaron mal en dirección militar y habilidades tácticas, la capacidad de lucha de los hoplitas espartanos salvó la reputación de la ciudad en cada ocasión. En consecuencia, Esparta salió de las guerras médicas admirada y respetada por el resto de Grecia.

El asunto era ¿qué pensaba hacer Esparta a partir de ese momento? Si los espartanos lo deseaban, la hegemonía permanente en la Liga Helénica estaba a su disposición. A su vez, esto habría significado extender los horizontes espartanos más allá del Peloponeso, hasta la costa de Anatolia, e incrementar su poder de la Liga del Peloponeso a las ciudades-estado del mar Egeo. Era un papel complejo y exigente, pero, sin duda, muchos espartanos hubiesen estado encantados de asumirlo.

Desde luego, entre ellos estaba Pausanias, el general que había comandado –con cierto grado de incompetencia– en la batalla de Platea y que ahora disfrutaba de su papel de representante de los intereses de Esparta en el exterior. Sin embargo, como muchos otros espartanos que se aventuraron fuera de los límites de su sociedad,

Pausanias se demostró incapaz. Las ciudades griegas con las que tenía tratos lo juzgaban arrogante y arbitrario, y un creciente flujo de quejas sobre su conducta comenzó a llegar a los éforos de Esparta.

Tal vez haya sido esta «ingratitud» de los estados griegos liberados lo que provocó que los espartanos se retiraran activamente de la Liga Helénica. Otros historiadores, y también algunos de los contemporáneos griegos, lo vieron como un ejemplo del conservadurismo espartano, de la incapacidad y falta de audacia para consolidar la posición de la ciudad como el principal estado de Grecia. Con los espartanos aparentemente desinteresados, el control de la Liga cayó en manos de los emprendedores, ambiciosos y amorales atenienses, un pueblo cuyo apetito por los retos nunca ha sido puesto en duda.

Sí es cierto que Esparta siempre fue insular y provinciana. La ubicación de la ciudad en el sur del Peloponeso presuponía que no podía ser de otra manera. Agradable como era su situación en las orillas del río Eurotas, Esparta nunca iba a convertirse en una metrópolis internacional, porque tampoco era la más accesible de las ciudades. La aproximación por el mar era peligrosa, incluso en los meses en que la temporada era buena para la navegación. La única ruta posible era por el sur, donde los cabos gemelos de Malea y Ténaro tenían una reputación temible por los naufragios habidos allí. Estos dos promontorios cerraban virtualmente cualquier acercamiento a Lacedemonia desde el este y el oeste. A cada lado del valle del Eurotas, había cordilleras con pasos que iban de abruptos a totalmente inaccesibles. Debido a las dificultades geográficas para el acceso a la ciudad, durante gran parte del año la única vía de aproximación era por el norte, a través de una serie de pasos de montaña retorcidos. En consecuencia, Esparta era una ciudad diseñada por naturaleza para ser un remanso, apartada de la agitada lucha política griega. Mientras el mundo entero podía enviar, y por tanto enviaba, visitantes y mercancías a través de los puertos de Atenas y Corinto, raro resultaba ver extranjeros en Esparta (y no especialmente bienvenidos), y los bienes comerciales, escasos.

Aun así, y a pesar de las desventajas naturales de la ubicación de la

ciudad, durante los siglos previos Esparta se había convertido en la nación más destacada de Grecia. Este ascenso, y casi todo el resto de los rasgos significativos de la vida espartana, tenían una causa fundamental: Mesenia. Es difícil sobrestimar el efecto de Mesenia sobre Esparta (y viceversa). A lo largo de la historia de la Grecia clásica, los dos estados compartieron una relación nefasta y disfuncional que, para los espartanos, era tanto una suerte como una maldición, y, para los mesenios, una maldición inexcusable.

Fue la conquista de Mesenia, en el siglo VIII a. C., la que propulsó a Esparta a ser uno de los estados principales de Grecia. La riqueza agrícola de Mesenia se convirtió en la principal economía de Esparta; dado que la población sometida de Mesenia trabajaba esas tierras para los espartanos, éstos pudieron mantener lo que en la época fue la única casta de guerreros profesionales de la península. Así, los que eran considerados ciudadanos plenos (los esparciatas) no hacían otra cosa que entrenarse para la guerra, para lo que estaban especialmente dotados. Durante la mayor parte del siglo que precedió a las guerras médicas, cualquier estado que se enfrentara a los espartanos en batalla perdería, y esta percepción era la base de buena parte del respeto que les tenían.

De todos modos, hubo un lado oscuro en la conquista de Mesenia. Si con ello Esparta se convirtió en el estado hegemónico de Grecia, mantener el territorio supuso para Esparta un reto complicado. El control de Mesenia no era barato ni fácil; en parte, porque los mesenios y los espartanos se parecían mucho: orgullosos, implacables y obstinados. Ciertamente, éste es el motivo por el cual la conquista original de Mesenia llevó tanto tiempo y conllevó que Esparta se empleara tanto en el empleo de trucos sucios y la diplomacia desleal como en el esfuerzo militar.

Sin embargo, la mayor dificultad para Esparta residía en la gran diferencia entre los espartanos y los mesenios: éstos eran mucho más numerosos, y la tierra que ocupaban, más extensa y próspera. A veces, cae en el olvido que la poderosa Esparta era, en realidad, una confederación de cuatro aldeas. En una estimación aproximada, el «área metropolitana» de Esparta se reducía a unos 130 kilómetros cuadrados, con unos treinta mil ciudadanos. En pleno rendimiento, la Esparta del siglo V podía poner cinco mil hoplitas en el campo de

batalla, aunque esta cantidad se veía incrementada considerablemente por las contribuciones de otros pueblos de Lacedemonia habitados por los perioikoi[2] y miembros de la Liga del Peloponeso.

Mesenia, en cambio, con unos 28 000 kilómetros cuadrados de extensión, era unas doscientas veces más grande que Esparta, aunque la cifra se exagera por la inclusión de vastas áreas de cordillera y desierto. Aun así, incluso si asumimos que sólo el veinte por ciento de Mesenia estuviera ocupada por hombres, era unas diez veces más grande. Este hecho se refleja en las cifras de población. A pesar de la inexistencia de nada que se parezca a unas estadísticas espartanas, se pueden hacer algunas estimaciones a partir de las investigaciones arqueológicas y del número de ilotas que los espartanos llevaron a la batalla de Platea (35 000, según Heródoto).

Estos datos, en combinación con un estudio sobre la población de Mesenia en el siglo XIX (momento en que el desarrollo agrícola era parecido), han llevado a los historiadores a extrapolar una población de unos 130 000 o 175 000 mil mesenios. Cuántos de ellos habrían formado parte de un ejército de liberación es imposible de discernir, más teniendo en cuenta los deliberados y despiadados esfuerzos de los espartanos para evitar que formaran un ejército semejante.

De todas maneras, es revelador que los espartanos operasen con la regla de que cada esparciata tenía que ser el equivalente militar de siete o diez mesenios. Esto no da como resultado un ejército potencial de 50 000 mesenios, porque los espartanos eran lo bastante realistas como para reconocer que, si debían acometer una guerra sin cuartel contra los mesenios, también tendrían que vérselas con otros enemigos oportunistas. Sin embargo, podemos suponer que Mesenia era capaz de juntar a 25 000 mil guerreros, mal armados, pero muy entusiastas, y con muy poca antelación. En otras palabras, aunque no tuviera que enfrentarse a ningún otro enemigo y sin otros compromisos en el exterior, el ejército espartano arrancaba con una desventaja numérica de cinco a uno.

En resumen, al ocupar Mesenia, los espartanos tenían a un tigre agarrado por la cola, y eran muy conscientes de esta realidad. Como

Aristóteles señaló acerca de los ilotas y otras poblaciones sometidas similares en Tesalia:

Porque los penestas[3] de Tesalia realizan frecuentes ataques contra los tesalios, tal y como lo hacían los ilotas contra los lacedemonios; de hecho, se los puede describir como perpetuamente al acecho para sacar ventaja de las desgracias de sus amos.

(Aristóteles, Política, 2.9)

Una vez conquistada Mesenia, los espartanos no tenían más alternativa que seguir ocupándola. Durante generaciones, los mesenios habían sentido animadversión contra Esparta, y, si por alguna razón los espartanos abandonaban sus tierras y dejaban a los mesenios a su propia merced, pocos dudaban de cuál sería la primera acción de una Mesenia libre: asegurarse de que Esparta nunca pudiera volver a por ellos y que, preferentemente, se convirtiera en una estragada pila de escombros humeantes. En otras palabras, la ocupación de Mesenia era condición indispensable para la continuidad de la existencia de Esparta.

La técnica espartana para el control de Mesenia fue básicamente un reinado de terror. Cualquier mesenio que mostrara señales de oposición o iniciativa, sin importar cuán inofensiva fuera la dirección que tomaba, era asesinado sin demora por la krypteia, una organización de jóvenes espartanos dedicada a este fin. Para legitimar estos asesinatos, las autoridades espartanas declaraban de forma habitual hostilidades contra los ilotas al comienzo de cada año, de manera que pasaban por actos de guerra. A pesar de esto, había épocas en las que se consideraba necesario tomar medidas más radicales, y, como se verá, los espartanos tampoco se acobardaban ante ellas.

En definitiva, la ocupación espartana de Mesenia había supuesto unos siglos de opresión intransigente, y los espartanos eran odiados

en todas partes, pues dejaban víctimas por doquier, de modo que podemos atribuir a esto su falta de interés en expandirse o aventurarse a otros territorios, más que al conservadurismo o el retraimiento innato a Esparta. La razón por la que todo varón espartano era un guerrero, por la que la nación estaba implacablemente optimizada para la guerra, es que Esparta debía tensar sus nervios para mantener Mesenia bajo control.

Esparta tenía sólo cinco mil guerreros. La historia ha demostrado que esta cantidad era suficiente para oprimir a Mesenia, pero no dejaba demasiadas reservas para ninguna otra cosa. La idea de que el ejército espartano pudiera marcharse durante meses a una campaña por Anatolia era una fantasía. Estados como Atenas sí eran capaces de enviar a casi todos los varones en buena condición física a una aventura en el exterior, confiados en que contaban con el sólido apoyo de los que se quedaban en casa. El ejército espartano no conocía esos lujos. En el momento en que los ilotes se dieran cuenta de que sus opresores podían no volver, no sólo se sacudirían las cadenas, sino que también descenderían sobre Esparta con la intención de aniquilar a base de sangre tres siglos de rencores.

Ésta era la realidad de la política exterior de los espartanos, y una realidad que se esforzaban mucho por ocultar a sus vecinos. Y sobre ello basaban todas sus acciones los espartanos: «¿Cómo afectará esto a nuestro control de Mesenia?»; si la respuesta resultaba ser evitar conflictos en el exterior y mantener el ejército espartano lo más cerca posible de casa, era del todo previsible. Es decir, si Esparta era conservadora, se debía a que los espartanos tenían mucho que perder de cualquier cambio del statu quo; si a veces los espartanos parecían retraídos, se debía a que tenían mucho que temer.

En un libro complementario a éste (Philip Matyszak, Sparta. Rise of a Warrior Nation, 2017) se ha de mostrado que, conforme Esparta expandía su poder hacia el norte del Peloponeso, quedó en evidencia que un sometimiento similar al que habían aplicado con los mesenios no era posible con los vecinos más septentrionales. En pocas palabras, todo lo que Esparta podía hacer era retener a la población sometida que ya poseía, sin aumentarla. Sin embargo, aun así, lugares como Tegea y Arcadia tenían que ser incluidos en la hegemonía espartana por simple autoconservación. Tiempo atrás,

ambas habían tenido un malsano interés en arrastrar a Mesenia a sus propias luchas políticas. Si esas luchas eran contra Esparta, sembrar cizaña era una perturbación garantizada y, en otras situaciones, no cabía duda de que cualquier estado que sacara a Mesenia de las garras de Esparta tendría un aliado poderoso y profundamente agradecido por siempre.

Y, en verdad, éste era el propósito principal de la Liga del Peloponeso, que constituía menos un instrumento con la intención de usarse contra enemigos lejanos que un medio con el cual prevenir que otros enemigos se unieran contra Esparta. Después de todo, la mejor manera de evitar alianzas contra Esparta era tener a los pueblos comprometidos en una alianza con Esparta…, y, bajo juramento, ayudar a Esparta contra cualquiera que se demostrara proclive a ir enfrentarse a ella. La intención quedó clara desde un principio. Los estados miembros no tenían ninguna obligación ni ningún tratado con nadie más; sus alianzas eran sólo con Esparta.

Efectivamente, la Liga del Peloponeso se había formado para proteger a Esparta de aquellos estados que componían su membresía, y Esparta no tenía ningún interés en ampliarla. No había ninguna razón para incluir, por ejemplo, a las ciudades del litoral de Anatolia. En las mentes espartanas se concebía que el peligro para la ciudad era directamente proporcional a la cercanía de los estados con respecto de Mesenia. Las ciudades al otro lado del Egeo estaban demasiado lejos para ser una amenaza y, por tanto, no tenía ningún sentido adherirlas a la Liga. Si, tal y como se supone a veces, la Liga del Peloponeso hubiese sido, de hecho, un instrumento del imperialismo espartano, agregar ciudades-estado lejanas habría incrementado el alcance y el poder de la Liga. Pero éste no era el objetivo de la Liga. No se trataba de expandir las posesiones de Esparta, sino de ayudar a Esparta a conservar lo que ya tenía.

Por supuesto, había un estado del Peloponeso que no era miembro de la Liga: Argos. Se podría pensar que esta ciudad antigua y poderosa podía suponer una amenaza significativa para Esparta, sin embargo, la generación anterior a las guerras médicas desaprovechó la oportunidad de destruir Argos por completo. ¿Por qué?

Pensándolo bien, se puede argumentar que la existencia de Argos

era lo bastante beneficiosa como para que Esparta tuviera interés en que siguiera siendo poderosa…, hasta cierto punto. Para empezar, en Argos, como en cualquier otra ciudad griega de la época, la guerra era casi un pasatiempo de temporada para los hoplitas. Históricamente, los argivos tenían la costumbre de pelear contra sus vecinos más pequeños y débiles. Por tanto, así los espartanos podían de mostrar a otros miembros de la Liga que únicamente su alianza con Esparta era la que hacía que Argos los dejara en paz. La defección de la Liga podía o no podía significar una guerra con Esparta, pero más temprano que tarde, ciertamente, significaría guerra con Argos.

Este argumento funcionó tanto con miembros menores de la Liga como con el más grande e incómodo de los aliados de Esparta: Corinto. En cierta medida, la política peloponense consistía en una recelosa interacción entre tres poderosas ciudades-estado: Esparta, Argos y Corinto. Rica, sofisticada, cosmopolita y ligeramente decadente, Corinto no tenía absolutamente nada en común con Esparta, salvo la única cosa que les hacía mantener una alianza: el deseo de tener a Argos bajo firme control. Por lo tanto, Esparta y Corinto combinaban fuerzas para controlar a la tercera, Argos. Si se eliminaba a Argos de la ecuación, la desventaja era real, ya que también se eliminaba lo único que mantenía a Esparta y Corinto como aliados. Sin Argos, en lugar de dos ciudades poderosas intimidando a una tercera, Esparta y Corinto, casi iguales en poder, habrían quedado enfrentadas irremisiblemente, lo que podía suponer un grave deterioro de las ventajas anteriormente expuestas.

En otras palabras, Esparta necesitaba la Liga del Peloponeso y, para mantener dentro de la Liga a los miembros, importantes y pequeños, necesitaba también a Argos. Y Argos debía ser hostil pero relativamente impotente. Tal vez no sea una coincidencia que esta condición describa en líneas generales a Argos, tanto en la época previa a las guerras médicas como de allí en adelante.

Por consiguiente, si observamos la posición de Esparta inmediatamente después de las guerras médicas, podemos ver que los líderes tenían buenas razones para sentirse satisfechos. Es decir, si tenemos en cuenta que el objetivo primordial de los espartanos en política exterior era asegurarse de que nada amenazaba su dominio

de Mesenia, entonces todo estaba correcto. Los pueblos cercanos a Esparta eran aliados o súbditos, y los más lejanos la miraban ya fuera con respeto cauteloso ya con admiración absoluta.

La hegemonía espartana había sido esencial para unificar a los griegos contra el invasor persa, en parte debido a la alta consideración en la que entonces se tenía a Esparta. Sin embargo, esta unidad griega también se dio, en parte, porque los espartanos dejaron claro que, si la invasión persa era rechazada con éxito, tendrían un ajuste de cuentas con cualquiera que abandonara las filas. Y, de todos los estados griegos, Esparta era el mejor equipado para cumplir con esa amenaza.

Ahora que Grecia estaba a salvo, tras haber rechazado la invasión persa, cabe poca duda de que tanto Esparta como Persia habrían negociado sin ningún problema la paz de haber alguna manera de hacerlo y salvar las apariencias. Desde el punto de vista persa, una derrota de la magnitud que acababan de sufrir tenía repercusiones en todo su imperio. La multitud de pueblos que conformaban los dominios de Persia tenían poco en común entre sí salvo el máximo respeto a su ejército. Cuando la noticia de la derrota se propagara a lo largo y ancho del imperio, sería inevitable que las naciones propensas a la independencia se decantaran por rebelarse. Esto era especialmente peligroso con respecto de los egipcios, conscientes de sus miles de años de historia como estado independiente y acerbamente resentidos con el control persa. Es muy probable que, en este contexto de disturbios internos, el rey de reyes persa Jerjes ejecutara al gobernador Bactra, de ideas independientes, más que como lo describe Heródoto (Libro IX, pp. 110 y sigs.), en una escabrosa historia de enemistades dentro del harén.

En vista de las circunstancias, cabe suponer que los persas habrían preferido fingir que la aventura griega nunca había ocurrido y se habrían inclinado por desentenderse de los recalcitrantes y enojosamente bien armados pueblos del oeste. Entonces podrían ponerse manos a la obra para calmar a las agitadas naciones que querían escapar de su control, y luego volver a centrarse en expanderse hacia territorios más provechosos. El problema de Persia era la percepción pública, ya que sellar la paz en ese momento sería visto como una clara admisión de la derrota, y los

persas todavía no estaban preparados para eso. Por razones propagandísticas, debían fingir que, aunque sus planes habían sufrido un revés, la conquista de Grecia aún era una empresa en ciernes y que su invencible máquina guerrera sólo estaba maniobrando para encontrar un nuevo camino por donde rodear los obstáculos actuales. Así que Persia continuó la guerra con los griegos, aunque se cuidaba de entrar en la menor cantidad de hostilidades reales posibles.

Para Esparta, las guerras médicas habían sido una lucha para mantener a los persas alejados de Grecia y, una vez conseguido el objetivo, tenían pocos motivos para seguir luchando. Esparta había mostrado poco apego o interés por las ciudades de Jonia, a las que consideraba como una distracción para que los atenienses no se entrometieran, pero ahora que Esparta había obtenido la supremacía de la Liga Helénica, esas ciudades confiaban en que los espartanos mostraran su liderazgo, pero los desconcertados espartanos no sabían cómo hacerlo.

Una paz con Persia que dejara a las ciudades jónicas a su suerte habría sido ideal. En cualquier caso, los jónicos vieron una oportunidad de dañar al coloso persa mientras estaba herido. Querían continuar la guerra, con o sin Esparta. Y tampoco los espartanos estaban unidos en este asunto: algunos dieron la bienvenida a la oportunidad de consolidar la hegemonía de la ciudad sobre todos los pueblos griegos; otros, mirando nerviosamente por encima del hombro a las montañas mesenias, discreparon sobre el asunto con pasión. Por tanto, es un error suponer que internamente Esparta viviera en paz.

Por cierto, el sistema de la Gran Reta[4] había demostrado su valía. Los trescientos de las Termópilas habían muerto sin quejas, incluso con orgullo, y, aunque el generalato los había dejado expuestos ante un enemigo que los superaba cinco veces en número, los hoplitas se habían mantenido firmes y decididos y finalmente habían triunfado en Platea. Por lo tanto, ¿en verdad lo único que debía hacer Esparta para continuar su éxito futuro era mantener el sistema y conseguir guerreros como aquéllos? En Grecia se conocía el carácter espartano: lacónico pero calculador, honorable hasta el extremo, indiferente tanto al dolor como al lujo y siempre disciplinado e

impávido. Sin duda, los espartanos eran tan insulares que muy pocos griegos los habían tratado cara a cara en un entorno social. Por ello, del liderazgo de Esparta de la Liga Helénica surgió un problema inesperado: puso a otros griegos en contacto estrecho con los espartanos que estaban al mando. Demasiado a menudo, la realidad trajo consigo la decepción. La mística espartana se demostró penosamente vulnerable a los muy humanos puntos débiles de los espartanos de carne y hueso.

De esta manera, no puede sorprender que, lejos de estar serenamente satisfechos, el liderazgo espartano se desgarrara en un debate virulento sobre cómo aprovechar mejor su éxito. Una de las mayores ventajas de la constitución espartana era que el poder estaba dividido entre los aristócratas, los reyes y los éforos. En el plano social, los ciudadanos también eran animados a creerse homoi, iguales. Por el contrario, la desventaja era que, en un momento que requería una autoridad y una dirección claras, las diferentes facciones de la clase dominante tenían ideas muy claras pero incompatibles. La paz, la satisfacción serena y la armonía interna, dividió a Esparta hasta el punto de que fue incapaz de formular cualquier política exterior coherente.

En consecuencia, sus aliados contemplaron el frustrante espectáculo de cómo Esparta perseguía varios objetivos, antagónicos entre sí, y sin dedicarse a ninguno con determinación. Para una mirada ajena, esto resultaba un titubeo vacilante y era lo más lejano a la imagen que Esparta quería o necesitaba dar. En el mismísimo momento de mayor triunfo, las primeras grietas del sistema se estaban haciendo evidentes de manera alarmante.

Capítulo 2

Las primeras grietas

No sorprende que uno de los más entusiastas partidarios de que Esparta se mantuviera a la cabeza de la Liga Helénica y de que el poder espartano debía proyectarse al exterior fuera quien, en aquel momento, ostentaba el mayor cargo. Se trata de Pausanias, comandante espartano de la Liga Helénica. A menudo se sugiere que la principal razón por la que Pausanias tenía el deseo de que Esparta –y en consecuencia, él mismo– encabezara los asuntos griegos era que él no era el cabecilla de la ciudad-estado y que, por eso, abandonar la posición hegemónica en la Liga Helénica implicaría un descenso de categoría.

Pausanias no sólo no era el líder de Esparta, tampoco era el rey. Apenas era un regente que cubría el cargo hasta que Plistarco, el verdadero rey, alcanzara la madurez. Cuando el ahora venerado rey Leónidas cayó en la batalla de las Termópilas, en el 480, su hijo había heredado el trono, pero era demasiado joven para ejercer sus funciones. En origen, la regencia había recaído en un hermano de Leónidas, pero Pausanias, como miembro de la dinastía de los agíadas, consiguió la regencia tras la muerte del hermano del rey, y ahora desempeñaba funciones reales en nombre de su sobrino. Sin embargo, una vez que Plistarco alcanzara la mayoría de edad, Pausanias tendría cierta influencia, pero poco poder.

Hay que reconocer que la realeza espartana hacía largo tiempo que había dejado de ser una autocracia dentro de Esparta, ya que había sido desjarretada por la institución de los éforos (jueces) desde al menos el siglo VIII a. C. («Porque el poder de los éforos es excesivo y dictatorial, hasta los reyes espartanos tienen que postrarse ante ellos», señala Aristóteles jovialmente [Política, 2.9], y agrega que, como no siempre eran ricos, los éforos tenían una debilidad por los

sobornos muy poco espartana). Aun así, la dignidad real era un lugar desde el que un hombre ambicioso podía obtener una posición de poder.

El rey Leotíquidas y «el dominio del norte»

Por supuesto, además de un regente y de un muchacho joven, Esparta también tenía un rey en edad de reinar. Su constitución era adversa a la autocracia, de manera que garantizaba que la más alta función, la dignidad real, no sólo estuviera sujeta a la supervisión de los éforos, sino que, además, fuera compartida por dos familias reales, lo que se conoce como «diarquía». Pausanias, a través de Plistarco, reinaba por la dinastía agíada. Su homólogo en la familia real de los europóntidas era Leotíquidas, diarca que había gozado de éxito durante las guerras médicas, pues había sido el comandante de las fuerzas que habían destruido a la flota persa en Mícala en el 479 (una proeza lograda el mismo día que Pausanias derrotó al ejército en Platea, en la Grecia continental).

A pesar de esta historia compartida de victorias sobre los persas, parece que ambos líderes tenían visiones diametralmente contrarias sobre el papel de Esparta en el futuro. Mientras Pausanias miraba hacia el este para interactuar con Persia y las ciudades griegas de Anatolia, Leotíquidas estaba resuelto a asegurar el liderazgo de Esparta en la Grecia continental y a reducir al resto de los griegos a la categoría de súbditos aliados, tal y como ya lo eran las naciones del Peloponeso.

Estos dos proyectos –el de Pausanias, que proyectaba el poder griego en el exterior, y el de Leotíquidas, que, en simultáneo, buscaba el control de los griegos– eran excepcionalmente difíciles de combinar en una política coherente, pero no imposibles. De hecho, los atenienses iban a tener una buena oportunidad de lograr esta misma hazaña un decenio más tarde. No obstante, los atenienses contaron con la ayuda de las magistrales habilidades políticas de Temístocles, y después de Pericles, mientras que la política exterior de Esparta estaba articulada por los éforos.

Así como los reyes espartanos (y sus regentes) ejercían su máximo poder cuando operaban fuera de Lacedemonia, los éforos tomaban las decisiones en su interior. Siempre conscientes de su papel de mantener a raya a los reyes de Esparta, no es de extrañar que los éforos desearan que los soberanos dejaran las aventuras en el exterior y volvieran a la polis, donde quedaban bajo el firme control de los jueces. Por consiguiente, mientras los diarcas agíadas y euripóntidas perseguían cada uno por su lado una política exterior diferenciada, alegres e indiferentes a lo que hacía el otro, los éforos trabajaban en su propio terreno, a menudo socavando los esfuerzos de ambos.

Debido a la natural tendencia humana de mezclar el bien general con el rédito personal, es probable que, por lo menos al principio, todos ellos creyeran genuinamente que estaban trabajando en el mejor interés de Esparta a la vez que en el suyo propio. Ninguna de las tres partes parece haber sido consciente del efecto desmoralizador que sus políticas inconexas causaban sobre los partidarios de Esparta. Y, si tenían algún discernimiento del daño que causaban a la imagen de la ciudad, esto les servía de incentivo para asegurarse de que su visión particular triunfara tan pronto como fuera posible.

La primera en sufrir un revés fue la idea de Leotíquidas de sojuzgar a Grecia. Hemos explicado ya que las dos ciudades del Peloponeso, Argos y Corinto, habían sido anuladas en gran parte gracias a la estrategia de Esparta de enfrentar a una contra la otra. En cuanto al resto de Grecia, las mayores fuerzas se situaban en Beocia, dominada por Tebas, el Ática, que era fundamentalmente Atenas, y Tesalia. Pero, por el momento, Tebas quedaba fuera del juego. La ciudad, insensatamente, se había puesto del lado de los persas. Así, durante la batalla de Platea, la falange tebana había sido mutilada, aunque no masacrada, por los atenienses. Después de eso, Tebas tuvo que enfrentarse a la enemistad unánime de toda Grecia, dirigida por espartanos implacables que asediaron la ciudad durante veinte días. Tebas fue obligada a entregar sus líderes filopersas a Pausanias, y los que no huyeron a tiempo fueron trasladados a Corinto. Allí, Pausanias los hizo ejecutar.

Por cierto, estas ejecuciones les permitieron ganar tiempo.

Cualquier tribunal habría declarado a estos hombres culpables de traición a la causa griega. Sin embargo, la ejecución de los traidores sin siquiera una vista causó cierto malestar. En Esparta, la inquietud se volcó directamente sobre la conducta autocrática de Pausanias, pero el resto de Grecia supuso que la disposición arbitraria de las ejecuciones era debida a los espartanos en general, y entonces comenzaron a recelar sobre cómo pretendían proceder.

Como resultado de esta sospecha, cuando Esparta argumentó que cualquiera de las ciudades que habían peleado previamente del lado de los persas debía quedar excluida de la Liga Helénica, la propuesta se encontró con una fuerte oposición. A la cabeza de esta oposición estaba el ateniense Temístocles, que correctamente señaló que Tebas y Argos eran las únicas ciudades filopersas significativas. Si se apartaba a Tebas, la influencia de los mayores poderes restantes en Grecia –especialmente Esparta y Atenas– se vería aumentada proporcionalmente. Por supuesto, ésta era la intención de los espartanos. Leotíquidas ya tenía planes para controlar Atenas, y Argos ya estaba bajo el poder de Corinto. Por lo tanto, si Tebas quedaba fuera de la ecuación, sólo restaba Tesalia.

Pero la moción espartana fue derrotada, y Tebas, enojosamente, continuó como un principal poder político. La derrota de su moción a manos de los atenienses hizo que Leotíquidas acelerara los planes para interferir en los asuntos de Atenas. Se sospecha también que la ejecución de Pausanias de los líderes tebanos forzó el distanciamiento con el resto de ciudades y que esta situación llevó a que Leotíquidas creyera que, al igual que los atenienses, también debía doblegar a Pausanias.

En Corinto, Pausanias había consagrado a los dioses el botín de guerra arrancado a los persas en la batalla de Platea, con la siguiente dedicatoria:

El general helénico Pausanias, que derrotó a los persas, ha consagrado este regalo a Febo [Apolo] como constancia de sus hazañas.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso)

Pero los éforos y Leotíquidas no iban a tolerarlo, y se marcaron un punto –en cierto modo insignificante– al borrar el nombre de Pausanias de la inscripción y reemplazarlo por una lista de los estados griegos confederados que habían luchado en la batalla.

Además de esta pequeña victoria, Leotíquidas necesitaba un éxito político de fuste. De momento, no podía impedir que Tebas y Argos se convirtieran en miembros de pleno derecho de Liga, pero faltaba Tesalia. Como Tebas y Atenas, Esparta debía mantener a raya a Tesalia si quería controlar Grecia en las mismas condiciones que todo el Peloponeso. Le ayudaba en gran medida que un ataque sobre Tesalia fuera una de esas zonas en las que los intereses particulares de Leotíquidas y sus ambiciones para Esparta coincidían con el interés general de los griegos. Al igual que Tebas, Tesalia había tomado partido por los persas durante la invasión de Jerjes. Esto no se debió a que la dinastía reinante, los aleuadas, fuese especialmente filopersa, sino a que mientras que el resto de Grecia ya contemplaba una retirada al Peloponeso, Tesalia había quedado sola y expuesta al ejército persa. Los aleuadas habían tomado la única decisión sensata: rendirse antes de la llegada de un ejército de al menos cien mil guerreros bien armados.

Sin embargo, a partir de la heroicidad de Leónidas y los trescientos de las Termópilas en la frontera tesaliense, las acciones de los aleuadas podían interpretarse como cobardes, e incluso traicioneras, en lugar de pragmáticas. A esas alturas, los griegos no estaban seguros de si la derrota de los persas había sido una victoria resonante o si se trataba del simple revés que la propaganda persa reivindicaba. Por lo tanto, argumentaba Leotíquidas, si en efecto los persas iban a volver, sería mejor que los aleuadas no estuvieran ya en Tesalia para abrir otra vez las puertas a los invasores. Por fortuna, como siempre pasaba en los estados griegos, un grupo de descontentos se oponía al régimen, y, por una coincidencia feliz, estos descontentos eran aristócratas filoespartanos. Todo parecía desarrollarse para favorecer a la política de Leotíquidas. En parte gracias a la conducta de Pausanias, Leotíquidas había quedado desprestigiado diplomáticamente. Sin embargo, el ajuste de cuentas

con Tesalia no iba a ser diplomático, sino militar. Leotíquidas se debió decir a sí mismo que por esa vía Esparta no fallaría; Tesalia se convertiría en un títere de Esparta, y, con los estados del norte y el sur bajo dominio espartano, podría ejercer mayor presión sobre Atenas y Tebas.

Las tropas con las que Leotíquidas intentaba sojuzgar Tracia procedían de las fuerzas de la Liga Helénica estacionadas cerca de Bizancio. En general, el resto de estados se negaron enérgicamente a esta división del ejército, especialmente por la pérdida de los hoplitas espartanos. Es probable que para Leotíquidas esto fuera una ventaja, puesto que así podría sumar algunos puntos más contra Pausanias, que a su vez veía menguar su desprestigio al no estar en condiciones de evitar que los espartanos separaran a las tropas de su ejército.

La muralla de Atenas

Al mismo tiempo que partía la expedición a Tesalia, Leotíquidas comenzó su planificada iniciativa política contra Atenas. Era por todos conocido que Esparta, como los enviados a Atenas señalaron con poca sinceridad, no tenía muralla. Tampoco la tenían otros asentamientos en Lacedemonia. La paz reinante en la región no amurallada contrastaba descarnadamente con la conflictividad habida en el resto de Grecia. ¿Por qué no, alentaron los enviados, dejar también esos territorios sin fortificación, como en Lacedemonia? Igual que allí, el ejército espartano sería suficiente para defender las ciudades contra amenazas externas, y además, sin murallas que las protegieran, sería mucho menos probable que los estados guerrearan entre sí. Además, las fortificaciones no habían evitado que los persas se adueñaran de Tebas, pero sí habían dado a los persas una plaza fuerte en el centro de Grecia una vez que la ciudad había caído.

Por lo tanto, argumentaban, era mejor que ninguna ciudad al norte de Corinto estuviera fortificada. Los atenienses ni siquiera tenían que tomarse el trabajo de derruir sus murallas, porque los invasores

persas ya lo habían hecho por ellos. Todo lo que Atenas tenía que hacer para cumplir con la iniciativa de Esparta era no reconstruirlas. Atenas tenía la oportunidad de, con toda facilidad, demostrar su hegemonía sin hacer nada.

Para demostrar la sinceridad de Esparta, es posible que Leotíquidas señalara públicamente que tenían asignados a los soldados que iban a defender Atenas en caso de necesidad. En privado, de todas formas, Atenas podía ser consciente de que esos mismos soldados también podrían desplegarse contra ella, ahora que la ciudad estaba casi inerme, en caso de que participara en actividades hostiles a Esparta. Y reconstruir la muralla sería claramente un acto hostil.

Como la guerra del Peloponeso de la siguiente generación demostraría, si Atenas no tenía muralla, y una muralla fuerte, nada lograría impedir que Esparta se diera un paseo hasta el ágora siempre que lo deseara, y, una vez allí, impusiera sus propios términos para la dirección del estado. Visto esto, si los atenienses acataban esta orden disfrazada de diplomacia, la dominación espartana del Ática se haría efectiva de un solo golpe. Por consiguiente, la propuesta de los espartanos se recibió con consternación y desaliento en Atenas.

En este momento de crisis, el hombre hacia quien todos se volvieron fue el astuto Temístocles, el mismo que había urdido el rumbo de la estrategia ateniense en la batalla de Salamina (y de hecho, desde mucho antes). De acuerdo con su biógrafo Plutarco, fue Temístocles quien tempranamente había persuadido a los atenienses de invertir en la flota que hizo posible la victoria de Salamina (Plutarco, Temístocles, 4).

El historiador Tucídides recoge este relato:

De modo que los lacedemonios hicieron su presentación. Inmediatamente después, por consejo de Temístocles, los despacharon de la ciudad ipso facto. Los espartanos se llevaron la respuesta [ateniense] de que se enviarían embajadores a Esparta para discutir todo el asunto. Temístocles indicó a los atenienses que lo nombraran como embajador principal y les dijo que iría

inmediatamente a Esparta. No obstante, los atenienses iban a tomarse tanto tiempo como fuera posible para elegir a sus embajadores...

Cuando llegó a Esparta, Temístocles no trató de fijar ningún encuentro con los gobernantes, sino que ganó tiempo con excusas. Cuando las autoridades le cuestionaron que no se hubiera presentado a la asamblea [para comunicar los puntos de vista de Atenas], respondió que estaba esperando a los otros embajadores. De hecho, manifestó sorpresa porque no hubiesen llegado todavía, diciendo que debían de estar ocupados con algo importante.

En realidad, lo que ocurría en Atenas era que todos los hombres disponibles, junto a mujeres y niños, estaban trabajando en la reconstrucción de la muralla. En un esfuerzo desesperado contra reloj, renovaron las zonas que los persas habían destruido a lo largo y ancho del paisaje, y con ello también sacrificaron a la causa cualquier probable gliptoteca, incluso si esas piedras formaban parte en aquel momento de un edificio público o una morada privada.

La relativa insularidad de Esparta actuó en contra de los intereses de la ciudad, porque los viajeros de Atenas eran pocos (y sin duda, incluso aquellos pocos vieron que los atenienses desalentaban sus planes de viaje a Esparta). Por eso, las noticias del proyecto de los atenienses de reconstruir las murallas llegaron a Esparta mucho más lentamente que el crecimiento de los muros.

Al principio, los espartanos se fiaron de Temístocles, porque previamente había estado en términos amistosos con ellos. Pero los viajeros seguían llegando, y cada uno de ellos aseguraba no sólo que se erigían muros, sino que ya eran bastante altos. Después de un tiempo, estas noticias se hicieron demasiado verosímiles. No obstante, Temístocles argumentó que estos viajeros simplemente repetían rumores de dudosa autoridad como si fueran auténticas noticias.

Si los espartanos realmente querían saber qué estaba pasando, debían enviar un observador fiable que presentara un informe sobre cómo estaban las cosas después de una inspección formal.

Sin embargo, Temístocles envió un mensajero con antelación para advertir [a los atenienses] que debían detener [cortésmente] a este observador y no dejarlo salir hasta que Temístocles y sus colegas embajadores hubiesen regresado a Atenas.

De esta manera, los atenienses fortificaron su ciudad en un tiempo jamás antes registrado. Aún ahora las murallas muestran los signos de la rapidez con la que fueron levantadas. Los fundamentos están hechos de piedras de diferentes calidades, sin labrar ni organizar, sino simplemente mampuestas tan pronto como se abastecían de nuevas. Muchas columnas también están empotradas en la muralla, junto con material proveniente de tumbas y esculturas introducidas a la fuerza con el resto.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, 1, 4 y sigs.)

Y así fue que, cuando Temístocles finalmente tuvo que enfrentarse a la asamblea espartana, les dijo sin rodeos que Atenas había decidido rechazar su «protección» y, en cambio, habían reconstruido las murallas. Si bien cabe añadir que los atenienses ya disponían de murallas, y que cualquier futura sugerencia sobre la defensa de la polis debía hacerse en el sobrentendido de que sus ciudadanos eran muy capaces de mirar por sus propios intereses.

De acuerdo con Tucídides, los espartanos no dieron muestras de ira. En cambio, se limitaron a comentar con amabilidad que su intención había sido en el mejor interés de la entera Grecia. En realidad, se lo tomaron tan bien que Plutarco, en su biografía de Temístocles, sugiere que los éforos y otros personajes principales habían sido advertidos de este cambio y que Temístocles los habría sobornado para que lo aceptaran.

Sin embargo, si creemos que la propuesta de despojar a las ciudades

del norte de Grecia de sus murallas formaba parte de la estrategia con que Leotíquidas pretendía imponer el dominio espartano, debemos aceptar forzosamente que los éforos no necesitaban sobornos. Desde el punto de vista de éstos, cuanto antes Atenas tuviera murallas más rápido, Esparta podía dejar de preocuparse por ella. Les bastaba con hacer la vista gorda, y cualquier responsabilidad de Esparta con respecto de la defensa de Atenas se la habría llevado el viento.

A la sazón, la propuesta de exclusión de Argos y Tebas de la Liga había sido fallida, y por tanto, una vez más, las tentativas diplomáticas de Leotíquidas habían fracasado de manera ignominiosa. Esparta estaba un paso más cerca de regresar al statu quo ante bellum, a ese feliz estado de cosas anterior a la primera aparición de la amenaza persa, cuando la ciudad-estado dominaba el Peloponeso, feliz de que el resto del mundo se pudriera.

Leotíquidas en Tesalia

Mientras Temístocles daba largas en Esparta con sus embustes sobre la construcción de la muralla, Leotíquidas lo estaba pasando peor que mal en Tesalia. La experiencia reveló una razón más por la que tal vez era de sabios por parte de los éforos insistir en que los espartanos debían quedarse al sur del istmo de Corinto. El ejército espartano era, sin duda, una máquina de guerra inmejorable, pero había evolucionado exclusivamente para incursiones en las muy especiales condiciones del Peloponeso.

Allí, las llanuras eran escasas, hasta tal punto que a veces los hoplitas tenían que esperar en fila para entrar en el campo de batalla. En ocasiones como ésa, en terreno dificultoso, los espartanos sólo debían preocuparse de derrotar al enemigo que tenían directamente enfrente, algo que sabían hacer con magnífico aplomo. Cuestiones como los ataques por el flanco se volvían por lo general irrelevantes debido a la falta de espacio donde realizar las maniobras, y las fuerzas de caballería servían sólo al final, momento en que se desplegaban tardíamente para abatir todavía más a un

enemigo ya en retirada. Además, los espartanos estaban habituados a luchar en un entorno amistoso o, en el peor de los casos, amedrentado, que ofrecía poca resistencia al paso del ejército.

Nada de esto se daba en Tesalia. Tesalia era, y todavía es, una tierra de amplias llanuras abiertas, abruptamente cortadas por valles fluviales. El clan dominante de los aleuadas tal vez no fuera especialmente democrático, pero los campesinos de la zona calculaban con mucho acierto que cualquier rival de los aleuadas que tuviera el apoyo de los autocráticos espartanos sería aún menos favorable a su causa, de modo que los apoyaban contra los invasores. Además, el ejercicio del poder estaba más desarrollado en Tesalia que en otras zonas. Esto quería decir que casi cualquier jefe local gozaba de un razonable grado de autonomía y que la mayoría lo usaba para resistirse a la presencia espartana, con distintos grados de vehemencia.

En estas anchas llanuras, los espartanos descubrieron que la caballería tesalia podía literalmente dar vueltas alrededor de ellos, como si estuviesen en un corral. Esto quería decir que no sólo significaba hacer un considerable esfuerzo para proteger la vanguardia y la retaguardia de la falange espartana, sino que tampoco había manera de garantizar las líneas de suministros, ya que la caballería enemiga podía atacarlas en cualquier punto. El ejército espartano necesitaba alimentarse de la tierra en mayor medida de lo habitual, cosa que, por cierto, no le granjeó simpatías a Leotíquidas entre los campesinos del lugar, que vivían de esa misma tierra y estaban sumamente insatisfechos por las depredaciones espartanas.

Donde el terreno se ve interrumpido por los ríos que fluyen por Tesalia hacia el este, en dirección al mar, la falange espartana era incapaz de mantener la formación y resultaba vulnerable a los ataques relámpago del ejército tesalio, que, aunque ligero de armas y compuesto por una soldadesca no profesional, tenía una gran libertad de movimiento. Además, debido a que Tesalia vivía en constante estado de agitación política, estos soldados tenían mucha práctica en la guerra derivada de conflictos civiles.

Por otro lado, estos conflictos también implicaban que las ciudades estuvieran completamente equipadas con murallas similares a las

que había sufrido Leotíquidas en Atenas y otras ciudades más al sur. En este momento de la historia del desarrollo militar de Grecia, los asedios estaban todavía en mantillas. Si los defensores se retiraban dentro de las murallas, todo lo que podía hacer el ejército enemigo era esperar. Al cabo de un tiempo, la falta de comida los forzaría finalmente a alcanzar un acuerdo.

Pero las ciudades tesalienses estaban familiarizadas con los asedios, y la mayoría de ellas disponían de abundantes reservas de alimentos. Por el contrario, la situación de los espartanos era más comprometida. Como la caballería tesalia causaba estragos en su línea de suministros, los espartanos debían seguir moviéndose o pronto agotarían los suministros que pudieran obtener localmente.

Por tanto, no es difícil imaginar una campaña en la que Leotíquidas se encontró con poca resistencia. Sus enemigos rehusaron enfrentarse en batalla campal, y simplemente escaramucearon en los bordes de su ejército. Cuando los espartanos se acercaban a una ciudad tesalia, ésta simplemente cerraba las puertas y esperaba hasta que sus enemigos se veían forzados a marcharse otra vez en busca de alimento. Así, en realidad, Leotíquidas consiguió lo opuesto a sus intenciones. Una región que había tenido lealtades mezcladas entre los aleuadas y la causa helénica se convirtió, después de cada encuentro con los espartanos, en más proclive a los aleuadas que a la causa griega.

El historiador Heródoto, contemporáneo de los hechos, presentía que Leotíquidas tenía la región a su merced, y en verdad es cierto que los tesalios no podían oponérsele. Sin embargo, no necesitaban hacerlo. Sencillamente, tenían que quitarse del medio y esperar a que Leotíquidas y su ejército siguieran su camino. Y eso fue lo que hicieron. Por tanto, es muy probable que Leotíquidas contemplara abandonar la campaña, por considerarla una pérdida de tiempo, cuando los aleuadas le ofrecieron más incentivos en forma de un soborno importante. Pocas personas son reacias a aceptar una retribución por algo que de todas formas iban a hacer, por lo que debían ser pocas las razones para rechazar el dinero.

Por supuesto, esto implica asumir que Leotíquidas era un espartano moralmente recto. Muchos de sus contemporáneos, que mostraban un meticuloso desprecio por el dinero y la buena vida mientras ni lo

uno ni la otra estaban disponibles en Esparta, más tarde resultaron susceptibles de manera alarmante a los encantos de ambos durante sus viajes al extranjero. Quizá los aleuadas contaban con ello, porque, casi tan pronto como se hizo efectivo el pago, alguien dio a conocer al público que el rey había sido sobornado. Y un registro rápido de la tienda real reveló un guante lleno de oro.

Este hecho facilitó a los éforos todas las excusas para llamar a cuarteles al ejército y a su rey descarriado, que en Esparta fue procesado por corrupción. Desde el punto de vista de la imagen de Esparta ante el resto de Grecia, tener a un rey acusado era bastante negativo, y que fuera ejecutado o encarcelado hubiese constituido un desastre aún mayor. Ningún espartano quería un juicio en el que se pusieran de relieve las malas acciones del rey, y mucho menos la responsabilidad de decidir qué hacer con Leotíquidas si era declarado culpable. Por eso, quizá sea injusto culpar de laxitud a la seguridad espartana por haber permitido que Leotíquidas huyera a lugar seguro, en Tegea, donde se refugió en un templo a Atenea. Una vez que el rey desapareció, los espartanos lo declararon formalmente en exilio.

Leotíquidas, por tanto, fue depuesto, y murió pacíficamente en el exilio más o menos un decenio más tarde. Entretanto, en Esparta, su nieto fue proclamado rey en su lugar. A modo de amonestación adicional, después de la ignominiosa partida de Leotíquidas de Esparta, su casa fue incendiada hasta los cimientos con la debida ceremonia. De manera menos formal, pero igualmente incuestionable, la política del rey de extender el dominio espartano al norte del Peloponeso también se hizo cenizas.

Desde el punto de vista de los éforos y de sus partidarios, una vez que Leotíquidas y su visión de Esparta desapraecieron, se había dado un empate. Todas las miradas, entonces, se dirigieron a Pausanias, cuya conducta no había favorecido su causa.

Capítulo 3

Los infortunios de Pausanias

Para Pausanias, regente de Esparta, las guerras médicas fueron tanto un amplificador de su imagen personal como de la entera nación a la que pertenecía. Como strategos, el general al mando de todo, Pausanias podía reclamar crédito por las victorias de Platea y Mícala, en las que había eliminado la presencia persa en suelo griego. No importaba que la victoria de Mícala hubiera sido realmente gracias a su colega y rival y Leotíquidas, ni que en Platea, donde Pausanias había estado personalmente al mando, los despliegues resultaran tan lamentables que sólo la obstinada valentía individual de los hoplitas había llevado al éxito final. El hecho era que Pausanias estaba al mando cuando los griegos obtuvieron sus victorias y que por tanto el éxito era suyo.

Sin ir más lejos, cualquiera que no creyera que Pausanias era el responsable de estas victorias sólo tenía que escucharlo (si le permitía estar en su compañía), porque Pausanias había comenzado a comportarse como si él y sólo él hubiese liberado a Grecia. Esta actitud comenzó a molestar entre el resto de aliados de la Liga que también habían jugado un papel significativo en la batalla. La vanidad personal resultaba una pésima política, y no pasó mucho tiempo antes de que Pausanias se distanciara no sólo de los aliados griegos, sino de los mismos espartanos. Los poderes de Esparta, y en especial los éforos, se mostraron afines a buscar un nuevo strategos conforme a los deseos de las ciudades-estado afines. Llamaron entonces a capítulo a Pausanias, y de muy buen grado, ya que, por supuesto, preferían que los monarcas y los regentes estuvieran en Esparta.

Sin embargo, Pausanias no se quedó mucho tiempo en Esparta, porque se vio claramente que, si el regente no estaba al mando de

la Liga Helénica, el liderazgo pasaría a alguno de los atenienses más enérgicos y políticamente más hábiles. Los éforos preferían que la guerra con Persia fuera quedando en el olvido y que luego los aliados disolvieran la Liga con discreción. Pero era muy improbable que algo así sucediera con un líder ateniense, de manera que los espartanos enviaron de mala gana a Pausanias para que retomara el mando.

Teniendo en cuenta que la hegemonía entre los griegos fortalecía el ego de Pausanias, no es de sorprender que estuviese impaciente por volver a su puesto. También era el principal defensor de la facción que quería conservar la hegemonía de Esparta en la alianza y, de paso, establecer una relación con las ciudades de las islas del Egeo y del litoral jónico. El problema era que Pausanias actuaba como si éstas y otras ya estuvieran subordinadas a Esparta, y su arrogancia, sumada a una conducta arbitraria, siguió irritando a los aliados. Uno de los mayores motivos de discordia era que, cuando los griegos tomaron la ciudad de Bizancio, varios miembros de la familia del rey de Persia habían sido apresados, junto con algunos oficiales de alto rango. Pausanias estaba cerca de Chipre cuando se enteró de las noticias y avanzó hacia Bizancio a toda prisa. Lo que pasó después es motivo de polémica. Según Pausanias, estos valiosos prisioneros habían escapado justo después de su llegada. Según todos los demás, Pausanias había organizado la puesta en libertad de los prisioneros para ganarse el favor del rey de Persia.

Parece que esta estrategia dio sus frutos, porque el rey persa escribió a Pausanias:

Del rey Jerjes a Pausanias. Estoy muy complacido, y mi casa os queda agradecida por salvar a esas personas de Bizancio. Si deseáis promover con osadía tanto mi causa como la vuestra propia, no os faltará oro ni plata, ni tropas ni barcos, donde sea que los necesitéis. Ni la noche ni el día deberían impediros cumplir con la promesa que me habéis presentado. Os envío un hombre de confianza, Artabazo, con el que podéis colaborar en nuestro interés común.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso)

Según los enemigos de Pausanias, el general se había desilusionado con su ciudad natal y con los aliados griegos. Como resultado de la llamada a capítulo de Esparta, se había convertido ahora en un traidor. Esta carta de Jerjes era, presuntamente, la respuesta a una oferta que Pausanias había enviado al rey de Persia con los fugados de Bizancio, en la que proponía transformarse en un renegado y traicionar la causa griega a cambio de ser nombrado gobernador persa de Grecia.

No se sabe exactamente cómo Pausanias pretendía entregar Grecia a los persas. Los atenienses sólo aceptaban el liderazgo espartano cuando les convenía, y los tebanos y las ciudades insulares del Egeo eran ciertamente escépticos. Además, si Pausanias planeaba devolverlas a los persas, las ciudades jónicas no sólo abandonarían al regente espartano, sino que probablemente lo lincharían. Por tanto, hay lugar para una interpretación más benévola; a saber, que la liberación de los prisioneros fue un gambito con el que Pausanias quería persuadir a los persas de que Esparta dominara las ciudades jónicas. Incluso pudo haber propuesto un sometimiento nominal a los persas a cambio del control real, aunque es difícil imaginar cómo pensaba vender esta idea en Esparta. Aun así, es posible ver hasta qué punto, incluso desde el error, Pausanias sentía que Esparta podría aceptar un pacto de colusión con Persia si, de ese modo, lograba poner a Jonia bajo su control. Después de todo, los antecedentes demuestran que los espartanos podían ser pragmáticos hasta lo implacable en la búsqueda de sus propios intereses. Del lado persa, el señorío nominal sobre Jonia permitiría ciertamente a Jerjes una valiosa victoria propagandística a lo largo de su deshilachado imperio, por lo que podemos entender su respuesta afirmativa inicial. Aun así, si todo el asunto todavía parece improbable, recordemos que una generación más tarde los espartanos estaban ciertamente contentos de aceptar barcos cargados de plata persa como ayuda para conquistar una ciudad griega aliada.

Según Tucídides, una vez que Pausanias recibió una respuesta favorable del rey persa, comenzó de inmediato a trabajar para que

sus aliados se habituaran a Persia:

Después de recibir esta carta, Pausanias comenzó a actuar con más soberbia de la que hasta entonces había mostrado como héroe de la batalla de Platea. Ya no vivía de la forma habitual, y cuando salió de Bizancio lo hizo vestido a la persa. En sus viajes por Tracia, lo acompañaban medos y egipcios como guardaespaldas. Comía al estilo persa y en muchos detalles traicionaba sus ambiciones desproporcionadas.

Se tornó tan violento que nadie quería acercarse, incluso cuando ya había hecho muy difícil acceder a su presencia… Cuando las quejas por esta conducta llegaron a los lacedemonios, [Pausanias] fue llamado a capítulo.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso)

Así, Pausanias fue sacado una vez más y a toda prisa de su puesto de mando y se le ordenó regresar a Esparta, donde se convertiría en poco más que el mentor de su primo, el verdadero rey, todavía menor de edad, del que era el regente. En esto y en lo que sucedió a continuación, tenemos la suerte de contar con la guía del casi contemporáneo Tucídides, uno de los más grandes historiadores del mundo antiguo. Cabe señalar, sin embargo, que, en su carrera anterior, Tucídides fue un general ateniense en guerra con los espartanos, por lo que, a pesar de sus mejores intenciones de ser imparcial, es probable que en su trabajo se filtrara un cierto grado de sentimiento antiespartano. Por tanto, podemos ser legítimamente escépticos ante la imagen que Tucídides pinta de Pausanias como un completo e indecoroso traidor. Sin embargo, por la forma en que se desarrollaba la lucha política, los espartanos aceptaron alegremente su interpretación, e incluso puede ser que la alentaran. Pintar a Pausanias como un traidor antigriego tenía la ventaja de ser un relato nítido y ocultaba el hecho de que, al colaborar con los persas, Pausanias habría podido verse a sí mismo como quien, a

favor de Esparta, va en contra del resto de Grecia. Al margen de las dudas que pueda suscitar su narración, el relato de Tucídides es la única versión que tenemos en la que se ofrece algo más que los hechos básicos y, por tanto, estamos obligados a seguirla, aunque la tomemos con un par de saludables pinzas. El mismo Tucídides señala que los espartanos no tenían pruebas de que Pausanias tramase algo traicionero y, como era el regente de Esparta, la sospecha no bastaba para derrocarlo. Aun así, había demostrado un desprecio alarmante hacia las tradiciones casi sagradas de Esparta y un apego malsano a las costumbres bárbaras.

Tampoco ayudó que, una vez que quedó claro que los espartanos no tenían pruebas que les permitieran seguir reteniéndolo en Lacedemonia, Pausanias partió de inmediato hacia Anatolia. Volvió a Bizancio, donde los atenienses le advirtieron de que no era bienvenido. Cuando Pausanias se negó a marcharse, lo expulsaron de la ciudad con uso de la fuerza militar. Aun así, Pausanias no regresó a casa. Por el contrario, se estableció en la cercana ciudad de Colonas y comenzó una ajetreada correspondencia diplomática con los persas. Esto fue demasiado para los éforos, que enviaron un mensajero oficial ordenando a Pausanias que regresara a Esparta o sería considerado enemigo de la polis.

En consecuencia, Pausanias regresó. Puede que lo hiciera en la arrogante –y posiblemente correcta– creencia de que no había hecho nada malo, pues dejar a sus aliados griegos abandonados a las fuerzas persas significaba una mejor posición de Esparta en Anatolia. También puede ser, como sugiere Tucídides, que Pausanias tuviera un motivo más oscuro para regresar; a saber, que había decidido que no podía seguir avanzando con la obstrucción política de sus enemigos internos y al fin había decidido subvertir todo el sistema.

Ningún enemigo de los espartanos necesitaba mirar muy lejos para descubrir el punto débil de la nación, y mucho menos Pausanias, que conocía el sistema a la perfección. Precisamente por eso, no pasó mucho tiempo antes de que los ilotas leales (o ilotas traidores, según el punto de vista de cada uno) comenzaran a hacer llegar rumores a los éforos de que Pausanias los había estado sondeando en busca de apoyo. Aun con la evidencia acumulada, no estaba en

la naturaleza cautelosa y reflexiva de las autoridades espartanas tomar medidas precipitadas. Por tanto, incluso en este punto, Pausanias podría haber permanecido en libertad si uno de sus confidentes no hubiera hecho un descubrimiento inquietante.

Pausanias había encargado a este hombre que llevara mensajes confidenciales a los persas. Tras haber observado con desasosiego que ninguno de los mensajeros anteriores había regresado a Esparta, decidió echar un vistazo al contenido del mensaje que le habían encargado entregar. Como era de esperar, Pausanias había recomendado en una posdata la ejecución sin demora del portador.

El mensajero pidió una audiencia a Pausanias y admitió con franqueza que había abierto la carta. Le preguntó entonces si sus conspiraciones con el rey persa merecían la muerte de un colaborador de confianza e indagó sobre algunos de los detalles de la misiva. Pausanias se las arregló para dar explicaciones a la mayoría de los temores del mensajero, pero con ello dejó claro que el autor de la carta era él. Esto fue suficiente para poner fin a los últimos comedimientos de los éforos, que habían escuchado la conversación escondidos detrás de una partición que el mensajero había dispuesto en la sala.

El plan era arrestar a Pausanias en la calle, pero se vio frustrado, bien porque el general recibiera la advertencia de un amigo o simplemente porque se alertara por el comportamiento de los que se le acercaban. De inmediato huyó en busca de asilo en un templo de Atenea que quedaba cerca. Como pueblo temeroso de los dioses, los espartanos no iban a sacar a un suplicante del templo de la diosa. Pausanias estaba seguro en la naos del templo, una cámara central dentro del recinto, y confirmó que no saldría por su voluntad. Según el historiador Diodoro Sículo, los espartanos estaban ahora obligados a dar el único paso posible para una nación de guerreros. Llamaron a la madre de Pausanias. Según se dice, una vez que la matrona estuvo al corriente de los acontecimientos, no dijo una palabra. En cambio, cogió un ladrillo, lo colocó frente a la puerta de la naos y regresó a casa. Entendiendo la indirecta, los espartanos procedieron a tapiar la única puerta de la cámara. Luego también ellos regresaron a casa, calculando cuánto tardaría un hombre en morir de sed y hambre.

Tenían que ser precisos, porque que un hombre muriera dentro del recinto significaría una funesta profanación del templo. Por tanto, cuando se creyó (correctamente, según se reveló) que Pausanias estaría al borde de la muerte, derribaron la tapia y ayudaron al general a salir a la calle, para que muriese allí, al aire libre. Su muerte no fue llorada.

[Pausanias] no sólo no pudo mantener la gran reputación primera, sino que la arruinó al corromperse por la riqueza persa. Inflado por su propio éxito, había llegado a despreciar su educación espartana y fue esclavizado por el lujo libertino de Persia.

(Diodoro Sículo, Biblioteca histórica, 2.46)

El fin de Pausanias también selló la suerte de su colega ateniense Temístocles. Habían trabajado siempre de manera tan estrecha que los atenienses dieron por sentado que, si Pausanias era culpable, también Temístocles debía de ser un traidor. Acusado por los ciudadanos, Temístocles huyó al exilio, primero en Arcadia, y finalmente se refugió con el rey de Persia, lo que a ojos de sus enemigos demostró que las acusaciones habían sido ciertas desde el principio. Sin embargo, también podría ser –como Plutarco, entre otros, sugiere– que los espartanos abrigaran un rencor vengativo contra Temístocles por su astuta refortificación de Atenas y que hubieran inflado cuidadosamente las pruebas. En este caso, la acusación de que Temístocles estaba del lado de los persas habría sido la razón misma por la que se vio obligado a buscar asilo allí.

Comoquiera que fueran las cosas, la desaparición de Pausanias tuvo implicaciones mucho más amplias que la simple muerte de un posible déspota y el exilio de un político ateniense: con Pausanias murió el proyecto de someter las ciudades jónicas a la hegemonía espartana. Quedó tan desacreditado por las circunstancias de su muerte que ningún espartano estuvo dispuesto a retomar su idea. A partir de entonces, la participación de Esparta en la guerra contra

Persia terminó, lo que permitió que los atenienses se alzaran con el poder en Jonia y el Egeo. Con la marcha de Temístocles, el liderazgo recayó en Cimón, hijo de un famoso general y él mismo vencedero en la batalla de Eurimedonte en el 466 a. C., en la que se había producido la destrucción final de la flota persa. Cimón formaba parte de la nueva generación de atenienses, con una confianza y una ambición ilimitadas; expansionista y oportunista hasta la osadía, no tenía simpatías por Esparta.

Así, el intento espartano de sacar provecho a las guerras médicas llegó a un final ignominioso. La política de dominación del norte de Grecia adoptada por Leotíquidas había fracasado, saboteada en parte por la imperfecta visión estratégica del rey y en parte por el conservadurismo introvertido de los éforos. El carácter de Pausanias había sido un factor importante en el fracaso del proyecto, pero la ruina del regente de Esparta no podía dejar de reflejarse negativamente en la ciudad-estado.

Los salvajes vaivenes y vacilaciones de la política causados por las diferentes visiones de Leotíquidas, Pausanias y los éforos habían irritado y confundido a los aliados de Esparta, y como consecuencia no habían hecho prácticamente nada en la guerra contra Persia. La alta estima generalizada en la que se había tenido a Esparta al final de la invasión persa se había disipado en menos de una década. Ahora, las ciudades-estado de la Hélade comenzaban a considerar a Atenas como el estado más importante de Grecia, aunque la mayoría tenía sentimientos muy encontrados acerca de si esta primacía ateniense era buena.

Capítulo 4

El deslizamiento hacia la guerra

El hecho de que el exiliado Temístocles, enemigo de Esparta, buscara en principio refugio en Arcadia, en el Peloponeso, es en sí mismo una señal de lo bajo que había caído el prestigio de Esparta, pues Arcadia estaba en el patio trasero de Esparta y era supuestamente un área bien controlada por ellos. Sin embargo, las luchas internas de varios partidos políticos y el fracaso total en las recientes iniciativas de política exterior habían alentado una vena belicosa e independentista entre los pueblos de Arcadia.

El registro de los acontecimientos en Esparta durante los siguientes años ha sido descuidado por parte de los historiadores contemporáneos y modernos, más preocupados por las diversas victorias de Cimón contra los persas, por el crecimiento del incipiente imperio de Atenas y por el desarrollo imponente de la primera democracia conocida en el mundo. Así las cosas, la historia de Esparta ha quedado a oscuras. Y tampoco ayuda el hecho de que Esparta no produjera un historiador propio, alguien que nos contara lo que estaba sucediendo lejos de Atenas y su imperio.

Algo positivo en este período fue que Esparta recobró la mesura bajo un solo líder. Se trata de Arquidamos, el euripóntida sucesor de su abuelo, el exiliado Leotíquidas. (El padre de Arquidamos había muerto con anterioridad, de manera que la sucesión se saltó una generación). Por desgracia, las fuentes nos dan poca información como para hacer una biografía organizada de él. Sin embargo, tras la muerte de Pausanias la consistencia de la política espartana sugiere claramente que Arquidamos mantuvo con mano firme el timón del barco del Estado.

Por suerte, porque a esas alturas incluso el miembro fundador de la

Liga del Peloponeso, el vecino estado de Tegea, había pasado de la agitación al motín absoluto. Una vez más, gracias al enfoque incondicional de las fuentes sobre lo que sucedía en Atenas, nos quedamos sólo con conjeturas y algunos fragmentos de Heródoto para entender qué ocurrió realmente en el Peloponeso. Lo que sí sabemos es que las cosas empeoraron hasta el punto de que se necesitó una acción militar para rectificar la posición espartana, ya que Heródoto, en un aparte, menciona una batalla de Tegea en la que Esparta luchó contra Argos y los tegeos. A esto le siguió un choque de armas aún más colosal en un lugar desconocido llamado Dipea, que fue contra «todos los arcadios, excepto Mantinea».

De estas escasas referencias podemos deducir que los argivos estaban interesados en explotar la relativa debilidad de Esparta y que lo hicieron alentando disturbios entre sus aliados. Finalmente, el conflicto se intensificó hasta convertirse en una confrontación militar. La victoria espartana en Tegea parece que apartó a los argivos de la guerra, aunque la mayoría de los arcadios siguió adelante en una guerra a gran escala contra Esparta. El escritor Isócrates debe estar refiriéndose a este momento cuando menciona una batalla en la que los espartanos fueron ampliamente superados en número. Al hacer una referencia cruzada con Heródoto, quien declara que Dipea fue una heroica victoria espartana, podemos deducir que en Dipea los espartanos demostraron una vez más que el coraje y el entrenamiento de sus hoplitas los hacían invencibles.

Menos aclamada, pero probablemente más significativa, es la clara evidencia de que se estaba llevando adelante una fluida diplomacia entre bastidores. Dipea fue una victoria para Esparta porque faltaron dos jugadores importantes en la alianza antilacedemonia. Uno era Argos, y el otro Élide, una ciudad-estado relativamente importante al otro extremo de la Arcadia. La reciente revolución democrática vivida en Élide debía haberla colocado en el lado opuesto a los espartanos (quienes favorecieron y alentaron sobremanera las oligarquías en aquellas ciudades donde tenían influencia). Sin embargo, las relaciones espartanas con Élide siguieron siendo amistosas, y Élide se mantuvo al margen del conflicto. También es muy probable que la razón de la ausencia de Mantinea en esta batalla crucial se deba a que los espartanos dieran a la ciudad el respaldo suficiente para enfrentarse al resto de las

ciudades arcadias. La batalla de Dipea quizá representa un intento de los arcadios de arrastrar a Mantinea de su lado mediante la fuerza bruta, intento al que los espartanos opusieron resistencia en nombre de Mantinea.

Es difícil conjeturar cuánto crédito se le debe dar a Arquidamos y cuánto se debió simplemente a la supresión del escenario de figuras tan divisivas como las de Leotíquidas y Pausanias. Sin duda, se puede decir que, como resultado de la victoria militar, la renovada habilidad diplomática y el cese de las disputas internas, Esparta había recuperado más o menos su equilibrio en el año 465 a. C. De hecho, comenzaban a sentir de nuevo la necesidad de bajarle los humos a los atenienses, de quienes pensaban que se estaban volviendo demasiado presuntuosos.

Y es que, mientras Esparta luchaba por la estabilidad, Atenas iba viento en popa. Los últimos aliados de los persas, en el norte de Grecia, en Eón, habían sido derrotados. Después de otra exitosa serie de campañas en Anatolia, los aliados se habían concentrado en limpiar un nido de piratas de la isla de Esciros, desde cuya base los saqueadores habían asolado la navegación en el Egeo.

Para Esparta, que los atenienses usaran el botín de estas victorias para fortalecer aún más las murallas de Atenas, aquellas que desde un principio no habían querido que se reconstruyeran, agregaba leña al fuego. No sólo reforzaron las murallas, sino que comenzaron por aquel entonces la construcción de los famosos «muros largos», que se extendían desde la ciudad hasta el puerto de la ciudad en El Pireo. Una vez que se completara esta tarea formidable, y mientras la poderosa armada ateniense controlase las aguas, la ciudad de Atenas sería inexpugnable.

Así, protegidos por el mar por la flota y por los muros del asalto por tierra, los atenienses podían ignorar alegremente la indignación helénica y continuar su conquista de los quersonesos de Tracia. De allí expulsaron a la población nativa, a la que reemplazaron por colonos atenienses. Confiados en que los espartanos poco más podrían hacer que ofrecer sus simpatías a los indignados suplicantes que acudieron en busca de apoyo, los atenienses trataron de sojuzgar, en el Egeo, a la isla de Tasos, frente a la costa del norte de Grecia. Para entonces, había un sentimiento fuerte y creciente en

Esparta de que había que recordar a los atenienses que no podían hacer lo que quisieran.

El terremoto y sus réplicas

Sin embargo, antes de que pudiera lidiar con los acontecimientos en el exterior, Esparta se vio sacudida por una crisis interna. Literalmente sacudida, porque, en el 464 a. C., un terremoto causó muerte y devastación por toda Lacedemonia. Se dio noticia de que en la misma ciudad de Esparta sólo quedaron en pie cinco casas. Las fuentes contemporáneas estiman el número de víctimas en 20 000, aunque no se sabe quién estaba contando ni cómo fue posible hacerlo. Además, no hubo mucho tiempo para tales actividades, ya que el terremoto fue sólo el comienzo de la crisis.

Dice mucho sobre Esparta y de los pueblos que tenía sometidos que, después de salir arrastrándose de debajo de los escombros de su casa, el primer paso de Arquidamos no fue organizar la ayuda a las víctimas de la catástrofe, sino prepararse apresuradamente para la revuelta ilota que inevitablemente seguiría, como era de esperar. De hecho, para la mentalidad griega, habían sido los ilotas quienes habían provocado el terremoto.

Poseidón, conocido hoy como el dios del mar, se manifestaba con un aspecto temible a los antiguos griegos. Uno de sus títulos era «el sacudidor de la tierra», porque era el dios quien, cuando se enfadaba, podía sacudir la tierra como un ama de casa sacude una alfombra. Y Poseidón había tenido motivos de ira, porque un grupo de ilotas, que de alguna manera había ofendido a los espartanos, había intentado buscar refugio en el templo de Poseidón, en Ténaro. Haciendo caso omiso de los sentimientos del dios, los espartanos arrancaron a los suplicantes del témenos y los ejecutaron. El terremoto ocurrió poco después.

En consecuencia, los ilotas de Lacedemonia llegaron rápidamente a la conclusión de que los dioses estaban castigando a Esparta y, de inmediato, se rebelaron. Con total previsibilidad, tan pronto como

llegó a Mesenia la noticia de la revuelta en Lacedemonia, la población también tomó las armas. A los ilotas se unieron prestos algunos de los perioikoi (o periecos), hombres libres de Lacedemonia que no eran espartanos ni tenían derechos políticos.

Era un mal momento para formar parte de una avanzadilla aislada de la administración o las tropas espartanas, ya que los rebeldes rápidamente las aniquilaban. Por ejemplo, en Mesenia sabemos de un grupo de trescientos espartanos capturados y liquidados en la llanura de Steniclaros. De hecho, incluso el principal ejército espartano estaba teniendo problemas para organizarse debido al caos logístico y la pérdida de vidas causados por el terremoto. Afortunadamente para Esparta, la gente de Mantinea aprovechó la oportunidad para devolver favores pasados y se lanzó al ataque del lado espartano. Una vez más, debemos agradecer a Heródoto (Libro noveno, 35) el comentario de pasada sobre que la alianza Mantinea-Esparta derrotó a la principal fuerza rebelde en un lugar llamado Istmo, probablemente a fines del 464 a.C.

Como habían hecho los mesenios en años y en guerras anteriores contra los espartanos, los rebeldes se retiraron a su bastión de último recurso en el monte Itome. Después de haber luchado penosamente para conquistar esta montaña en guerras previas, durante el tiempo de la ocupación, los espartanos habían hecho todo lo posible por destruir cualquier fortificación. Sin embargo, lo que no pudieron hacer desaparecer fue la montaña misma. El monte Itome domina la llanura mesenia y tiene escarpas, barrancos y desfiladeros suficientes como para que no sea esencial reforzar sus defensas naturales. Una vez seguros en Itome, los rebeldes podían contener a los formidables espartanos con relativa facilidad. Por muy hábiles que fueran los espartanos en el campo de batalla, carecían de la capacidad técnica necesaria para un asedio exitoso.

Cuando se trataba de tomar posiciones fortificadas, los mejor calificados del mundo conocido en ese momento eran los persas. Habían demostrado sus habilidades no sólo en su última conquista de Atenas (que es como terminaron derribados los primeros muros atenienses), sino también, y en primer lugar, en la anterior reconquista de Jonia, después de que las ciudades continentales de Anatolia se rebelaran y dieran comienzo a las guerras médicas. Los

jonios se habían convertido necesariamente en expertos en los asedios a partir de su experiencia como sitiados, y habían transmitido gran parte de sus conocimientos a los atenienses, que siempre resultaban ágiles aprendices ágiles y recientemente habían demostrado su nueva capacidad con los pueblos del Quersoneso y de Tasos.

A las autoridades de Esparta se les ocurrió que, a pesar de los últimos resentimientos, espartanos y atenienses todavía eran técnicamente aliados. Por lo tanto, pensaban que podían legítimamente recurrir a ellos para extirpar a los rebeldes mesenios de Itome. Quizá para sorpresa de todos, cuando el asunto llegó a la asamblea ateniense, el defensor más firme de la intervención fue el strategos ateniense Cimón.

Otra vez podríamos sospechar de la mano oculta de Arquidamos detrás de toda la escena. Hay que argumentar –y probablemente así lo hizo Arquidamos– que Esparta se contentaba con dominar el Peloponeso y había renunciado a sus ambiciones exteriores. Sin embargo, si los atenienses deseaban continuar sus conquistas sin obstáculos, lo harían mejor con una Esparta fuerte a sus espaldas; si Esparta se debilitaba, no cabía duda de que la rivalidad incipiente entre Corinto y Argos se convertiría en una guerra abierta que probablemente arrastraría a Beocia. Baste agregar a todo esto una Arcadia inestable, y los atenienses estarían tan ocupados lidiando con los pueblos vecinos en el suroeste que su capacidad para expandirse hacia el este y el norte se vería seriamente mermada. En general, era deseable para todos un Peloponeso estable y seguro y, si esto implicaba aliarse con Esparta para reprimir a los mesenios, era lo que Atenas debía hacer.

Puede ser que tales argumentos convencieran a Cimón. Algunos atenienses, siempre dispuestos a creer lo peor de sus políticos, sospechaban que la persuasión espartana había sido más pragmática y rentable. De cualquier manera, ya sea por la razón o por el dinero, Cimón logró a su vez que la asamblea enviara una fuerza de cuatro mil hoplitas atenienses para unirse a la fuerza de asalto en Itome. Esto costó a Cimón gran parte de su capital político, y por eso resulta aún más sorprendente que, apenas llegados y establecidos los atenienses, las autoridades espartanas los informaran

abruptamente de que su presencia ya no era necesaria y que debían marcharse de inmediato.

Una teoría es que, aunque se habían ganado temporalmente al líder ateniense, las tropas que había enviado no estaban forzosamente de acuerdo con él. En cualquier caso, los espartanos no se sentían cómodos con una fuerza de atenienses de esas dimensiones en lo profundo de su territorio, tan celosamente guardado, y esta incomodidad sería aún mayor si los miembros del contingente ateniense simpatizaban con los aprietos de los ilotas.

Sin embargo, a pesar de la mentalidad indudablemente democrática de los atenienses, no era propio de ellos simpatizar con los ilotas. Hasta entonces, los atenienses habían mostrado escasa amabilidad hacia los miles de esclavos que trabajaban en condiciones horribles en sus minas de plata, y ciertamente poco respeto por los derechos de sus aliados conforme se convertían en súbditos de su creciente imperio. Con esto, resulta un tanto inconcebible que demostraran tanta empatía por los ilotas oprimidos, aunque el ser humano a lo largo de la historia ha sido propenso a la irracionalidad, por lo que no se puede descartar por completo.

Otra probabilidad es que los atenienses, una vez establecida su presencia militar en territorio espartano, pretendieran aprovecharla al máximo. Los alarmados espartanos habrían podido observarlos trazando afanosamente líneas de suministro y rutas potenciales alrededor de puntos defendibles y tomando nota de las mejores ubicaciones. En el aspecto diplomático, los atenienses habrían estado charlando con los periecos, preguntando a la vez sobre los puntos débiles de Lacedemonia, tanto en el ámbito geográfico como político. De hecho, esto es lo que haría cualquier grupo sensato de militares si tuviera la oportunidad de explorar lo que bien podría convertirse en un territorio hostil en el futuro, y hay indicios de que semejante información se utilizó contra Esparta más adelante, de modo que bien puede ser que los espartanos se dieran cuenta tardíamente de que la riqueza de la inteligencia militar que estaban entregando a los atenienses con el acceso a su territorio superaba con creces cualquier utilidad que los atenienses pudieran tener contra los mesenios.

Cualquiera que haya sido la causa del brusco despacho de las

fuerzas atenienses, los espartanos debían ser conscientes de que los aliados lo verían como una bofetada. El orgullo de Atenas resultó herido, y, a partir de ese momento, la política ateniense dio un giro claramente antiespartano. La primera víctima fue el propio Cimón. El demos ateniense consideró que Cimón había contribuido decisivamente a humillar a Atenas, y su caída del poder fue inmediata. Al año siguiente, los atenienses fueron más lejos, y lo condenaron al ostracismo. Cimón pertenecía al partido aristocrático, que, aunque todavía era demasiado democrático como para atraer a los oligárquicos espartanos, era mucho más conservador que los demócratas extremistas que entonces controlaban la asamblea gracias a la habilidad de su nuevo líder, Pericles.

No se sabe si fue Cimón o Pericles quien logró la expulsión de los mesenios de Itome. Ciertamente, hubo algún tipo de acuerdo entre los atenienses y Arquidamos, quien merece parte del crédito. Aunque inusual para un éxito espartano, la reconquista del monte Itome se logró a través de una tregua negociada en lugar de por la fuerza militar. La diplomacia se había convertido en una característica de Esparta desde el ascenso de Arquidamos al trono, y ciertamente este resultado fuen la resolución menos insatisfactoria de la rebelión para todos los involucrados. A los rebeldes mesenios se les permitió salir ilesos de Itome, y los atenienses los asentaron en una ciudad que habían conquistado recientemente, Naupacto, en Etolia, en el golfo de Corinto.

A pesar de este acuerdo, las relaciones entre Atenas y Esparta se habían agriado definitivamente, y esto produjo al instante un efecto dominó sobre el resto de Grecia. Los diferentes estados se encontraron en una posición cada vez más incómoda por tener que alinearse con una u otra de las dos potencias. Los argivos fueron los primeros en experimentar lo enojoso de esta posición, porque el nuevo gobierno de Atenas decidió que, si los espartanos no los querían, entonces encontrarían otros aliados en el Peloponeso. Después de siglos de animosidad, los argivos eran instintivamente antiespartanos y, por lo tanto, estaban muy felices de complacer a los atenienses. Sólo para mostrar a los espartanos lo terriblemente aislados que podrían llegar a quedar en el plano diplomático, tanto Atenas como Argos firmaron pactos defensivos idénticos con

Tesalia.

Mégara, una pequeña ciudad-estado que estaba siendo intimidada por Corinto, pidió entonces ayuda a Atenas. La demanda fue debidamente atendida, lo que tuvo el efecto de que temporalmente Mégara entrara en el campo de influencia ateniense, a costa de tener que soportar el enconamiento de Corinto, que siempre había considerado a Argos como un rival. Ahora, la alianza entre Atenas y Argos, combinada con la interferencia ateniense en Mégara, contribuyó a empujar a Corinto decididamente hacia el lado espartano.

No se sabe hasta qué punto fue bienvenida esta amistad corintia por parte de los espartanos. Después de resolver la rebelión mesenia, los espartanos estaban embarcados en el proceso de enmendar el daño causado por el terremoto y la guerra que lo había seguido. Lo que menos querían era involucrarse en una serie de aventuras militares contra Atenas como las emprendidas por los corintios. Así, por ejemplo, una oportunista expedición de los atenienses en el golfo Sarónico fue contrarrestada por los corintios, que se aliaron con la gente de Epidauro, alianza probablemente alcanzada con el único fin de enfrentarse a Atenas. Los atenienses respondieron atacando a la flota corintia, a la que derrotaron por completo. Después de esto, los corintios participaron en la disputa militar que los atenienses tenían con la isla de Egina (frente a la costa de Atenas). Al calcular que habían quedado desbordados a raíz de una expedición a Egipto, los corintios intentaron expulsarlos de Egina, sólo para descubrir que los atenienses tenían más recursos de lo que esperaban. El escozor de esta segunda derrota provocó aún más ira entre los corintios, decididos del todo a arrastrar a Esparta a cualquier enfrentamiento militar futuro con Atenas.

El primer choque: Tanagra

En cualquier caso, las cosas se movían en esa dirección, ya que la relación entre Atenas y Esparta se deterioraba sin cesar. El resultado final fue una batalla campal en Beocia, en algún momento a finales

de la década del 460. Cómo y por qué se llegó a este punto, es una cuestión de conjeturas, ya que sólo tenemos un relato algo insatisfactorio de Tucídides y otro totalmente insatisfactorio de Diodoro Sículo. La batalla entre Atenas y Esparta tuvo lugar aproximadamente en la época en que nació Tucídides, por lo que al menos habría podido hablar con los participantes. Por tanto, se prefiere su versión. Un historiador moderno, I. M. Plant, se basó en esa versión de Tucídides para un artículo titulado «La batalla de Tanagra: ¿una iniciativa espartana?» (Historia, 1994: 259-274), y a partir de todas las fuentes mencionadas se pueden reconstruir confusamente los motivos en una suposición como mínimo razonable.

La historia básica es la siguiente. La pequeña ciudad-estado de Fócida estuvo enredada en una disputa con la igualmente pequeña Doris sobre cuál de ellas debía controlar el santuario de Delfos. Aunque no de gran tamaño, Doris no era insignificante, ya que se suponía que era la ciudad madre de los dorios, pueblo del que los espartanos se consideraban líderes. En consecuencia, éstos enviaron una fuerza muy importante para ayudar a los dorios a mantener el control del oráculo. Después de cumplir su tarea, en el camino de regreso, los espartanos descubrieron que los atenienses habían bloqueado los pasos que conducían de Beocia al Peloponeso. Mientras discutían qué hacer a continuación, los atenienses los atacaron, pero fueron derrotados. Y los espartanos volvieron a casa a través de aquellos pasos ahora desprotegidos.

Hay problemas con este texto, sobre todo porque la historia «oficial» enmascara una subtrama llena de intrigas. Por ejemplo, ¿por qué Esparta organizó una gran expedición militar para lo que debía ser un asunto menor?, ¿por qué respondieron los atenienses con tanta vehemencia?, ¿y por qué tuvo lugar la batalla en Tanagra, que obviamente no está en la ruta de regreso desde Doris? Además, cuando terminó la batalla, ¿por qué los atenienses se volvieron contra los tebanos (a quienes ganaron)?

Un indicio para responder a estas preguntas lo podemos encontrar en Arquidamos, que intrigaba cautelosamente con los desafectos de la democracia de Pericles. No es difícil suponer que la facción ateniense descontenta quisiera organizar un golpe respaldado por

los espartanos aprovechando el momento en que Esparta tenía un gran ejército en las cercanías. El ejército espartano era demasiado grande para una misión a Doris, pero, tal como demuestran los acontecimientos posteriores, tenía el tamaño adecuado para enfrentarse a los atenienses. Además, había una serie de objetivos secundarios que la misión a Doris podría lograr incluso si la democracia ateniense no podía ser derrocada.

Para empezar, la presencia de una gran fuerza espartana en Tanagra (que obviamente no estaba en la ruta de regreso a Esparta, pero que no era un mal lugar donde esperar y ver cómo se resolvían las cosas en Atenas) bien habría podido obligar a los atenienses a convocar a sus tropas y sacarlas de Egina. Si esto sucedía, valdría para ayudar a los corintios, que demandaban sin cesar a los espartanos que sacaran a los atenienses de la isla. Y, además, el apoyo espartano animaría a los tebanos, a quienes pretendían engatusar para que ingresaran en el lado antiateniense. De modo que, con ese gran ejército en Beocia, los espartanos intentaban matar cuatro pájaros de un tiro.

Esto también explica la reacción de los atenienses. Habían apoyado automáticamente a Fócida desde el momento en que los espartanos se pusieron del lado de Doris, aparte de la irritación por el descarado apoyo al dominio tebano de Beocia y el intento de expulsar a sus tropas de Egina, y enfurecidos además por la conspiración de los espartanos para derrocar su democracia. Los espartanos habían previsto que los atenienses podían reaccionar de esa manera, razón por la cual habían contado con un gran ejército desde el principio.

Resultó que la expedición espartana no cumplió ninguno de sus propósitos. La resolución de la disputa entre Fócida y Doris sólo se resolvió por un tiempo a favor de los dorios. Una vez que los espartanos se marcharon, los atenienses entraron en la zona y devolvieron el control del oráculo de Delfos a Fócida. El intento de sobornar a la democracia ateniense fracasó, mientras que las tropas de Atenas permanecieron en Egina y, de hecho, obligaron a Egina a rendir su independencia y convertirse en miembro tributario de la Liga de Delos, dominada por Atenas. Además, después de ser derrotados por los espartanos, los contrariados atenienses

descargaron su mal genio sobre los tebanos, aplastándolos en una batalla posterior que constituyó una lección práctica sobre por qué no debían ser demasiado amigos de Esparta.

Por su parte, Arquidamos podría no sentirse demasiado preocupado por el resultado de este primer enfrentamiento. Aunque las bajas en ambos bandos habían sido numerosas, los atenienses habían acabado derrotados y advertidos de lo que podían esperar si estaban decididos a contrariar a su antiguo aliado.

La paz incómoda

Esta batalla podía haber significado el inicio de una gran guerra, pero aparentemente ninguno de los bandos lo tomó de esa manera. Más aún, fue visto como un breve estallido en una guerra por todo lo demás fría, con ambos bandos enfrentados verbalmente de forma precavida en lugar de reanudar las hostilidades. Esto se debió en parte a que, en cualquier caso, los espartanos eran reacios a plantar batalla, ya que eran por naturaleza pacientes y cautelosos y, además, todavía debían poner orden en las secuelas del terremoto y la rebelión mesenia; y por otra parte, los atenienses también tenían demasiadas cosas entre manos, ya que estaban en medio de un animado enfrentamiento con Corinto, de una operación (finalmente sin éxito) en Egipto y entregados a una expansión metódica por toda Tracia.

Como nuestro asunto es Esparta, no necesitamos detenernos en estas iniciativas atenienses más que para señalar que la ambición de Atenas causó gran preocupación en Esparta y en otros lugares. Sin embargo, un aspecto de la campaña de Egipto sí merece nuestra atención: los persas supuestamente intentaron sobornar a los espartanos para que invadieran el Ática como recurso para sacar a los atenienses de su provincia egipcia. A medida que pasaban las décadas, los persas descubrirían que unas oportunas inyecciones de plata dirigidas a las personas adecuadas eran más efectivas para controlar a los griegos que las torpes intervenciones militares.

Desde nuestro punto de vista, el principal resultado de la batalla de Tanagra es que, en gran parte, puso fin a un período de ásperos enfrentamientos. Por lo general, se conocen con el título de «Guerras Sagradas», ya que lo más congruente de los conflictos giró alrededor del control del oráculo de Delfos. Los atenienses continuaron mostrando su descontento con Esparta con una serie de incursiones en ciudades costeras del Peloponeso, pero, como hemos visto más arriba, tanto los espartanos como los atenienses estaban demasiado ocupados para un enfrentamiento militar. Tanto Arquidamos como Pericles eran diplomáticos lo bastante buenos como para desvincular a sus respectivas ciudades de una guerra que no le venía bien a nadie en ese momento.

Por otro lado, los espartanos dejaron en claro a los corintios que no apoyarían más acciones militares, y los corintios, aunque en absoluto conformes, eran demasiado sensatos para intentar enfrentarse solos a los atenienses. Así quedaron, pues, las cosas, pero en un clima de incomodidad. Por un tiempo, Esparta parece volver a la paz.

Un acontecimiento importante fue la muerte de Plistarco, el hijo de Leónidas, de quien Pausanias había sido regente. Pausanias habría sido el siguiente en la línea de sucesión, pero, como estaba muerto, Plistoanacte, su hijo mayor, heredó el trono que correspondía a la dinastía de los agíadas.

Mientras tanto, los atenienses se fortalecían más y más. Su objetivo principal ahora tenía menos que ver con luchar contra los persas (la intención original de la Liga de Delos) y más con mantener el control de las ciudades que habían puesto bajo su égida. De hecho, incluso puede que firmaran formalmente la paz con los persas, la llamada «Paz de Calias». Debió de darse, sin duda, algún tipo de arreglo, aunque se ha argumentado que el acuerdo de paz real fue una falsificación posterior. El cese de hostilidades bien pudo haber sido la razón por la que, después de la supuesta fecha de la paz en el 450 a. C., se produjera un considerable malestar entre los miembros de la Liga. Los tributos exigidos por los atenienses habían aumentado, pese a que no había enfrentamientos reales. Sin embargo, la pertenencia a la Liga ya no era opcional. Los intentos de secesión se consideraban rebeliones contra Atenas.

A través de la diplomacia, la expansión implacable y la fuerza ostensible, los atenienses se estaban convirtiendo en los amos de Grecia, algo que los espartanos observaban con creciente inquietud. Cuando la isla de Eubea se «rebeló» contra Atenas (probablemente alrededor del 449 a. C., aunque la fecha exacta es incierta), Pericles comandó un ejército para restaurar el control. Esto dio a los espartanos la ocasión de poner freno a la ambición ateniense y otorgó a Plistoanacte la oportunidad de demostrar su independencia de criterio con respecto a su compañero en el trono, el euripóntida Arquidamos. Al mando de Plistoanacte, una fuerza espartana invadió el Ática, lo que provocó un frenético estallido de la diplomacia entre Esparta y Atenas. El resultado del trato fue que los espartanos se retiraron del Ática y Pericles continuó con el sometimiento de Eubea.

Dado que Esparta obtuvo tan magros resultados de las negociaciones, los espartanos sospecharon que Plistoanacte había seguido la consagrada tradición deshonrosa de otros reyes y había aceptado un consistente soborno. Sin embargo, no se puede atribuir la retirada del ejército espartano simplemente a la codicia de un rey. Como hemos señalado más arriba, los espartanos eran mediocres en la guerra de asedio, mientras que los atenienses habían invertido buena parte de los beneficios del imperio en lograr que su ciudad fuera invulnerable. Por lo tanto, después de llegar al Ática y esperar un tiempo en la llanura de Eleusis, era bastante incierto cuál podía ser el próximo paso de los espartanos, aparte de admirar la minuciosidad con la que los atenienses habían fortificado su ciudad.

La situación en Mesenia hacía que los espartanos se sintieran incómodos de mantener a su ejército fuera del Peloponeso durante un largo período, por lo que era inevitable que con el tiempo tuvieran que regresar a casa, con o sin un soborno de Pericles. Esto no impidió que los espartanos presentaran cargos contra Plistoanacte, y se sospecha que a Arquidamos no le disgustó que su comonarca quedara eliminado de la escena. Ahora, él podría establecer, sin estorbos, negociaciones formales con Pericles.

En lo esencial, los atenienses acordaron retirarse de aquellas áreas que controlaban directa o indirectamente en el Peloponeso y

permitir que Mégara volviera a estar bajo el control de la Liga del Peloponeso. Por razones obvias, tomaron el dominio de Lepanto y de su población mesenia. Los estados aliados de una liga u otra (Delos o Peloponeso) no podían ser objeto de interferencia, y cualquier disputa tenía que someterse a arbitraje neutral. La paz debía durar una generación en términos tradicionales, esto es, treinta años, pero, dada la animadversión entre Atenas y Esparta, pocos esperaban que durara siquiera la mitad.

El congreso de los aliados

Tucídides entra en algunos detalles al describir cómo Esparta y Atenas finalmente pasaron a la guerra abierta, pero también brinda una descripción general y desapasionada de lo que él consideraba las causas fundamentales del conflicto:

Las cosas llegaron a un punto en el que la creciente fortaleza de Atenas estaba a la vista de todos. Los atenienses habían comenzado a interferir en los asuntos de los aliados de Esparta hasta un punto que los espartanos ya no podían tolerar. Decidieron poner todas sus fuerzas en la guerra actual [Tucídides empezó a escribir antes de que terminara la guerra] para atacar el poder ateniense y, si era posible, romperlo.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso)

En otras palabras, esta guerra no fue el resultado involuntario de una serie creciente de enfrentamientos. Según Tucídides, se planeó desde el principio con la intención consciente, si no de destruir Atenas, al menos de hacerla insignificante. De manera típicamente espartana, a través de numerosas cesiones, vacilaciones y reveses, durante el siguiente medio siglo la nación avanzó tenazmente hacia

ese objetivo.

Por supuesto, había varias causas manifiestas para la guerra, aunque ninguna que unas negociaciones con buena fe no hubieran podido resolver. Como de costumbre, los corintios se convirtieron en un importante factor de agravio. Aunque habían votado antes para no romper la paz, cuando Samos se rebeló contra Atenas estaban más que molestos por el tratado defensivo que los atenienses habían pactado con el estado insular de Córcira (la actual Corfú). Hasta entonces, Córcira había sido un estado no alineado, y los corintios estaban bastante interesados en conquistar el lugar, que había sido antigua colonia, y tomar las riendas de su flota, que era considerable. Pero los atenienses estaban igualmente interesados en impedirlo.

El resultado final fue un choque de armadas, con los reacios atenienses haciendo sólo lo necesario para evitar una invasión real de Córcira. Molestos con Corinto, los atenienses respondieron castigando a otra colonia corintia, la de Potidea, en la península Calcídica. Potidea era miembro de la Liga de Delos (o sea, el Imperio ateniense), pero los corintios, sin embargo, estaban indignados por el tratamiento de su antigua colonia, y se produjo un nuevo enfrentamiento armado. No había duda de que, si Esparta iba a la guerra contra Atenas, Corinto estaría totalmente de acuerdo con la decisión.

El primer paso que debía dar una nación temerosa de los dioses cuando contemplaba una guerra importante era enviar alguien a Delfos para averiguar cuál era la posición de los habitantes del monte Olimpo al respecto. Los espartanos lo hicieron debidamente. La respuesta fue positiva. De hecho, Apolo aseguró que no sólo los dioses aprobarían la empresa, sino que él mismo lucharía en el bando espartano.

El segundo paso no consistía tanto en consultar a los aliados de la Liga del Peloponeso como en informarles de que Esparta iba a la guerra y alentar con firmeza su participación. Tucídides nos ofrece un conmovedor discurso de los corintios, en el que se utilizó una letanía de antiguas quejas para demostrar la futura amenaza que representaba Atenas. Persuadidos por la elocuencia corintia, por un lado, y sin duda alguna por el silencioso forcejeo espartano entre

bambalinas, por otro, la gran mayoría de los miembros de la Liga votó a favor de la guerra. Una diplomacia hábil unida a la ira tebana por lo ocurrido en Tanagra aseguraron que, por una vez, Tebas estaría del mismo lado que Corinto y Esparta. Sin embargo, incluso este poderoso conjunto de aliados no era suficiente para los espartanos. A fin de tener la conciencia tranquila con respecto a sus dioses, el paso final fue asegurarse de que la guerra fuera una cuestión consentida, en la que Atenas entraba a sabiendas al rechazar conscientemente las alternativas.

Por ello, una embajada de Esparta llegó a Atenas exigiendo que, debido a un previo sacrilegio, los descendientes de los perpetradores debían ser exiliados de la ciudad. Dado que la lista de los que debían ser expulsados incluía a Pericles, el actual líder, era poco probable que aceptaran. Además, los atenienses tenían una respuesta a mano: argumentaron que los espartanos debían, a su vez, expulsar a los responsables de la maldición de Ténero, el impío asesinato de suplicantes ilotas a Poseidón que había causado el terremoto y la rebelión mesenia. También se mencionó el emparedamiento de Pausanias en el recinto del templo, con la sugerencia de que los éforos debían decretar su propio exilio por el papel que habían jugado en este asunto.

Los espartanos lo intentaron de nuevo, esta vez quejándose en nombre de su aliada Mégara. A causa de una disputa con los atenienses, los barcos y comerciantes de Mégara habían sido excluidos de todos los puertos controlados por la Liga. Los espartanos exigieron que se permitiera nuevamente a los comerciantes megarenses el acceso a los puertos, pero los atenienses se negaron, aunque se ofrecieron a permitir que una parte neutral arbitrase, según lo acordado, por el tratado entre los dos estados.

Una tercera embajada espartana llegó a Atenas. Esta vez el mensaje de los embajadores fue definitivamente lacónico: «Esparta quiere la paz. Dejad de oprimir a otros griegos, y la paz será inminente».

Para entonces, los atenienses sabían que los espartanos no trataban de resolver problemas concretos, sino que buscaban algo que pudieran exigirles legítimamente, algo que ellos no quisieran dar. Como señaló correctamente un orador de la asamblea ateniense: «No entraríamos en guerra sobre si rescindir o no el decreto

Megarense. Eso es un asunto menor. Pero, si cedemos y retrocedemos en este punto, los espartanos simplemente regresarán con una demanda mayor».

Casi con certeza se puede decir que este análisis es correcto. Los espartanos se habían decidido por la guerra y seguirían presionando hasta que los atenienses accedieran a pelear. No se trata de que los ambiciosos y belicosos atenienses fueran reacios a enfrentarse a Esparta; después de todo, ya habían combatido a la poderosa Persia y habían salido victoriosos. Tucídides hace que Pericles dé una descripción detallada de los recursos atenienses y de las posibles estrategias. La conclusión era que una guerra con Esparta sería difícil y exigente, pero sin duda se podía ganar.

En consecuencia, se les dijo a los embajadores espartanos que Atenas no tenía intención de dar marcha atrás, pero que estaban dispuestos a someter cualquier punto de desacuerdo a arbitraje, cuando y donde quisieran los espartanos. Los embajadores abandonaron Atenas sin dar ninguna respuesta. Si bien no se había emitido una declaración formal de guerra, ambas partes sabían ahora con certeza que el conflicto era inevitable. Los «treinta años de paz» habían durado poco más de la mitad del tiempo estipulado.

Capítulo 5

La guerra de Arquidamos

Cualquiera que esté familiarizado con la historia de Esparta no se asombrará de lo que sucedió a continuación. En el 743 a.C., los espartanos planeaban la conquista de Mesenia. Primero enviaron embajadas con demandas intolerables, que no fueron satisfechas; éstas se fueron sin responder a la sugerencia de arbitraje de Mesenia. Luego, sin previo aviso, atacaron y tomaron la ciudad fronteriza de Anfea, asegurándose así un lugar crucial, cuello de botella, en la ruta entre Mesenia y Lacedemonia.

Volvamos la vista hasta el 431 a.C., cuando la guerra había comenzado con un ataque sorpresa a Platea, una ciudad que era asimismo el cuello de botella fundamental entre Atenas y Esparta. Al igual que con Anfea, el ataque se fue más fácil porque los habitantes de la ciudad vivían en la inocencia de creer que todavía estaban en tiempos de paz y no tomaron precauciones. La diferencia más importante fue que, dado que Esparta no compartía frontera con Atenas, fueron sus aliados, los tebanos, quienes atacaron Platea. Este detalle es importante, porque, en Anfea, los espartanos habían decidido que, ya que iban a romper las reglas de la guerra, lo podían hacer de manera total. Es decir, asaltaron Anfea con todas sus fuerzas, en un gran despliegue, y la mayoría de los habitantes resultaron masacrados antes de conocer siquiera que su nación estaba en guerra. Por su parte, los tebanos fueron más aprensivos:

Estaban decididos a ser conciliadores y, si era posible, llegar a un acuerdo amistoso con los ciudadanos. Ordenaron que un heraldo proclamara que todo el que quisiera unirse a la confederación tebana [Platea había sido una vez una aliada estrecha de Tebas]

debía reunirse con sus tropas en la plaza del mercado. Realmente pensaron que la gente de la ciudad estaría encantada de unirse a ellos.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, 2.24)

Se trató de un error grave y fatal. Al margen de los lazos anteriores con Tebas, los platenses habían apoyado a los atenienses durante las adversidades de la invasión persa y no estaban dispuestos a comprometer su crédito a la ligera. Al darse cuenta de lo pequeña que era realmente la fuerza de ocupación de los tebanos, los platenses se juntaron en secreto con rapidez e inmediatamente atacaron y mataron a sus aspirantes a aliados.

Por el momento, Platea seguiría siendo un obstáculo inoportuno para el movimiento de los ejércitos del Peloponeso. Sin embargo, si bien el ataque a la ciudad no logró gran cosa, una violación tan flagrante del tratado por parte del Peloponeso sirvió como declaración de guerra. Ésta había comenzado oficialmente.

La datación de la más grandiosa de las muchas guerras emprendidas por Esparta es más que confusa. La razón es que la guerra del Peloponeso no consistió sólo en un conflicto prolongado, sino que fue una serie de guerras intercaladas con períodos de paz bastante largos. De hecho, algunos sostienen que esta guerra ya se había iniciado a finales de los años 460 con la Guerra Sagrada y la batalla de Tanagra. Esto es bastante razonable, ya que el motivo principal por el que las dos batallas siguientes se cuentan como una sola es porque Tucídides decidió unirlas. Tan magistral fue su historia de estos conflictos que la mayoría de los historiadores posteriores han seguido sus pasos. Sin embargo, la guerra de Arquidamos (431-421 a. C.) fue muy diferente a la ronda final de hostilidades, ocurrida entre el 413 y el 404 a. C.

En su historia, Tucídides cuenta que Pericles da a los atenienses una descripción detallada de los recursos de la ciudad y la estrategia que Atenas usaría para contener a Esparta. Básicamente, el plan era

el siguiente: no habría ningún intento de enfrentarse a los espartanos en el Ática, incluso si invadían y ocupaban su territorio. Por el contrario, los atenienses se retirarían tras sus seguras murallas y abastecerían la ciudad desde el mar. Mientras los espartanos se ocupaban inútilmente de la zona rural del Ática, los atenienses continuarían con su expansión en el noreste griego, aislando así lentamente a los espartanos en el Peloponeso. Con esto, mientras tanto, los atenienses podrían continuar comerciando provechosamente tanto en su imperio como con el resto del mundo y la armada estrangularía lentamente al Peloponeso, algo que tardaría en afectar a los espartanos, de economía agrícola mayoritariamente, pero que pronto causaría sufrimiento a los estados que dependían del comercio, como Corinto y Mégara. Lo más importante, todo lo que Atenas tenía que hacer para ganar la guerra, era resistir. Dependía de los espartanos y de sus aliados hacer mella en el poder ateniense.

La etapa inicial del conflicto sucedió exactamente como se predijo: los espartanos sitiaron Platea y luego se expandieron en los alrededores de esta ciudad y de Oinoi (otro obstáculo inoportuno), hasta que finalmente invadieron el Ática. Anticipándose a su llegada, las zonas rurales del Ática se habían evacuado por propia voluntad, llevándose consigo todo lo de valor dentro de las murallas de Atenas. Esto dejó a los espartanos con la inmensamente difícil tarea de devastar lugares vacíos y abandonados.

La arqueología moderna ha demostrado que el esfuerzo de devastar adecuadamente una zona es inmenso. No es suficiente, por ejemplo, arrasar una casa de campo si se dejan los bloques de piedra a mano para que el granjero los vuelva a colocar cuando regrese. Además, es tan difícil destruir los cimientos de un edificio como lo es plantarlos por primera vez. Por lo tanto, dado el poco tiempo que se puede dedicar a demoler un edificio, el agricultor generalmente tiene una base sólida sobre la cual volver a reconstruir, especialmente cuando artículos difíciles de reemplazar, como las bisagras de las puertas, se han enterrado de antemano con cuidado en otro lugar. Nos ha llegado que los granjeros evacuados se llevaron consigo objetos como, por ejemplo, marcos de ventanas, mientras que el ganado se había trasladado a la cercana isla de Eubea y se repatriaba cada año, después de la retirada de los

espartanos.

Por otro lado, la fortaleza de un olivo hace que sea difícil de destruir. El árbol ve la tala como una forma drástica de poda y rápidamente vuelve a crecer, aún más tupido que antes. Para matar un olivo maduro hay que arrancarlo de raíz, que equivale al trabajo de una mañana entera de un pelotón de hombres y, además, no es realmente factible en todos los olivares del Ática. En el caso de las cosechas, pisotear el trigo de invierno en el suelo destruye la recogida de esa temporada, pero fertiliza la tierra y favorece una excelente cosecha posterior; y, en cualquier caso, los atenienses podían importar más grano de los campos de alrededor del mar Negro.

Por añadidura, los hoplitas del ejército espartano no se arremangaban para dedicarse a la destrucción. Los tesalios, aliados de los atenienses, todavía guardaban rencor contra los espartanos, y su estado norteño criaba una excelente caballería. Tanto los escuadrones de caballería atenienses como los tesalios patrullaban la campiña ática, donde chocaban constantemente con sus homólogos tebanos, de modo que la vida era inestable y corta para los pequeños grupos de esparciatas que se apartaban demasiado del ejército principal.

Por todo esto, las invasiones del Ática, aunque enormemente molestas, estaban lejos de ser devastadoras. Dado que los espartanos no podían permitirse dejar su ejército allí como fuerza de ocupación permanente, sus invasiones fueron inevitablemente breves. Además, existe una creciente evidencia que sugiere que muchos atenienses lograron practicar una especie de «agricultura de guerrilla» y cultivaron en los alrededores de las invasiones.

Un mal comienzo

La guerra tuvo un mal comienzo para Arquidamos, que fue duramente criticado por su demora en poner al ejército espartano en pie de guerra. Muchos sospechaban que su amistad con Pericles

lo había llevado a confiar en que todavía se pudiera encontrar una solución política. Más tarde, cuando los espartanos y sus aliados actuaron, tan pronto como abandonaron el territorio amigo de Tebas se toparon con un escollo: el asentamiento de Oinoi, una pequeña ciudad fuertemente amurallada que ocupaba un paso crucial en el macizo de Citerón, entre el Ática y Beocia.

Los atenienses se habían imaginado que llegarían por allí y Oinoi había sido guarnecida y fortificada en consecuencia. Los espartanos ya habían demostrado anteriormente su incapacidad para concluir convenientemente un asedio, y ahora su ejército consumió un tiempo desmedido para acabar demostrando que seguía siendo así. Hubo quienes pensaron que Arquidamos se había retrasado deliberadamente con la vana esperanza de que la presencia de un gran ejército dispuesto a abalanzarse sobre el Ática sería suficiente amenaza para imponer sus condiciones.

La estrategia habitual espartana para la guerra era simple. El ejército marchaba sobre el territorio hostil, dañándolo hasta que los indignados habitantes salían contra ellos con su propio ejército. Entonces, los espartanos los derrotaban, y luego se sentaban a discutir los términos de la paz. De hecho, Tucídides hace que Arquidamos explique el plan explícitamente:

Saldrán y nos desafiarán cuando nos vean destruyendo sus propiedades. La gente se encoleriza cuando ve lo que sucede ante sus narices, especialmente si nunca ha pasado antes. Sin considerar las consecuencias, impulsivamente se apresuran a prevenirlo. Los atenienses son especialmente propensos a actuar de esta manera, porque están más acostumbrados a dañar las tierras ajenas que a sufrir ellos mismos una devastación.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, 2.11)

Pero esta vez no sucedió así, a pesar de que, una vez superado el

obstáculo de Oinoi, los espartanos comenzaron el saqueo del Ática. Sabiendo que su amistad con Arquidamos podría significar que sus bienes personales fuera de los muros de Atenas quedaran intactos, Pericles se adelantó a cualquier movimiento espartano y cedió estas tierras al estado ateniense. El conocimiento de que todo el mundo sufría por igual significó que el ejército ateniense, aunque de hecho estaba profundamente conmocionado, se quedara contemplando la destrucción sin salir de las murallas de la ciudad.

Esto fue un problema. Si los espartanos tenían alguna otra idea de cómo derrotar a Atenas, no hay constancia de ello. Tampoco se observa, en lo sucesivo, ningún signo de una estrategia organizada. Más bien se sucederán repetidas e inútiles invasiones anuales del Ática por parte de los espartanos, así como algunas aventuras militares, mientras se esforzaban por dislocar las defensas atenienses en otros sitios.

Arquidamos era un hombre sin plan. Y las cosas estaban a punto de empeorar. Ya era bastante perjudicial para su estrategia, limitada a una sola idea, que el ejército ateniense lo eludiera permaneciendo en la ciudad. Pero los atenienses fueron mucho más lejos: sus hoplitas se embarcaron en trirremes y partieron hacia el Peloponeso. Mientras los espartanos y sus aliados quedaban estancados sin propósito claro en los humeantes campos áticos, los atenienses recorrieron por mar el litoral del Peloponeso, deteniéndose en los puntos vulnerables a lo largo de la costa lacedemonia, para entregarse a sus propios desmanes e incendios.

Fue en uno de esos lugares, en Metone, una de las pocas abras en el sur del Peloponeso, donde los atenienses no lograron capturar el puerto gracias a las rápidas acciones de un oficial espartano llamado Brásidas, en una acción que le valió la primera distinción oficial bélica por parte de Esparta. Pero otros pueblos fueron menos afortunados, y pronto Arquidamos fue bombardeado con mensajes que exigían la retirada inmediata de su ejército.

Fue entonces cuando quedó manifiestamente clara la magnitud del reto que los espartanos se habían propuesto. Los atenienses no sólo tenían un gran ejército y una enorme flota, sino que también disponían de grandes cantidades de dinero y de suministros bélicos en reserva para una guerra que habían previsto durante mucho

tiempo. El tesoro contaba con miles de talentos de oro y plata. Con un talento de plata, que pesaba alrededor de 26 kg, bastaba para mantener un barco de guerra en el mar durante un mes. Si aceptamos las cifras –dadas por Pericles y citadas por Tucídides–, Atenas tenía fondos suficientes para mantener una flota de cien barcos durante dos siglos más, incluso sin los 500 talentos que ingresaban anualmente como tributo de otros estados.

Esparta, sin embargo, carecía de recursos monetarios, ya que los esparciatas dependían de los beneficios de las propiedades mesenias que los ilotas cultivaban para ellos. Si bien era útil, y por cierto así consiguieron ser autosuficientes, este sistema económico no resultaba particularmente apropiado cuando se trataba, por ejemplo, de equipar buques de guerra que requerían dinero contante y sonante; por tanto, no tuvieron más remedio que respirar hondo y tragarse el orgullo y luego, sobre la base de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», se decidieron a pedir dinero a los persas:

Al final del verano, una embajada [...] partió hacia Anatolia con la intención de pedir al rey persa que proporcionara un subsidio, o incluso que se uniese a la guerra del lado espartano.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, 2.67)

Hay que decir que Esparta nunca sintió la antipatía innata por los persas que demostraba Atenas. Como jonios que eran, los atenienses se identificaron completamente con las ciudades conquistadas y gobernadas por Persia, y vieron la guerra contra los persas como una especie de cruzada. En cambio, para los pragmáticos espartanos, esta guerra sólo había consistido en expulsar a los invasores de la Hélade. Eso lo habían logrado, y los persas no mostraban deseos de repetir el intento. Por tanto, no había ninguna razón por la que ahora no pudieran restablecer unas relaciones habituales entre diferentes reinos. Pedir ayuda contra un enemigo

común entraba, ciertamente, en esa categoría, de modo que los espartanos probablemente pensaron que no estaban haciendo nada extraño.

Sin embargo, los atenienses se ofendieron. Cuando sus diplomáticos se enteraron de la existencia de la embajada espartana, convencieron a un administrador persa para que se la entregara. Los prisioneros fueron enviados a Atenas. Cuando llegaron los embajadores:

Ese mismo día, sin juicio y sin permitir que los prisioneros dijeran una palabra en su defensa, los atenienses los ejecutaron a todos y arrojaron los cadáveres a un pozo.

A los atenienses les pareció una acción razonable por su parte, ya que los espartanos habían estado comportándose de manera similar. No sólo los atenienses, sino incluso los mercantes neutrales que habían capturado navegando alrededor del Peloponeso, se consideraron enemigos, y a todos ellos los ejecutaron sumariamente y los arrojaron a pozos.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, 2.67)

El factor Apolo

A estas alturas, las cosas no pintaban bien para los espartanos. Habían emprendido una guerra contra Atenas sin saber a ciencia cierta en qué se estaban metiendo. Los atenienses, sin embargo, habían preparado su estrategia cuidadosamente y habían almacenado suministros suficientes. No podemos saber qué habrían hecho los espartanos a continuación, aunque tampoco lo que los atenienses tenían en mente, ya que es poco probable que un pueblo tan agresivo y activo tuviera la intención de esperar sin más a que el enemigo se cansara de golpearlos.

En cualquier caso, ninguno de estos planes potenciales se concretó, porque, como había prometido a los espartanos, Apolo se unió personalmente a la guerra y cambió por completo su carácter. Conocido hoy como el dios del arte, la profecía y la música (y las naves espaciales), Apolo también tenía un lado más oscuro. Y los griegos lo sabían bien. En su aspecto de Esminteo, era terrible como portador de plagas. Apolo no sólo llevaba una lira, sino también un arco de plata. En la Ilíada, se dice que disparó sus flechas portadoras de enfermedades en el campamento griego durante nueve días, hasta que los griegos acordaron liberar a la hija capturada de uno de sus sacerdotes. Y ahora aquel temido arco plateado se volvía contra Atenas. De hecho, se podría decir que Atenas, con el espacio entre sus murallas colapsado por una avalancha de refugiados y el ganado traído del campo, era una epidemia a la espera de desatarse. Y al fin se desató, con una fuerza apocalíptica:

No hay registro en ningún otro lugar de que la enfermedad haya sido tan virulenta o letal como lo fue en Atenas [...] La gente moría como moscas, los cuerpos de los muertos se apilaban unos encima de otros, mientras el resto de personas, medio muertas también, se tambaleaban alrededor [...] Los templos estaban atascados por los cuerpos de quienes habían buscado socorro en ellos [...] La catástrofe fue tan abrumadora que la gente asumió que ya estaba condenada e ignoró las restricciones de la religión y la ley.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, 2.50 y sigs.)

Era sólo cuestión de tiempo que la epidemia se extendiera al ejército ateniense que operaba en el noreste de Grecia, y cuando llegó allí también resultó catastrófica. Tucídides es explícito en su descripción de la plaga y los síntomas, y debió de conocerlos bien, porque él mismo resultó aquejado, aunque sobrevivió.

La suposición preferente es que la epidemia fue de fiebre tifoidea,

pues explica muchos de los síntomas, aunque no todos. Un estudio forense lo ha confirmado, aunque con discusiones, a partir de un foso de enterramiento colectivo que data de la época de la peste. La pulpa de la raíz de los dientes muestra que el ADN de los muertos estaba infectado con algo muy parecido a la fiebre tifoidea. Debido a que las enfermedades mutan con rapidez, es posible que la versión antigua de la fiebre tifoidea produjera efectos similares a la fiebre hemorrágica viral, y también es plausible que, a causa del hacinamiento y las condiciones insalubres de la población encerrada dentro de las murallas, los atenienses lograran desencadenar una epidemia doble y simultánea de fiebre hemorrágica y tifoidea que se extendió desenfrenadamente por la ciudad.

Como siempre en estos casos, nadie se detuvo después para hacer un recuento de los muertos, pero el resultado fue devastador. Atenas perdió alrededor de un tercio de su población. Al carecer de mano de obra, la gente se retiró dentro de las murallas de la ciudad y adoptó una postura mucho más defensiva. Se desconocen los planes que tenía Pericles para enfrentarse a Esparta. Esos planes, como el mismo Pericles, murieron con la peste.

Platea

Los espartanos observaron la inusual cantidad de piras funerarias que ardían en la ciudad y llegaron a la correcta conclusión de que Apolo estaba dentro. Entonces, apartaron cautelosamente a su ejército del alcance del contagio y se concentraron en Platea. El ataque fue dirigido por Arquidamos, quien, dada su afición por la diplomacia, naturalmente primero intentó convencer a los platenses de que salieran de la ciudad.

La sugerencia inicial fue que Platea se convirtiera en un estado neutral, y que tanto los atenienses como los espartanos debían poder pasar libremente a través del territorio. Por cierto, esto debía ser en realidad lo que los espartanos deseaban. Sin embargo, los platenses señalaron que sus esposas e hijos ya habían marchado a

Atenas, por lo que sería difícil lograr la neutralidad.

Arquidamos planteó entonces una segunda opción: que entregaran la ciudad a los espartanos. Si lo hacían, serían evacuados a un lugar seguro, apartados de la guerra. Ellos, entretanto, harían un registro pormenorizado de lo que les fuese entregado; lo mantendrían en fiducia y lo devolverían cuando terminara la guerra. Después de consultar con los atenienses, los platenses también rechazaron esta propuesta. En este punto, Arquidamos entendió que sólo la fuerza decidiría el asunto. Dio un breve discurso a los embajadores platenses que podría resumirse así: «Que pese sobre vuestra conciencia».

Y comenzó el asedio. Los espartanos actuaron primero de manera bastante convencional, amontonando tierra contra las murallas para alzar un montículo que les permitiera pasar por encima del adarve. Les llevó un tiempo asombrosamente largo. Al final, se dieron cuenta de que los platenses habían excavado túneles por debajo de sus propias murallas y estaban extrayendo tierra del fondo del montículo a la misma velocidad en que ellos la apilaban por arriba. Más aún: los platenses eran hábiles constructores y, cuando los espartanos comenzaron a embutir la tierra en cestas para que fuera más difícil de remover, los platenses cambiaron de estrategia y se concentraron en hacer que el muro que estaba junto al terraplén espartano fuera aún más alto. En consecuencia, incluso cuando el montículo había alcanzado una altura impresionante, seguía más o menos al nivel del suelo en relación con la altura de las murallas.

Además, los platenses también construyeron una segunda muralla en forma de media luna por detrás del adarve principal. Por lo tanto, aun si los espartanos superaban la primera muralla, encontrarían una segunda esperándolos, y ésta los obligaría a construir otro terraplén de asedio al lado, aunque ahora expuestos a los proyectiles por los flancos. Los platenses demostraron así, con facilidad, que estaban dispuestos a construir una sucesión de muros enfilados a lo largo de la ciudad, si los espartanos insistían en seguir ese rumbo.

Dando por perdida la estrategia, los espartanos lo intentaron entonces con arietes y otras máquinas de asedio. Pero en Platea ya habían previsto que ése sería el próximo intento y habían

construido un ingenio para contrarrestarlo. La parte superior de estas máquinas de defensa, parecidas a un columpio, sobresalía de las murallas de la ciudad y oscilaba en paralelo a ellas. En la parte baja de cada par de brazos del «columpio» había un tronco grande y pesado. Cuando las máquinas de guerra espartanas se acercaban a la muralla, se hacía retroceder el tronco para que se balanceara libremente, calculando la longitud de la cadena de modo que la parte inferior estuviera a unos pocos metros del suelo. A esa altura, y moviéndose en el punto más rápido de su arco, el extremo romo del tronco se estrellaba contra la máquina de asedio. Esto dañaba a las máquinas enemigas tanto como se suponía que el ariete debía dañar la muralla, pero con un efecto considerablemente mayor.

Con las formas convencionales de ataque agotadas, los espartanos se vieron obligados a innovar. Dado que la ciudad no era especialmente grande, decidieron que un fuego intenso podría extenderse con facilidad dentro de las murallas, y con ello se evitarían el esfuerzo de quemar el lugar después. Visto esto, cargaron enormes montones de leña contra uno de los muros, seleccionado por la dirección del prometedor viento que empezaba a levantarse. Habían impregnado la madera de brea, y se le añadió azufre para que el incendio fuera de proporciones infernales. De hecho, el plan podría haber tenido éxito, pues efectivamente el fuego fue inmenso. A pesar de todo, el refrescante viento no era sino el presagio de una tormenta, y el diluvio posterior apagó tanto el fuego como la resolución espartana de concluir rápidamente el asedio.

En consecuencia, los espartanos se decidieron por el método ya probado y fiable de la vieja guerra de asedio. Construyeron un muro propio alrededor de la ciudad para que los defensores no pudieran salir. Luego mandaron de vuelta a la mayor parte del ejército, mientras el resto se acomodaba tranquilamente a la espera de que los platenses se quedaran sin comida. (Ver R. C. Blockley, «Dexippus and Priscus and the Thucydidean Account of the Siege of Plataea», Phoenix, 1973 (26): 18-27).

La prolongación de la guerra

La guerra comenzó a adoptar un modelo fijo. Atenas se negaba a desafiar a Esparta en batalla abierta, pero de continuo batallaban contra los aliados de Esparta en el norte de la Hélade, atacando aquí a una tribu al norte del golfo de Corinto o capturando una ciudad de Tracia alineada con la Liga del Peloponeso. Dado que estas pequeñas escaramuzas se sucedían lejos de las fronteras de Esparta, la única forma de llegar rápidamente era por barco y, para esto, los peloponesios tenían primero que superar a la formidable armada ateniense. Varias acciones tempranas demostraron enseguida a los aliados que los atenienses eran, con mucho, los amos del mar. Incluso cuando los superaban considerablemente en número, aquéllos mostraban una alarmante tendencia tanto a buscar la batalla como a salir victoriosos después.

Los espartanos, por cierto, hicieron una audaz incursión inspirada por Brásidas, el mismo oficial que había sido elogiado por su defensa de Metone. Después de haber sido derrotado en una batalla naval cerca de Corinto, a Brásidas se le ocurrió la idea de ordenar a los remeros que cargaran con los remos a través de la península para tripular algunos barcos viejos que tenían como reserva en la costa este. El plan original era navegar con estos barcos a través del golfo Sarónico y hacer una incursión sorpresa en el mismísimo Pireo. (Los atenienses estaban tan seguros de su dominio del mar que nunca se les había ocurrido proteger su puerto).

Pero el atrevido plan fracasó, en parte porque algunos de los líderes del Peloponeso se resistieron a pellizcar la cola del león ateniense en su propia guarida, y en parte porque los barcos de reserva eran viejos y hacían agua. En esas condiciones, la fuga para quienes debían huir de la escena del crimen resultaba dificultosa, especialmente cuando, por lógica, iban a verse perseguidos después por una cierta cantidad de elegantes y vengativos trirremes atenienses. Al final, los asaltantes eligieron como objetivo los depósitos militares más vulnerables de Salamina. El ataque provocó gran alboroto y pánico en Atenas, y los peloponesios lograron escapar a salvo con el botín del saqueo y tres barcos capturados.

Brásidas se estaba creando rápidamente un nombre en Esparta, una nación poco acostumbrada a que sus comandantes pensaran de

manera poco convencional. Se necesitaban nuevas ideas, ya que era evidente que la guerra no iba a terminar rápido y las opciones tradicionales eran cada vez más escasas.

Los atenienses parecían tener un suministro ilimitado de barcos (en ese momento, unos 250 operaban en diferentes zonas), y esto dificultaba mucho que los espartanos pudieran operar. Otra dificultad era que los aliados de Esparta parecían considerar que su papel se limitaba a arrastrar a los espartanos a la guerra con los atenienses. Logrado este fin, habían cumplido su parte y, en mayor o menor medida, se sentaban a esperar a que Esparta se hiciera cargo del asunto.

Un buen ejemplo de esta actitud fue la revuelta de Mitilene, ciudad en la isla de Lesbos, cerca de la costa de Anatolia. Molesta por las crecientes demandas atenienses y segura de que se habían unido a la Liga de Delos para luchar contra los persas y no contra los espartanos, la isla entera repudió la alianza. Enviaron entonces una delegación para pedir ayuda a los espartanos, que se mostraron ansiosos por otorgársela, aunque debían pensar en cómo hacerlo. Lesbos estaba muy lejos y no tenían posibilidad de llegar por mar. Dado que ninguno de sus aliados marítimos estaba dispuesto a ayudar a Lesbos, al final los espartanos decidieron lanzar un ataque al Ática por tierra y mar, con la esperanza de desviar la atención de Atenas de los rebeldes.

El plan fracasó ignominiosamente. Un ataque masivo necesitaba tanto de barcos como de la ayuda de los aliados, pero estos últimos estaban ocupados con las labores agrícolas de la temporada y tardaron en reunirse, mientras que los atenienses respondieron rápidamente. Sin quitar ni un solo barco de sus posiciones, reunieron otra flota con las reservas y comenzaron a patrullar con entusiasmo lejos del istmo antes de que los peloponenses pudieran sacar su flota de los muelles. El asalto combinado no resultó de ninguna ayuda para Mitilene. La ciudad volvió a caer en manos atenienses, la población fue esclavizada, y los cabecillas de la rebelión, ejecutados. Los atenienses consideraron este castigo como una concesión enorme, ya que el plan original había sido el de masacrar a toda la población como funesta advertencia sobre los peligros de depender de la ayuda peloponense.

Entretanto, los combates desorganizados continuaron en el noreste y se sucedieron ocasionales enfrentamientos en Beocia, pero esencialmente la guerra estaba en un punto muerto. Cuando Arquidamos murió en el 426 a. C., cinco años de guerra habían logrado poco más que agotar los recursos humanos y los tesoros de ambas partes. Sin embargo, los atenienses debían presentir que su estrategia estaba funcionando. Estaban haciendo progresos en el norte de Grecia, y su imperio había permanecido cohesionado. La moral entre la ciudadanía era alta y el espíritu enérgico de la ciudad seguía intacto.

No era así en Esparta. Agis, el sucesor euripóntida de Arquidamos, todavía estaba adaptándose a su nuevo papel como rey. Lo acompañaba en el trono Plistoanacte (vuelto del exilio), rotundamente en contra de emprender nuevas aventuras militares. Como los éforos estaban de acuerdo con él, se envió una embajada para sondear el fin de la guerra con los atenienses, probablemente sobre la base de que todo debía volver a ser como antes de que estallaran las hostilidades. Los atenienses rechazaron esta rama de olivo con tal desprecio que Tucídides ni siquiera nos da a conocer los términos exactos de los espartanos.

Pilos

Los espartanos obtuvieron un éxito importante: Platea finalmente cayó en sus manos. Es cierto que en realidad lo conseguido fue la ciudad en sí, pues la mayoría de los ciudadanos habían sido evacuados de antemano y muchos de los defensores, en cuanto la comida empezó a escasear, escaparon de los muros. Como habían hecho los atenienses en Mitilene, los espartanos decidieron dar un escarmiento con la conquista de Platea.

A todos los cautivos se les hizo una sola pregunta: ¿qué habían hecho para ayudar a los peloponenses en su guerra contra Atenas? Aquellos que no dieron una respuesta satisfactoria fueron asesinados en el acto. Luego, la ciudad fue arrasada y se erigió en su lugar un gran complejo de templos dedicados a la diosa Hera. La

pequeña ciudad de Platea, que había sido devastada anteriormente por los persas a causa de su lealtad hacia Atenas, quedó destruida una vez más. (La ciudad fue reconstruida mucho después de la guerra, en el 386 a. C., destruida nuevamente en el 373 y vuelta a resucitar en el 338. Hoy es un pueblo agradable a poca distancia de Atenas, con poco que mostrar de su pasado azaroso).

A medida que la guerra entraba en su sexto año, los espartanos observaron con desaliento la creciente actividad entre los atenienses. No sólo estaban cada vez más involucrados en la compleja y turbulenta política del norte de Grecia, sino que habían extendido su alcance a Sicilia, donde intentaron conquistar Siracusa, un asentamiento dórico, que, por tanto, estaba naturalmente alineado con Esparta.

Dos generales atenienses de carácter muy diferente habían pasado a primer plano en los últimos años. Allí estaba Nicias, un comandante minucioso, reacio al riesgo y cuidadoso con la vida de sus hombres. Solía dar batalla sólo cuando la victoria era segura y, aun así, después de planificarla cuidadosamente. Por el contrario, Demóstenes era más emprendedor, oportunista y original. Los espartanos preferían luchar contra Nicias, pues, aunque tendía a ganar los combates, al menos sabían a qué atenerse.

Demóstenes mostró su aspecto menos convencional en Pilos, puerto del lado mesenio del Peloponeso. Situado en la parte más septentrional de la más occidental de las tres penínsulas que se extienden desde Grecia hacia el Mediterráneo, la pequeña bahía a espaldas de Pilos es uno de los pocos puntos de desembarco seguro en una costa hostil. La isla de Esfacteria, justo al sur, crea a su vez una masa de agua protegida aún más grande, llamada hoy bahía de Navarino. Según Tucídides, Demóstenes llegó a Pilos por accidente; sus barcos arribaron a un puerto de abrigo por una tormenta, mientras los atenienses se dedicaban a lo que por entonces ya era un recorrido rutinario de saqueo de la costa lacedemonia. Pero esta vez fue diferente, porque Demóstenes se dio cuenta de la importancia del lugar y animó a sus soldados a extender las fortificaciones ad hoc que ya habían comenzado a construir por su cuenta.

Los historiadores modernos son algo escépticos acerca de que la

ocupación de Pilos fuera tan espontánea. A menos que los ejércitos hayan cambiado radicalmente a lo largo de los milenios, los soldados rara vez se dedican a construir fortificaciones sólo para pasar las horas. Sin embargo, está claro que la ocupación y fortificación de Pilos supuso una gran conmoción tanto para los atenienses como para los espartanos, por lo que quizá Demóstenes había ocultado sus planes en la creencia de que era más fácil obtener su bendición con el logro ya consumado que con un plan teórico.

Que los espartanos quedaron asombrados es evidente por el hecho de que, cuando las noticias llegaron al ejército, éste interrumpió el viaje anual para devastar los campos del Ática y regresó a casa después de sólo catorce días. Había una buena razón para la alarma: durante siglos, la pesadilla de Esparta había sido que los enemigos ocuparan la isla de Citera, justo frente a la costa de Lacedemonia. Desde allí, era fácil atacar tierra adentro y provocar problemas con los descontentos ilotas y periecos. Por tanto, que su peor enemigo estableciera una base fortificada en el continente, y para colmo en la costa mesenia, era peor incluso que la perspectiva de una Citera ocupada por fuerzas hostiles. No es de extrañar que reaccionaran violentamente.

Ambas partes pidieron ayuda. Mientras el ejército espartano se apresuraba a regresar del Ática, la flota, que había estado operando en aguas occidentales, muy lejos del grueso de la armada ateniense, fue convocada a Pilos. Brásidas, el mejor general disponible, fue enviado para ayudar con las operaciones. Y, a su vez, Demóstenes mandó mensajes a Atenas y a las unidades navales cercanas pidiendo urgentemente refuerzos. Y luego, consciente de que la ayuda tardaría algún tiempo en llegar, se preparó para resistir el asedio en la rocosa península.

Los espartanos decidieron cerrar la bahía de Navarino atravesando la entrada a la ensenada de la isla Esfacteria con barcos. Después guarnecieron la isla con un importante grupo de hoplitas, y usaron el resto de las tropas para efectuar un desembarco en la playa de Pilos. Dada la escabrosidad de la península, sólo había una posible playa donde pudiera darse la invasión, y ésta quedaba lejos de ser ideal. Era demasiado estrecha para que se desplegara más que una

parte muy pequeña del ejército al mismo tiempo. Incluso un general de menor categoría que Demóstenes se habría dado cuenta de que el ataque llegaría por allí y, por lo tanto, se habría preparado para ello.

Durante dos días, los espartanos se lanzaron contra las improvisadas murallas y lucharon por establecer un punto de apoyo en la playa. Una vez que fueron rechazados en ambos frentes, se retiraron para construir máquinas de asedio que facilitaran el ataque. El plan podría haber funcionado, pero el error fatal fue que necesitaban tiempo, y el tiempo se había acabado. Pocas cosas podrían haber sido más bienvenidas por Demóstenes que la aparición por el oeste de docenas de trirremes atenienses, llamados allí desde su base en Zante.

Horrorizados, tras ver cómo los atenienses se acercaban, los espartanos abandonaron su plan de proteger la entrada de la bahía y retiraron su flota al pequeño puerto natural formado por la península de Pilos y el propio continente. Las tornas se habían vuelto, y ahora eran los espartanos quienes estaban a la defensiva. La tarde estaba demasiado entrada como para un asalto ateniense, por lo que ambos bandos pasaron la noche preparándose para el inevitable enfrentamiento al amanecer. La batalla de Pilos tuvo, por tanto, dos partes muy distintas. En la primera, como hemos visto, los espartanos intentaron sobrepasar las fortificaciones atenienses. En la segunda, éstos trataron de hacer más o menos lo mismo, aunque dado que había una importante flota espartana en juego, los atenienses también estaban impacientes por capturarla.

Al final, Atenas fracasó, pero no fue por falta de empeño. De hecho, los atenienses lograron remolcar varios barcos espartanos que habían quedado varados en sitios accesibles (los barcos de guerra griegos se varaban en la playa de arena más cercana cuando no estaban en uso). La terquedad y la capacidad de lucha de los espartanos impidieron que los sobrepasaran, aunque las bajas fueron numerosas en ambos bandos. El resultado final estuvo en algún lugar entre un empate y una derrota menor de los espartanos. Pero no fue suficiente para ellos, pues necesitaban una victoria concluyente.

La apresurada retirada de los barcos que custodiaban la entrada a la

pequeña ensenada había dejado a unos cuatrocientos soldados espartanos abandonados en la isla Esfacteria. Por razones que se explicarán más adelante, Esparta no podía prescindir de esos hombres.

Capítulo 6

Esfacteria y la Paz de Nicias

La desaparición de los esparciatas

Incluso antes de las guerras médicas, Esparta tenía un problema oculto que iba en aumento: se estaba quedando sin esparciatas. Los académicos han discutido acaloradamente las razones de esto aun durante más tiempo de lo que duró la propia guerra del Peloponeso. No hay espacio aquí para examinar las diversas teorías ni los contraargumentos, de modo que tomaremos la palabra de Plutarco (aunque aceptamos que hay razones para dudar de él) en la biografía que escribió de un rey espartano posterior, Agis IV:

Cierto hombre poderoso, llamado Epitadeo, que era obstinado y de temperamento violento, llegó a ser éforo. Después de tener una pelea con su hijo, introdujo una ley [retra] que permitía que un hombre pudiera donar en vida su casa y su kleros[5] a quien quisiera, o dejarlos a [cualquiera] en su testamento.

(Plutarco, Agis IV, 5.2)

Esto significó un cambio dramático con respecto al pasado, lo que Plutarco ya había descrito en su Vida de Licurgo. Según el acuerdo anterior, las tierras estatales de Esparta, incluidas todas las tierras

conquistadas de Mesenia, se habían dividido en 9000 lotes (kleroi), cada uno de los cuales se asignaba a un joven esparciata al nacer una vez que los ancianos hubieran declarado que el bebé era físicamente aceptable. (Cabe mencionar que los criterios físicos de lo que constituía un bebé espartano aceptable se habían vuelto más estrictos con el tiempo. A causa de la mortalidad infantil y las enfermedades, cualquier población de la Antigüedad tenía dificultad en mantener su tasa de reemplazo, incluso sin recurrir a la matanza de bebés «inadecuados». En este contexto, la costumbre espartana de reducir el número de niños disponibles habría llevado a la población a una lenta espiral descendente).

La teoría era que a un niño se le asignaba el kleros de por vida y, a su muerte, volvía al Estado para su posterior asignación. Mientras un esparciata tenía uso de la tierra, ésta era cultivada por sus ilotas, y el excedente de la tenencia se utilizaba para financiar al esparciata y pagar la comida comunitaria en Esparta. Estas comidas en común (syssitia) eran mucho más que el rancho común de una cantina de oficiales; en realidad, eran el centro de la vida social de un esparciata, y la syssitia a la que pertenecía éste decía mucho sobre su riqueza, afiliaciones y posición social. La pertenencia a una syssitia también era un requisito esencial para ser miembro de los llamados «semejantes» (homoioi), la clase social propia de los esparciatas. Es decir, un espartano sin kleros era un espartano sin rango de esparciata. Con el transcurso del tiempo, esta realidad conllevó literalmente a la ruina de Esparta.

Es probable, teniendo en cuenta cómo es la naturaleza humana, que el cambio impuesto por Epitadeo pareciera un asunto menor en aquel momento. Dado que un esparciata dependía del excedente de la tierra para garantizar su posición social, naturalmente estaría interesado en obtener el máximo rendimiento de la hacienda, lo que a su vez requería inversiones en ganado, edificios, etc. Por ello, hecho esto, lógicamente el esparciata querría que la misma tierra fuera reasignada a su hijo después de su muerte. Sería injusto que fuera a parar a un extraño y que a su hijo se le asignara una tierra menos desarrollada. Así, es muy probable que algunos kleroi hayan pertenecido a la misma familia durante generaciones antes de que Epitadeo oficializara el proceso.

Sin embargo, la cuestión clave radicaba en que el terrateniente podía otorgar un kleros a «quien quisiera». Hasta este momento, no tenemos idea de la situación con respecto de los derechos de propiedad de las mujeres en Esparta. Es bastante probable (los indicios de las fuentes así lo confirman) que las mujeres ya tuvieran derechos de propiedad, vista la actitud relativamente progresista de los espartanos. Y, después de los cambios de Epitadeo, las mujeres también podían heredar kleroi.

En textos posteriores vemos que las mujeres espartanas eran agresivamente hipergamas (es decir, se esforzaban por casarse con hombres de mayor nivel social y riqueza), y no hay razón para suponer que esto fuese una novedad. El Estado siempre había alentado explícitamente a las espartanas a encontrar el mejor partido posible. Como han demostrado las modernas simulaciones por ordenador, el resultado de estas tendencias se juntó en el tiempo con una baja tasa de natalidad, lo que sobrevino en una patología social por la cual la tierra se concentró cada vez en menos manos. Es decir, una mujer con cinco kleroi podía casarse con un hombre con diez kleroi, heredar ambos (las mujeres espartanas tendían a sobrevivir a sus maridos) y pasar a su hijo tierras que, de otra manera, podrían haber sostenido a quince esparciatas. (cf. T. Figueira, «Population Patterns in Late Archaic and Classical Sparta», en Transactions of the American Philological Association, 1974 (116): 165-213).

El resultado fue que cada vez menos espartanos alcanzaban la posición de esparciatas. Por su parte, los ciudadanos de menor rango estaban claramente insatisfechos con su suerte, y el número de hoplitas espartanos caía cada vez más rápidamente. Así, dado que las personas que debían revertir este declive eran las que más se beneficiaban de él (es decir, la élite terrateniente), es plausible que cerraran los ojos ante el problema que tenían delante. No cabe duda de que, cuando finalmente se estudiaron las reformas, ya era demasiado tarde. Más de un siglo antes de la caída de Esparta, Aristóteles observó que, «aunque el país es capaz de sostener mil quinientos jinetes y treinta mil infantes de armas pesadas, los [esparciatas] no llegan ni siquiera a mil» (Aristóteles, Política, 1265). Y ese número seguiría cayendo.

Todo lo anterior es altamente especulativo, aunque quizá sea la más convincente de las muchas teorías que se han propuesto. No tenemos más información sobre Epitadeo, y, a causa de la reserva natural con la que los espartanos llevaban sus asuntos y a la falta de historiadores propios, no sabemos cuándo tuvo lugar este cambio, y ni siquiera tenemos certeza de que ocurriera. Lo que sí sabemos es que durante la guerra del Peloponeso el número de esparciatas descendía con rapidez. En consecuencia, los esparciatas atrapados en Esfacteria tenían una importancia mucho mayor que su número real. Eran los miembros de las principales familias del Estado, y Esparta estaba desesperada por recuperarlos.

El sitio de Esfacteria

Los atenienses, muy conscientes del valor de los capturados, tenían la esperanza de lograr un buen negocio. Además, eran conocedores de que en Esparta ya había una importante parte de la población que deseaba poner fin a la guerra, y la amenaza de perder más recursos humanos los alentaría a hacer concesiones. Los espartanos ofrecieron como garantía los barcos apresados en el puerto de Pilos y acordaron un alto el fuego hasta que se pudiera llegar a un acuerdo de paz total con la asamblea ateniense.

Con cierta perfidia, cuando llegó la noticia de que la asamblea había rechazado esta propuesta de paz, los atenienses se quedaron con los barcos espartanos, alegando que habían sido culpables de numerosas (aunque menores) infracciones del alto el fuego mientras los embajadores estaban fuera. Desde el punto de vista espartano, lo único bueno de la demora fue que les permitió establecer una línea de suministro. Esfacteria estaba muy cerca de las tierras mesenias, y un buen nadador podía hacer la travesía por la noche llevando consigo una cantidad limitada de suministros. Los espartanos ofrecieron grandes recompensas monetarias a cualquiera que lo intentara, y hubo los suficientes ilotas, e incluso ciudadanos libres, que se ofrecieron como voluntarios para la peligrosa travesía como para que los hoplitas de la isla subsistiesen a duras penas.

La cuestión de los suministros también afectó al enemigo. Pilos era tierra yerma, aunque esto no supuso un problema para los atenienses mientras pudieron reabastecerse por mar. Pero la temporada de navegación llegaba a su fin, y pronto las tormentas invernales harían de la costa meridional del Peloponeso, notoriamente peligrosa, un sitio impracticable para el transporte marítimo.

El líder ateniense Cleón salió a supervisar personalmente las operaciones. Había jugado un papel decisivo en el rechazo de los términos de paz propuestos por Esparta, y se arriesgaba a perder el prestigio personal si el asedio de Esfacteria terminaba de manera ignominiosa y sin ningún beneficio para los atenienses. En realidad, los espartanos parecían bastante capaces de defender su posición hasta la llegada del invierno. En esas condiciones, la única opción posible era un asalto directo, cosa que a nadie parecía hacerle especial ilusión. La perspectiva de enfrentarse a varios cientos de los mejores guerreros del mundo conocido, que lucharían desesperadamente por la supervivencia desde una posición fácilmente defendible, daría que pensar al hoplita más valiente. Por lo tanto, los atenienses hicieron lo que mejor sabían hacer: improvisaron.

Primero, ya sea de forma deliberada o por accidente, los marineros atenienses encendieron un fuego en la isla para despojarla de vegetación y, por lo tanto, de protección para los defensores. Luego, en un ataque sorpresa, Demóstenes consiguió desembarcar una cantidad considerable de tropas. En una jugada innovadora, desplegó más guerreros ligeros que hoplitas, pues no tenía en mente un choque de infantería tradicional. Los espartanos no tenían fuerzas ligeras, bien porque no las habían desembarcado cuando ocuparon por primera vez la isla, bien porque los miembros de estas tropas se habían dado cuenta rápidamente de que, si los nadadores de medianoche llevaban comida a la isla, era posible para ellos marcharse de la misma manera.

Esta falta de infantería ligera que usaba armas arrojadizas resultó una debilidad fatal para los asediados hoplitas espartanos. Cada vez que intentaban cercar a los escaramuzadores, éstos se les escabullían hacia los flancos y la retaguardia, para desde allí

continuar acosándolos con proyectiles:

Las tropas ligeras atenienses dejaban volar flechas, lanzas, piedras y cualquier otra cosa que pudieran arrojar. Los espartanos se desconcertaron, porque no estaban acostumbrados a este tipo de lucha [...] No tenían forma de contraatacar y no podían defenderse ni escapar.

(Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, 4.34)

El final llegó cuando los espartanos por fin encontraron una posición que protegía sus flancos. Trataron de pasar inadvertidos, sólo para descubrir que los atenienses habían sacado a relucir arqueros en la vanguardia y la retaguardia, que ya les arrojaban una lluvia continua de flechas. Estaba claro que los espartanos no sólo estaban condenados a la derrota, sino que serían aniquilados sin haber apenas asestado un golpe a sus oponentes. Como era de esperar, cuando Cleón y Demóstenes ofrecieron detener la lucha y negociar, aceptaron con entusiasmo. Tras un intercambio de embajadores, un mensajero espartano dijo a los hombres de la isla: «Haced lo que queráis, pero no hagáis nada deshonroso». Después de meditarlo un poco, los guerreros decidieron que, aunque fuese inaudito, en aquellas circunstancias la rendición no era una deshonra. En consecuencia, Cleón regresó a Atenas con 292 prisioneros, de los cuales 120 eran esparciatas.

Pilos fue una victoria militar importante, pero la victoria propagandística fue aún más sustancial. Hasta entonces, el resto de Grecia había dado por sentado que los espartanos lucharían hasta la muerte, sin importar las circunstancias. Que se rindieran los hacía más humanos, hasta el punto de que un ateniense preguntó a su prisionero si los «verdaderos» espartanos eran los que habían muerto en el combate. La irascible respuesta fue: «Serían flechas valiosas las que tenéis, si pudieran matar a los valientes y perdonar al resto». Sin embargo, fue en Pilos donde se hizo añicos la ilusión

de la invencibilidad espartana. A partir de entonces, se actuó en la suposición de que los espartanos podían ser derrotados; el desafío consistía únicamente en descubrir la mejor manera de hacerlo.

Ventaja para Atenas

Si era necesario, Atenas actuaría de forma despiadada con estos valiosos rehenes. A los espartanos se les informó de que, si invadían el Ática el siguiente verano, podrían volver a ver a sus esparciatas capturados, ya que los llevarían a los adarves para ejecutarlos uno por uno. Esto fue muy efectivo, y el Ática quedó fuera del alcance de los espartanos, por lo que la guerra se trasladó al único campo de batalla aún disponible: el norte de Grecia. Esparta se mostraba reacia a enviar el ejército tan lejos de casa y, de hecho, podían incluso acoger con agrado la idea de quedarse fuera del Ática, porque el problema de Pilos no había desaparecido con los atenienses y los prisioneros que se habían llevado. Necesitaban al ejército en casa.

Atenas había entregado la península –y sus fortificaciones, ya bastante avanzadas– a los mesenios. Guarnecidos por una mezcla de ilotas renegados y colonos vengativos de Lepanto, los mesenios mantuvieron ocupado al ejército espartano a intervalos inesperados con una serie de ataques relámpago. En esto, las guerrillas mesenias contaron con la ayuda activa de los ilotas de la zona. Los espartanos no estaban seguros de cómo lidiar con las guerras de guerrillas, a las que no estaban acostumbrados, y cualquier castigo indiscriminado de la población ilota por colaborar con los asaltantes planteaba el riesgo de dañar la base agrícola de su economía.

Fue en este punto cuando los espartanos perpetraron una siniestra atrocidad que mancharía por tiempo su reputación. La constante preocupación por los ilotas se iba intensificando a medida que avanzaba la guerra, ya que los espartanos temían que los atenienses pudieran intentar promover otro levantamiento. En consecuencia, decidieron pedir a los ilotas que nombraran a aquellos que, en su opinión, habían ayudado más a Esparta; por ejemplo, a los que

habían arriesgado sus vidas abasteciendo a los espartanos asediados en Esfacteria.

Se dieron los nombres de unos 2000 hombres, y los espartanos anunciaron que se les daría la libertad. Claramente, la intención había sido que los ilotas señalaran a los líderes, en la suposición de que era más probable que fueran ellos quienes se rebelaran. Los espartanos dejaron que aquellos hombres celebraran su libertad, que resultó ser efímera: «Poco después, los espartanos se deshicieron de ellos y nadie supo después dónde ni cómo murieron», relata Tucídides en tono sombrío (Historia de la guerra del Peloponeso, 4.80).

Por otro lado, tomaron también otra decisión: alejar lo máximo posible a tantos ilotas alborotadores como se pudiera. Esto se combinó perfectamente con la falta de voluntad espartana de enviar a su ejército lejos. Brásidas recibió el encargo de ir a la guerra contra los atenienses en el norte de Grecia. Se le permitió equipar a una fuerza selecta de 700 soldados ilotas. Con estos hombres, Brásidas comenzó su avance hacia el norte, recogiendo por el camino tropas adicionales de sus aliados corintios y beocios.

El objetivo de Esparta era ir de la mano con Pérdicas, el rey macedonio, que se había alarmado por la agresiva expansión ateniense en Tracia, su patio trasero. Debido a esto, Pérdicas estaba más que dispuesto a proporcionar suministros y material a la fuerza expedicionaria espartana, que rápidamente se convirtió en una espina en el costado ateniense. No ayudó que los atenienses, sabedores de que el grueso del ejército espartano estaba confinado en el Peloponeso, hubieran intentado marchar contra Beocia y que los tebanos les hubieran dado un duro revés. La derrota dejó a los atenienses, que ya operaban a pleno rendimiento, algo cortos de recursos.

En una gran victoria, Brásidas y su harapiento ejército lograron tomar Anfípolis, persuadiendo a sus dirigentes de que la rindieran justo antes de la llegada de una flota ateniense que debía socorrerla. (La pérdida fue ganancia para la posteridad de Atenas, porque los atenienses estaban tan molestos con la llegada tardía de la flota que desterraron al almirante a cargo. El almirante en cuestión no era otro que Tucídides, a quien por ende permitieron que se asentara en

libertad y escribiera la historia de la guerra para la edificación de las generaciones venideras).

Una vez más, Cleón optó por hacerse cargo en persona de la situación. En el 422 a. C., una vez finalizada la tregua por los Juegos Pitios (los estados en guerra no podían participar en competencias atléticas, por lo que habitualmente se firmaba una paz efímera antes de los grandes eventos deportivos), Cleón partió hacia el norte con la intención de reconquistar Anfípolis y expulsar al incordiante Brásidas de Tracia. El resultado fue una batalla campal fuera de los muros de la ciudad, en la que Cleón logró deshacerse de Brásidas. El precio fue, sin embargo, alto. Aunque Brásidas murió en la batalla, la victoria recayó del lado de Esparta y hubo muchas bajas atenienses, incluido el mismo Cleón.

La Paz de Nicias

A estas alturas, la guerra duraba ya más de nueve años y el agotamiento era evidente.

Los espartanos habían buscado la paz impacientemente durante un tiempo; se sentían incómodos con el deterioro de sus relaciones en Mesenia y no les gustaba plantar batalla tan lejos de casa, en el norte de Grecia. Además, los aliados que antes se habían mostrado tan entusiastas con la guerra ahora eran igualmente entusiastas de la paz y de liberarse de la asfixia que la armada ateniense había impuesto al comercio marítimo.

La cuestión era que, mientras la guerra les era favorable, los atenienses no habían visto motivos para detenerla. Ahora que los espartanos ya atacaban el Ática, eran apenas un fastidio y, hasta la irrupción de Brásidas en el norte, las cosas también habían ido bien allí para los atenienses. La opinión de Tucídides es que Cleón había sido uno de los principales impedimentos para la paz, por lo que su muerte allanó el camino para las negociaciones. (Es muy posible que Cleón fuera uno de los responsables de la expulsión de Tucídides de su mando, por lo que la animosidad que muestra hacia

él el historiador podría estar excusada en parte por esta razón. Ciertamente, su descripción de Cleón parece menos halagadora de lo que justifican sus hechos).

En cualquier caso, ambas partes buscaban ahora la paz y, mientras intentaban resolver los detalles, se puso en marcha un armisticio de facto. Anteriormente, tanto Brásidas como Cleón se habían aprovechado de la guerra; ahora el liderazgo había caído por defecto en el cauteloso Nicias, por parte de Atenas, y en Plistoanacte, en el lado espartano. Nicias estaba preocupado por asegurar las conquistas atenienses y también quería una oportunidad para reconstruir las reservas económicas que la guerra había ido agotando de manera constante. Los espartanos, por su lado, querían que los prisioneros de Esfacteria fueran devueltos y que desapareciera la amenaza de Pilos.

El rey Plistoanacte también tenía otra razón, más personal, para desear la paz. Había sido repuesto en el trono, pero las acusaciones sobre un soborno ateniense no habían desaparecido. Muchos espartanos piadosos creían que los mismísimos dioses estaban ofendidos por la restauración del rey. Por lo tanto, cada revés de la guerra, ya fuese nimio o grave, se veía como una señal de desaprobación divina. De forma que, en parte, Plistoanacte quería la paz para quitarse de encima a sus críticos.

El acuerdo básico era el regreso al statu quo ante bellum. Los atenienses devolverían Pilos; los espartanos, Anfípolis. Ninguno de los dos podía devolver Platea, porque ya no estaba allí, pero la tierra donde un día se alzara la ciudad permanecería bajo el control de Tebas. Delfos sería autónoma, lo que resolvería finalmente el conflicto que seguía retumbando desde el 460 a. C. A los rehenes de Esfacteria se les permitiría volver a casa. Con todo esto, la paz sería firmada y se asentaría para los próximos cincuenta años.

Tal y como estaba planteada, esta paz representaba una clara victoria ateniense. En definitiva, los espartanos habían ido a la guerra para debilitar el poder de Atenas y romper la Liga de Delos. Sin embargo, una década después, los atenienses todavía mantenían un férreo control sobre sus aliados. Una nueva generación estaba comenzando a reemplazar las bajas de la peste, así que Atenas había salido de la guerra más acreditada, probada y fortalecida que

antes. Esparta, sin embargo, había perdido un considerable prestigio. El otrora invencible hoplita espartano ahora era visto claramente como falible, y los ilotas de Mesenia habían descubierto nuevas formas de incomodar a sus amos. Además, los aliados de Esparta se enfurecieron al descubrir que algunas de las cláusulas menores del tratado de paz permitían que los atenienses se quedaran con territorios que ellos habían ganado. Pero, por muy ofendidos que estuvieran, poco podían hacer en esos momentos: una cláusula adicional en el tratado estipulaba que Atenas y Esparta se ayudarían mutuamente si eran atacadas (o si los ilotas organizaban otro levantamiento).

A la larga, la insatisfacción de los aliados de Esparta socavaría fatalmente el tratado, que en cualquier caso tenía otros defectos. El problema básico era que espartanos y atenienses habían resuelto el asunto a su propia satisfacción, sin tener en cuenta las prioridades de las demás partes involucradas en la guerra. Por ejemplo, la gente de Anfípolis no quería que su ciudad fuera devuelta al dominio de Atenas y, ante sus enfáticas protestas, los espartanos se mostraron reacios a entregarla. Entonces, como Esparta no estaba cumpliendo su parte del trato en este particular, los atenienses decidieron conservar Pilos.

No ayudó que los atenienses consideraran que habían ganado la guerra y que, por tanto, sus ambiciones y su agresivo oportunismo no disminuyeran. Donde el prestigio de Esparta había decaído, el capital político ateniense había aumentado. En parte como resultado de esto, aparecieron una serie de democracias al estilo ateniense en el Peloponeso. Argos también se olió la oportunidad. La ciudad se había quedado al margen de la primera parte de la guerra, declarándose neutral. Aunque esto de ningún modo significó que la ciudad abandonara su antipatía hacia Esparta, y los argivos inmediatamente comenzaron a explotar la recientemente percibida debilidad de su enemigo. Se desarrolló así una especie de alianza oficiosa entre Argos y dos estados democráticos, Mantinea y Élide, que los espartanos antes habían considerado aliados firmes.

Además, Esparta seguía con problemas internos. El primero, los setecientos ilotas que Brásidas se había llevado al norte. Si bien en un primer momento la idea había parecido buena, ahora los

espartanos se daban cuenta de que estaban albergando a un pequeño ejército de soldados, veteranos y entrenados, que no tenían ningún motivo para seguirlos. En consecuencia, se les animó a establecerse en otro lugar, cosa que los ilotas hicieron. La mayoría se marchó a lugares cercanos a la frontera con Élide, lo que tampoco ayudó a mejorar las relaciones con ese Estado. Por otro lado, aparte de los ilotas antes oprimidos, también debían decidir qué hacer con los esparciatas de Esfacteria, que antes formaban parte de la clase gobernante. La sensación general era que estos guerreros habían defraudado a Esparta y que ya no se podía confiar en ellos. Inicialmente, se tomaron medidas para negarles el derecho de ocupar cargos públicos y también para imponer otras restricciones a su participación en el manejo del Estado. Pero no duraron mucho, porque aquellos hombres pertenecían a altos linajes, y éstos rápidamente usaron su influencia para asegurarse de que sus familiares volvieran a participar plenamente en los asuntos de la ciudad. Aun así, las tensiones y la desconfianza no desaparecieron.

En el otro lado, Atenas tenía sus propios problemas, el principal de los cuales era un joven político, carismático, egocéntrico y totalmente amoral, llamado Alcibíades. Soliviantado porque Nicias lo había excluido de las negociaciones con los espartanos, Alcibíades se sentía satisfecho por socavar el tratado de paz si esto significaba que podía derrotar a Nicias al mismo tiempo. En consecuencia, Alcibíades y sus seguidores fueron los partidarios más estridentes de una alianza con Argos, simplemente porque dicha alianza iba en contra del espíritu del tratado con Esparta.

Alarmados por las insinuaciones que los atenienses dirigían a los estados del Peloponeso, los espartanos renovaron su alianza con Tebas. Esto sí que era contrario a los términos del tratado de paz, porque los beocios se habían negado a firmarlo y, por lo tanto, se tornaron inadmisibles como aliados de Esparta. Los atenienses (impulsados por Alcibíades) exigieron que los espartanos renunciaran a los tebanos y que les devolvieran Anfípolis. Cuando los espartanos se negaron, los atenienses sellaron una alianza formal con Argos, Mantinea y Élide.

A partir de ese momento, animados por los acontecimientos, los

argivos comenzaron a acosar a la vecina ciudad de Epidauro, que seguía firme aliada de los espartanos. Con el malestar extendiéndose por Lacedemonia, los espartanos decidieron que era la hora de una demostración de fuerza. El rey Agis, hijo de Arquidamos, marchó hacia el norte con todo el ejército, y fue debidamente recibido por las fuerzas de la Alianza Democrática al completo, excepto por los atenienses, que tenían un claro dilema, porque habían firmado diferentes tratados, tanto para luchar junto a la alianza como junto a los espartanos. Al final resultó que pudieron permanecer al margen, ya que tanto la alianza como los comandantes espartanos decidieron no plantar batalla.

Pero esto no fue bien recibido por los ciudadanos de ninguna de las partes. Los espartanos atacaron a sus líderes por alejarse cuando tenían la oportunidad de romper la alianza, y la alianza castigó con vehemencia a los suyos por perder la oportunidad en un momento en que los espartanos (desde su punto de vista) estaban a su merced. Así pues, la opinión pública estaba entregada a la idea de una prueba de fuerza, y las hostilidades se hicieron inevitables. Después de algunas vacilaciones por parte de Atenas, Alcibíades empujó a sus compatriotas a abandonar la Paz de Nicias y a participar del lado de la alianza. Tras una pausa de tres años, Esparta y Atenas volverían a encontrarse en el campo de batalla.

El enfrentamiento ocurrió en Mantinea en el 418 a.C. Ésta fue, en gran medida, una batalla hoplita convencional, y como tal favoreció decididamente a los espartanos. Los mantinenses aprovecharon una ruptura temporal en la línea espartana y avanzaron. A pesar de haber sido superados tácticamente, los espartanos ganaron de todos modos, simplemente porque lucharon de manera más obstinada y feroz que sus oponentes. Los atenienses, por su parte, protegidos por la caballería, lograron sacar a sus tropas del campo de batalla sin grandes bajas, especialmente porque los espartanos, como de costumbre, no consolidaron su victoria persiguiendo con vigor al enemigo derrotado.

La principal víctima ateniense fue la facción de Alcibíades, a quien la voluble asamblea acusó entonces de llevar a la ciudad a una aventura militar innecesaria y potencialmente catastrófica. Alcibíades respondió como se esperaba de él: reunió a los atenienses

y los condujo a otra aventura militar innecesaria (y esta vez sí totalmente catastrófica). Fue el intento de conquista de Sicilia. Los atenienses decidieron que esta isla grande, rica y populosa sería una espléndida adición para su imperio. Además, los recursos de la isla inclinarían el equilibrio de poder en Grecia de manera irrevocable a su favor. Después de todo, ¿no habían hecho los espartanos algo similar cuando se convirtieron en una potencia líder en Grecia, después de tomar el poder del estado más grande, rico y populoso de Mesenia?

La respuesta espartana a esta iniciativa ateniense fue tenue. La batalla de Mantinea había destrozado por completo el tratado con Atenas, pero los dos estados aún no estaban exactamente en guerra. Tampoco, dado el poder ateniense demostrado por la fuerza expedicionaria en Sicilia, los espartanos deseaban volver a participar en hostilidades.

La conquista de Sicilia implicaba, básicamente, a su ciudad principal, Siracusa. Los atenienses calcularon, posiblemente de forma incorrecta, que una vez que Siracusa hubiera sido sojuzgada, el resto de Sicilia entraría por el aro. Así pues, durante el primer año, la expedición se esforzó por derrotar a Siracusa y unir al resto de la isla contra esa ciudad. Ambos intentos fallaron. Aunque los siracusanos se llevaron lo peor de los enfrentamientos con los atenienses, la ciudad resistió. El resto de las ciudades mostraron poca inclinación a compartir el destino de los aliados atenienses en la Liga de Delos y declinaron las ofertas de ayuda con diversos grados de vehemencia.

Siracusa había sido fundada por los dorios, por lo que la gente de la ciudad acudió a Esparta en busca de ayuda. Si bien Esparta se consideraba a la cabeza de los dorios, Siracusa no era fundación espartana. (La única ciudad conocida por haber sido una colonia espartana fue Tarento, en la Apulia italiana). De modo que, mientras que los atenienses habían enviado miles de hombres y cientos de barcos para someter a Siracusa, los espartanos respondieron mandando a un solo hombre, y ni siquiera era un espartano de alto rango. Su nombre era Gilipo, y pertenecía a la clase de los motaces,[6] rango justo por debajo del esparciata, aunque Gilipo, como otros de su clase, también había pasado por la agogé,

el brutal entrenamiento que los espartanos consideraban necesario para todo joven guerrero. Y es probable que Gilipo hubiera luchado tanto en Mantinea como en la guerra anterior, ya que demostró ser muy competente en asuntos militares.

El caso es que los siracusanos no tenían ninguna necesidad de hombres ni de dinero de Esparta. La ciudad tenía una población considerable y recursos financieros importantes, porque los griegos de Sicilia eran en su mayoría más ricos que sus equivalentes en Grecia, con tierras menos fértiles. Lo que los siracusanos sí necesitaban era el consejo de alguien con experiencia en la lucha contra los atenienses y con la reputación y el poder suficientes como para poner a punto sus levas, desorganizadas y diletantes. Gilipo les proporcionó todo esto y más. Es justo decir que su contribución le dio la vuelta a la guerra. Los siracusanos siempre habían tenido potencial para la victoria, pero fue Gilipo quien adecuadamente la promovió. Su primer paso fue organizar la construcción de un contramuro para evitar cualquier intento de cerco, y luego estableció un bloqueo del puerto donde estaba posicionada la flota ateniense. El resultado fue la destrucción total no sólo de la expedición inicial ateniense, sino también de una fuerza secundaria igualmente grande enviada desde Atenas como refuerzo. Demóstenes, probablemente el más competente de los generales, fue capturado y asesinado. Y también Nicias, cuya negativa a aceptar el fracaso de la expedición que él comandaba fue en gran parte responsable de su destrucción final.

A Gilipo no le fue bien después del asedio. Como solía ser el caso de los espartanos en el extranjero, parece que se entusiasmó con las oportunidades de dinero fácil que le granjeó el éxito. Expulsado de Siracusa por malversación de bienes públicos, es poco probable que regresara a Esparta. La élite espartana había sentido vergüenza en Mantinea, donde su pobre liderazgo había sido rescatado sólo gracias al coraje de los hoplitas, y por tanto es probable que no apreciaran que un motaz de segundo rango les mostrara cómo deberían haberse hecho las cosas. Prudentemente, Gilipo se esfumó y desapareció de los libros de historia, probablemente para vivir un retiro en la península italiana.

Vuelta a la guerra

El fracaso de la expedición siciliana había costado una fortuna a los atenienses, tanto en efectivo como en la pérdida de una gran parte de su flota y de hombres. (A saber: los siracusanos mantuvieron a los prisioneros atenienses y los hicieron trabajar hasta la muerte en las canteras de piedra de la polis). Atenas era ahora vulnerable, y los aliados de Esparta la incitaban a aprovechar la situación. En principio, los espartanos estaban dispuestos a reanudar la guerra. No debían nada a los atenienses, y los términos del tratado de Nicias eran letra muerta desde la batalla de Mantinea. Pero no querían reanudar la guerra donde la habían dejado. Habían estado perdiendo desde entonces y, sin un nuevo enfoque, probablemente seguirían perdiendo en el futuro.

La mejor persona para aconsejar a los espartanos sobre cómo derrotar a los atenienses era en ese momento un invitado del rey de Esparta. Se trataba de Alcibíades, ahora exiliado de Atenas y acusado de burlarse de los dioses. Dado que los atenienses lo consideraban el autor de la debacle siciliana, Alcibíades había decidido sabiamente no volver a casa para enfrentarse a los cargos. Cuando los atenienses lo sentenciaron a muerte in absentia, Alcibíades comentó adustamente que les demostraría que todavía estaba muy vivo. Y lo hizo aconsejando bien a los espartanos. Estaba muy claro que la clave de todo pasaba por distanciar a los aliados de la ciudad. Para abrir esa brecha, como el ejemplo de la fallida revuelta de Mitilene había demostrado en la guerra anterior, los espartanos primero debían destruir la armada ateniense. Y eso requería de una flota.

Pero los espartanos carecían tanto de barcos como de una sólida tradición naval. Por tanto, debían hallar dinero para comprar barcos y para pagar a mercenarios que los tripularan. Si bien Esparta carecía de recursos económicos, conocían a quien sí los tenía: el rey Darío II de Persia. Al parecer, los persas no sólo estaban dispuestos a subvencionar un renovado esfuerzo bélico espartano, sino que se mostraban impacientes por hacerlo. Según algunos relatos, fueron los subordinados de Darío, Tisafernes de Lidia y Farnabazo de Frigia, quienes se acercaron a los espartanos

con una oferta de financiación. Para engrosar aún más la coalición peloponeso-persa, los siracusanos, no satisfechos con haber expulsado a los atenienses de su isla, ahora deseaban llevar la guerra a las tierras de sus aspirantes a conquistadores.

Ya fuese por consejo de Alcibíades o por haber reflexionado sobre el asunto por su cuenta, los espartanos habían visto que el problema de sus incursiones estacionales en el Ática era, justamente, que fueran estacionales. El nuevo plan implicaba no sólo ir al Ática, sino quedarse allí en una base bien fortificada que estrangulara la agricultura ateniense durante todo el año. Además, esta base debía ser como Pilos para los mesenios: acogería a los esclavos fugitivos de los campos y las minas de plata de Lavrio (cuya riqueza mineral, junto con los tributos anuales, constituían la mayor parte de los ingresos de Atenas) y, de esa manera, paralizaría la economía ateniense.

La nueva guerra sería un asunto muy diferente. Esta vez los espartanos tenían al chico listo, Alcibíades. Los antiguos referentes del esfuerzo bélico ateniense –Pericles, Cleón, Nicias y Demóstenes– habían caído, y Atenas sólo tenía comandantes de segunda categoría para ocupar su lugar. Cuando se reanudaron las hostilidades, en el 413 a. C., los espartanos procedieron con un propósito y una dirección que hasta entonces les había faltado.

Capítulo 7

Una guerra exitosa y una paz fallida

La guerra de Decelia: 413-404 a. C.

Gracias a los siracusanos, la alianza peloponense-persa consiguió zarpar una flota casi de inmediato. Debido a su anterior enfrentamiento con los atenienses, la ciudad siciliana ya tenía una flota a mano. Además, estaba tripulada por marineros veteranos, con la rara experiencia de haber luchado contra los atenienses en el mar y también la de haberlos vencido.

Al mismo tiempo que la flota de Siracusa llegaba al Egeo, el rey de Esparta, Agis II, avanzó sobre el Ática y estableció su base en la ciudad de Decelia, que de inmediato se propuso convertir en una formidable fortaleza. Esta base tuvo un efecto tan fuerte en la ocupación permanente del Ática que muchos historiadores la han utilizado para distinguir esta fase de la guerra del Peloponeso. Otro nombre para la guerra de Decelia es la guerra Jónica. Mientras que la ronda de combates anterior se había librado principalmente en el norte de Grecia, ahora se extendió también por los mares e islas del Egeo e involucró a las ciudades de la costa de Anatolia. Los griegos daban a esta región el nombre general de Jonia.

La presencia de una flota del Peloponeso en aguas jónicas tuvo un efecto inmediato. La isla de Quíos renunció a ser miembro de la Liga de Delos o, para verlo desde una perspectiva ateniense, la isla se rebeló contra el imperio. Cuando la noticia de esta revuelta llegó a la gente de Lesbos y Cícico, ambas ciudades enviaron embajadores a los espartanos para preguntar de qué ayuda dispondrían si ellos también se rebelaban. Como respuesta, los espartanos decidieron

mostrar lo que podían hacer ayudando a Quíos.

Enviaron entonces una flota, comandada por Alcibíades, quien tuvo así la distinción excepcional de comandar tropas en ambos bandos. Por varias razones muy diferentes entre sí, Alcibíades parecía el hombre adecuado. En primer lugar, conocía la mentalidad y las tácticas militares atenienses como sólo podía hacerlo un exgeneral de la polis. En segundo lugar, se desvivía por demostrar que se había adaptado totalmente a la filosofía espartana. Hizo todo lo posible por congraciarse con los espartanos:

La población lo observaba embelesada mientras adoptaba las costumbres espartanas. Iba de un lado a otro con el pelo sin recortar y engullía con aparente placer el tosco pan y las gachas negras. Parecía increíble que este hombre que ahora se sumergía en baños fríos hubiera alguna vez consultado a un perfumista, hubiera contratado a un chef personal o hubiera usado lana de Mileto [de primera calidad].

(Plutarco, Alcibíades)

(Las gachas negras eran una demostración de lo mucho que se esforzaba Alcibíades. Hay una historia sobre un excepcional visitante aristocrático en Esparta que fue invitado a cenar en una syssitia, donde se le sirvió este especial manjar local. Después de unas cucharadas de la papilla, se le preguntó su opinión. Él respondió pensativo: «Ahora entiendo por qué los espartanos no temen a la muerte»).

Una admiradora del ahora espartano Alcibíades fue Timea, la esposa del rey Agis. Timea había estado privada de compañía masculina durante un tiempo, porque la última vez que había tenido relaciones sexuales con su marido habían sido interrumpidos por un terremoto. Agis lo tomó como una señal de desaprobación divina y desde entonces había evitado la cama de su esposa. Eso

había sucedido hacía casi un año, así que Agis se mostró más que escéptico acerca de la filiación del niño que su esposa le presentó. No pasó mucho tiempo antes de que Alcibíades se revelara como su padre. No pretendía faltar al respeto, afirmó Alcibíades, sólo quería introducir su propia sangre en el linaje real.

Pero aquello era Esparta, por lo que Agis no tenía el recurso habitual de un marido agraviado en el mundo antiguo. La sociedad espartana animaba a las mujeres a tener amantes si el resultado era un bebé sano, aunque normalmente el marido esperaba que se le consultara sobre el asunto. Sin duda, el bebé era sanísimo, por lo que Agis no tenía muchas opciones. Sin embargo, es probable que estuviera muy descontento. En general, pues, era lo mejor para todos que Alcibíades se dirigiera a Quíos, donde Agis esperaba que los atenienses hicieran con el renegado lo que él legalmente no podía hacer.

Los atenienses estaban desbordados, pero, como siempre, se recuperaron, con lo que los espartanos consideraban una energía demoníaca inagotable. A pesar de la necesidad de mantener bajo control el resto de su intranquilo imperio con los remanentes de la maltrecha flota que había sobrevivido al desastre siciliano, los atenienses lograron reunir suficientes soldados y barcos para montar rápidamente el sitio de Quíos y enfrentarse y derrotar a los peloponenses fuera de Mileto. En una rara demostración de oportunismo, los espartanos decidieron que, dado que se replegaban en dirección a la isla de Rodas, también podían detenerse allí y liberar el lugar, lo cual hicieron.

La batalla por el Helesponto

Mientras la guerra continuaba en el Egeo, se desarrollaba otra contienda igualmente violenta en el frente diplomático. Los espartanos y sus aliados se habían reunido con el sátrapa Tisafernes y quedaron estupefactos al descubrir que los persas esperaban una recompensa extremadamente alta por la ayuda prestada. Básicamente, pretendían retomar el control de todas las ciudades de

Anatolia y de cualquier miembro de la Liga de Delos que los espartanos pudieran arrebatar a los atenienses. Cuando los espartanos rechazaron por completo la propuesta, Tisafernes salió hecho una furia de la reunión e inmediatamente abrió negociaciones con los atenienses.

Se dio la casualidad de que los atenienses tenían un conducto a mano para las negociaciones con Persia. La derrota en Mileto había sido motivo suficiente para que los espartanos se preguntaran si su comandante Alcibíades no había estado ayudando en secreto a los atenienses. Si realmente lo creía o no, Agis ahora tenía un motivo legal para firmar la sentencia de muerte del general, probablemente con gran satisfacción. Advertido de ello, Alcibíades se dio a la fuga y se dispuso a conspirar con Tisafernes. Era evidente que la asamblea ateniense se opondría firmemente al regreso de Alcibíades. La gente sentía –con cierta razón– que era el responsable de la muerte de sus hermanos e hijos, y querían hacerle pagar por ello. Los aristócratas eran más ambivalentes. Deseosos de pescar en el río de dinero persa que había estado fluyendo hacia Esparta, estaban dispuestos a acoger la participación de Alcibíades siempre y cuando pudiera ayudarlos en sus propósitos. Y Alcibíades estaba encantado de ayudar, porque nuevamente necesitaba aliados y aún albergaba esperanzas de regresar a su ciudad natal. Tisafernes también estaba dispuesto, pero tenía una condición que transmitió a través de Alcibíades: la democracia ateniense debía desaparecer.

Hubo menos oposición a la propuesta de lo que habría cabido esperar. La aristocracia nunca se había sentido realmente a gusto con la democracia y seguía prefiriendo estar al cargo. Ahora Alcibíades y Tisafernes hacían pender ante el demos la perspectiva de inagotables fondos persas para su guerra contra Esparta, sólo bajo la premisa de volver a un gobierno oligárquico (y, es de suponer, abandonaban a sus cognados jónicos, aunque a este aspecto se le quitó importancia de manera clara). En consecuencia, en el 411 a.C., una oligarquía tomó el gobierno de Atenas. Al principio, fue extremadamente reducida, pues constaba de sólo cuatrocientos hombres, pero luego la clase dominante se expandió para incluir a los cinco mil más importantes del Estado.

Entretanto, los espartanos seguían con pocos fondos, y los persas no

estaban en condiciones de recuperar su flota en ese momento. Además, aunque Tisafernes se inclinaba por los atenienses, ahora había dejado de lado a su rival Farnabazo, sátrapa del noroeste de Anatolia, que todavía apoyaba a los espartanos. Por tanto, los espartanos trasladaron la flota al norte para beneficiarse más plenamente del apoyo del único aliado persa que les quedaba. También hubo otra razón para este movimiento: durante la guerra de Arquidamos, habían observado que incluso cuando destruían las cosechas atenienses en el Ática, el enemigo seguía importando cargamentos de grano por barco desde los campos de sus aliados en los alrededores del mar Negro.

Gracias a su base en Decelia, los espartanos todavía vetaban la actividad agrícola ateniense en Ática, pero ahora la flota les daba la oportunidad de cortar los suministros de alimentos también desde el extranjero. Advirtieron de sus intenciones a las ciudades del Helesponto, que inmediatamente se rebelaron contra Atenas. Cuando tanto Calcedonia como Bizancio se volvieron hostiles, el estrecho que conectaba Atenas con los recursos en el mar Negro quedó en manos de simpatizantes de los peloponenses. Para hacer aún más miserable la vida de los atenienses, al mismo tiempo, los espartanos desembarcaron en Eubea y capturaron el ganado que la gente del Ática había evacuado a la isla.

Dada la magnitud de la amenaza, no es nada sorprendente que los atenienses comprendieran que necesitaban toda la ayuda que pudieran obtener y buscaran afanosamente el apoyo de los persas, cuya derrota había sido la razón de ser para la formación de su imperio. La nueva oligarquía se dispuso inmediatamente a demostrar su valía y se enfrentó a los espartanos en el mar. Si bien los peloponenses podían ahora igualar a los atenienses en cantidad de barcos, seguían siendo inferiores en destreza, a excepción del contingente siracusano.

Un almirante espartano llamado Míndaro perdió buena parte de la nueva flota de Esparta cuando fue vencido en Cinosema, en el Quersoneso tracio. Siguió una nueva serie de derrotas, y los atenienses recuperaron la ciudad rebelde de Cícico. Otra acción naval en el Helesponto, con Alcibíades una vez más al mando de los barcos atenienses, rompió de manera concluyente el dominio

espartano sobre los suministros de grano de Atenas; y también convenció a los aliados de que la armada de Atenas todavía era capaz de hacer cumplir la voluntad de la ciudad. En gran parte, la ola de rebeliones llegó a su fin.

Esta concatenación de victorias pareció devolver la confianza a los atenienses y se restauró la democracia. Para los espartanos, parecía que las cosas estaban volviendo al punto muerto de la guerra arquidámica, donde la superioridad espartana en tierra había quedado invalidada por su incapacidad en el mar. Como habían hecho dos décadas antes, los espartanos ofrecieron términos de paz, esta vez sobre la base de que ambas partes conservarían lo ganado.

El escepticismo ateniense con respecto a esta oferta es comprensible. Los espartanos mantenían Eubea y tenían fuertes guarniciones en el Bósforo. Si se rompía la paz, los espartanos quedarían libres de interferencias de la armada ateniense. Podían fortalecer sus posiciones hasta el punto de estar en condiciones de cortar el suministro de grano a Atenas en el momento en que la guerra estallara nuevamente. La ruptura de la promesa espartana de devolver Anfípolis después de las anteriores hostilidades aumentaba la desconfianza de Atenas.

La fase final: 409-404 a. C.

En este punto, los marineros de agua dulce de Esparta sacaron su versión de un mirlo blanco: un esparciata que también era un gran almirante. Lisandro había crecido en la pobreza, pero era de linaje noble, pues su familia afirmaba descender directamente de Hércules. A pesar de su educación humilde, Lisandro poseía una considerable capacidad diplomática y se hizo amigo de Agesilao, el hermano de Agis. Hay incluso una leyenda que afirma que eran amantes. Lisandro aprovechó su influencia con Agesilao para comandar una flota espartana y se trasladó a la costa de Anatolia.

Entretanto, la disputa entre Farnabazo y Tisafernes sobre a qué bando apoyar en la guerra había llegado a la corte real para su

arbitraje. La antigua aversión de la monarquía persa hacia los atenienses había movido al rey Darío una vez más hacia el lado espartano, y la restauración de la democracia en Atenas ciertamente no ayudó a Tisafernes en la defensa de su caso. Tisafernes fue reemplazado por un superior, un príncipe real conocido hoy como Ciro el Joven. Éste ya tenía inclinaciones por el bando del Peloponeso, y encontró en Lisandro un aliado cordial, especialmente porque los espartanos habían abandonado ahora su defensa de las ciudades jónicas. Ciro y Lisandro se pusieron de acuerdo entre ellos en que, una vez que Atenas hubiera sido derrotada, las ciudades de Jonia caerían nuevamente bajo la soberanía persa.

Esparta estaba ahora preparada para este viraje súbito de posición, antes impensable, porque necesitaba con urgencia la ayuda persa. La causa: los atenienses habían regresado violentamente a la guerra. En el 409 a. C. recapturaron varias ciudades jónicas y eran claramente dueños del mar. De hecho, las cosas les iban tan bien que Alcibíades se había atrevido a regresar a Atenas con la esperanza de ser perdonado. Resultó que no fue así. Tan pronto como Atenas sufrió una derrota naval, en Notio, en el 406 a. C., la gente se volvió contra él. Había algo de justicia en ello, ya que el almirante derrotado había obtenido el mando gracias al patrocinio de Alcibíades. Sin embargo, la idea de que el hombre fuera un incompetente total atribuye poco crédito a la habilidad con la que Lisandro comandaba la flota del Peloponeso.

El prestigio que Lisandro ganó con esta victoria inspiró a otros líderes espartanos, que querían compartir la gloria de los triunfos navales. Así, Lisandro fue rápidamente desplazado por Calícrates, que estaba mejor conectado. Por desgracia, la capacidad política de Calicrátidas era algo mayor que su pericia como almirante. Intentó bloquear la flota ateniense en Mitilene, pero fue derrotado en Arginusas por una fuerza de socorro. Calicrátidas se hundió con su flota.

Arginusas será la última victoria naval ateniense. Décadas de guerra habían agotado las reservas de la ciudad-estado. La fortaleza espartana en Decelia no sólo impidió que los atenienses explotaran las minas de plata, fuente importante de ingresos, sino que también

dio refugio a los miles de esclavos que huyeron de ellas para refugiarse allí. El imperio ateniense, antaño orgulloso y rico, era ahora un pozo sin fondo en el que se vertían constantemente los recursos dinerarios de la polis. Una de las razones era que la flota ateniense, que se había ampliado a la desesperada, consumía más fondos en mantener a los inquietos aliados bajo control que el que estos últimos aportaban con sus contribuciones anuales. Ahora que los espartanos eran una presencia constante en las aguas del Egeo, los atenienses no podían obtener más oro de sus súbditos sin provocar rebeliones aún más costosas.

Por su parte, los espartanos no tenían estos problemas gracias a los fondos persas. Sustituyeron rápidamente las pérdidas navales y decidieron que Lisandro comandara la flota una vez más. Sin embargo, la constitución espartana no permitía que un hombre ocupara dos veces el cargo de navarchos (almirante o navarca). Por tanto, oficialmente, Lisandro se echó al agua como adjunto de un comandante títere, aunque en realidad tenía el control total. El entusiasmo persa se había desvanecido cuando Calicrátidas tomó el timón, pero, una vez que Lisandro volvió al mando, el apoyo de Ciro fue incondicional.

Mientras tanto, los almirantes que habían obtenido la victoria ateniense en Arginusas habían sido condenados por la voluble asamblea de la ciudad. Inmediatamente después de la batalla, los almirantes habían decidido que los barcos atenienses restantes eran demasiado valiosos para arriesgarlos en una tormenta inminente y maniobraron en busca de refugio, sin detenerse a salvar a los supervivientes de los barcos averiados, que seguían en el agua. Cuando regresaron a Atenas, se encontraron con que los esperaba gente poco agradecida. Los familiares de los ahogados, indignados, habían avivado a una turba que, como podía preverse, los declaró culpables de haber abandonado a los náufragos a su suerte. En una parodia de juicio, la asamblea votó a favor de la pena de muerte. No fue el momento de mayor orgullo democrático.

Ni siquiera la resistencia de un hombre ejemplar, Sócrates, bastó para evitar un linchamiento legalizado. Como resultado de la condena, los almirantes a los que pudieron capturar resultaron ejecutados, y el resto huyó al exilio. La consecuencia fue que la

flota perdió a sus comandantes más capaces, además de quedar falta de hombres. La ciudad, casi en bancarrota, no logró enviar suministros ni refuerzos a los barcos que habían sobrevivido a la batalla.

Gracias a Lisandro y a los persas, los espartanos tenían todo de lo que carecían los atenienses: suministros, refuerzos y un comandante competente. Lisandro obtuvo una contundente victoria en Egospótamos en septiembre del 405 a. C., batalla en la que los barcos atenienses fueron destruidos. Sin flota, Atenas quedó indefensa y se hizo inevitable su derrota final. Poco después de Egospótamos, la mismísima Atenas fue sitiada, esta vez por tierra y por mar. En el 404 a. C., la población de Atenas pasaba hambre y no había perspectivas de alivio a la vista. La gente aceptó que la situación era un caso perdido, y la ciudad se rindió. Después de casi sesenta años de guerra intermitente, parecía que Esparta finalmente había logrado su objetivo. La larga guerra había sido eficazmente ganada. Atenas había sido humillada y Esparta reinaba sobre todos los griegos.

La hegemonía espartana

Grecia tardó un tiempo en comprender que la guerra finalmente había terminado. La prolongada guerra del Peloponeso era todo lo que la mayoría de los griegos había conocido durante toda su vida. Ahora que había llegado a su fin, los helenos debían aceptar los problemas que conlleva la paz. Y el primero y más urgente era qué se iba a hacer con Atenas.

Al finalizar la guerra, los atenienses tenían pocos amigos. Incluso aquellos aliados que al inicio de todo habían favorecido a la ciudad se habían sentido ofendidos por las crecientes demandas de impuestos. También habían perdido simpatías por el hecho de que luchaban contra los espartanos, no contra los persas, que había sido la intención original de la alianza. Los aliados de Esparta, por su parte, tenían la sangre en el ojo. Los tebanos, y en menor grado los corintios, tenían una idea muy clara de cómo proceder contra la

ciudad derrotada: Atenas debía compartir el destino de Platea; debían derribarse las murallas, demolerse los edificios y vender a los habitantes como esclavos.

Lisandro tendía a estar de acuerdo con ellos, porque se había revelado como un conquistador severo. Un poeta bromeó diciendo que los taberneros estaban acostumbrados a dar a los clientes una primera taza de vino dulce antes de diluirlo con vinagre agrio. Lisandro era peor, afirmaba el poeta, porque no permitía siquiera una pizca de dulce libertad a las ciudades griegas liberadas del imperio ateniense. Por el contrario, les imponía de inmediato el gobierno de un harmosta (palabra espartana para un gobernador militar) junto con un consejo de diez hombres, compuesto por aquellos a quienes Lisandro consideraba como los más adeptos a su persona.

A la usanza de las ciudades griegas de la época, una vez que se les daba el control sin restricciones, estos diez hombres inmediatamente mataban o enviaban al exilio a enemigos tanto reales como imaginarios. Aquellas ciudades que sólo habían sufrido dificultades económicas durante la guerra de repente vieron que sus principales figuras cívicas terminaban detenidas y ejecutadas, con el apoyo activo de los ocupantes espartanos. Los ingresos que las ciudades antes habían pagado a Atenas como tributo, ahora se desviaban en beneficio de Lisandro.

Por suerte para los atenienses, que Lisandro hubiera establecido lo que, en la práctica, era un imperio privado en el Egeo no había pasado inadvertido en Esparta. Para su buena fama, Lisandro fue lo bastante honesto como para comenzar a transferir de inmediato al Estado espartano la ilimitada fortuna que estaba reuniendo. Sin embargo, la pregunta en las cabezas de los éforos era: ¿estaría Lisandro igualmente dispuesto a entregar el control político?

El primer paso para reafirmar la autoridad de los líderes de Esparta llegó en forma de un escueto decreto de los éforos. En él se ordenaba a los atenienses que derribaran las murallas de la ciudad, pero por lo demás dejaba el asunto en manos de Lisandro y al resto de espartanos in situ. Sin embargo, el decreto declaraba que si los atenienses derribaban sus muros «habría paz», una declaración explícita de que Atenas no debía ser destruida. El diplomático

ateniense que había ayudado a fijar estos términos intentó apaciguar a sus conciudadanos señalando que, si la falta de murallas significaba que una ciudad estaba en aprietos, entonces Esparta estaba peor que Atenas.

La demolición de las murallas era la mejor decisión dada la naturaleza de la guerra y la política en la antigua Grecia. Los largos muros que conectaban Atenas con El Pireo fueron demolidos, pero no está tan claro qué sucedió con el resto. La arqueología muestra que al menos algunos quedaron en pie.

En cuanto al resto, básicamente, aplastar Atenas y matar o esclavizar a la población no iba a funcionar, ya que la ciudad se levantaba sobre tierras privilegiadas que, más temprano que tarde, alguien volvería a ocupar. Además, eliminar a Atenas como contrapeso de Tebas no era buena idea, porque Tebas ya estaba demostrando ser un problema. A menos que quisieran que Beocia fuera tan poderosa como Esparta, no era recomendable que los tebanos se expandieran al Ática (y lo harían). Los espartanos no podían ocuparla por sí mismos, porque apenas tenían suficientes hombres para Lacedemonia, a los que forzaban hasta el límite para mantener bajo control también a Mesenia.

Por todo esto, lo más fácil y mejor era conseguir que Atenas cumpliera, a la vez que eliminar los muros que le permitían resistir un asedio espartano, y entonces imponer un gobierno oligárquico leal a Esparta. Probablemente sabían que se trataba de una solución a corto plazo, pero, como acabamos de comentar, no existía ninguna otra satisfactoria a largo plazo.

En consecuencia, en un día convenido, los equipos de trabajadores se reunieron y comenzaron a derribar las murallas de Atenas. Los trabajos de derribo fueron acompañados por una hoguera festiva que consumió lo que quedaba de la flota ateniense (aunque Lisandro permitió que la ciudad conservara doce barcos). Al son de la música interpretada por flautistas traídos para la ocasión, las delegaciones de los aliados de Esparta presenciaban el espectáculo con solaz y guirnaldas en la cabeza.

En apariencia, era una demostración del triunfo de Esparta. Aunque, en verdad, Esparta había quedado gravemente herida por

la larga guerra. Como hemos visto, el problema fundamental continuaba: Esparta tenía un déficit demográfico de esparciatas. Las bajas infligidas durante la guerra habían acelerado la espiral, ya que podemos suponer que las viudas de los caídos heredaron sus propiedades y las agregaron a las de sus siguientes maridos, hombres que también pudieron haber muerto en la guerra. Según Aristóteles, que escribió una generación más tarde, en su día las mujeres poseían casi la mitad de la tierra en Esparta. Si bien esto no era nada malo en sí mismo, significaba que el número de esparciatas financiados por sus propiedades rurales seguía disminuyendo. Esta tendencia, establecida ya al final de la guerra del Peloponeso, se mantuvo y, como un cáncer, carcomió los fundamentos del Estado espartano durante más de un siglo.

Además, al final de las guerras médicas, Esparta había sido admirada, temida y respetada. Al final de la guerra del Peloponeso, Esparta era ampliamente odiada por sus formas autoritarias, despreciada por haber aceptado el dinero de Persia a cambio de la libertad de los griegos de Jonia, y menos temida que antes. Aunque vencidos, los atenienses habían demostrado que, sin duda, se podía derrotar a los espartanos.

En los siglos anteriores, había sido una tradición espartana no declarar la guerra a un estado repetidamente, por temor a que ese estado se dotara para la batalla gracias a la práctica constante. Al final de la guerra del Peloponeso, se había practicado mucho. Todos los estados griegos tenían ahora un contingente sólido de guerreros veteranos. Y, por cierto, estos hombres ya no estaban impresionados por la pretensión espartana de una superioridad militar innata y, a su vez, los líderes de los antiguos aliados de Esparta estaban bastante preparados para resistir cualquier intento de ejercicio despótico del mando por parte de los espartanos.

Ahora Esparta tenía un problema de flujo de caja. Con el excedente de los fondos persas sumado a los ingresos del antiguo imperio ateniense desviados a su polis, en Esparta entraba demasiado dinero. A pesar de su vieja reputación de despreciar el vil metal, resultó que muchos espartanos querían meter mano. Los éforos respondieron declarando ilegal la posesión de lingotes por parte de particulares e insistieron en que el efectivo sólo podía ser manejado

por el Estado. «Como si aquello que era honrado públicamente pudiera ser despreciado en la vida privada», comenta Plutaco con desdén. «La negligencia pública contamina la vida privada mucho más rápido de lo que los individuos pueden corromper ciudades enteras» (Plutarco, Lisandro).

Aparte de la gran cantidad de dinero, los reyes espartanos también tuvieron que decidir qué hacer con Lisandro, que en realidad se había vuelto más poderoso que ellos mismos. Por fortuna, Lisandro parecía estar trabajando firmemente para lograr su propia caída. Con las ciudades del Egeo en la palma de la mano, se comportaba como un tirano sediento de sangre. Su dicho favorito «Engañar a los niños con los dados y a los hombres con falsas promesas»– tuvo enseguida la consecuencia de que nadie creyera una palabra de lo que decía, en especial porque aquellos que se interponían en su camino eran atraídos a su esfera de poder con falsas garantías de seguridad y luego terminaban ejecutados. Por fin, el sátrapa persa Farnabazo escribió a los reyes espartanos. Los avisó de que, si Lisandro seguía comportándose de esta manera, habría una rebelión generalizada. Alarmadas, las autoridades espartanas mandaron llamar al descarriado general.

Lisandro volvió a casa con una carta de Farnabazo, a quien había convencido de que la escribiera. Creía que esta carta contenía una refutación de todos los cargos anteriores, pero, sin que él lo supiera, el astuto sátrapa había reemplazado en el último momento la misiva. En apariencia, la carta era idéntica a la que Farnabazo había escrito para Lisandro, pero muy diferente en contenido. La carta produjo desconcierto en la asamblea espartana de ancianos (gerousia), que trataba de entender por qué Lisandro había entregado con tanto aplomo y confianza una carta que, una vez rotos los sellos y leídos los conceptos, contenía una denuncia cáustica y detallada del hombre y de todas sus obras.

Enfrentado a la hostilidad de reyes y éforos, Lisandro no pudo regresar a Asia, mientras las autoridades espartanas comenzaban la lenta tarea de transferir la lealtad que las ciudades egeas habían depositado en Lisandro a la propia Esparta. No ayudaba que la diarquía misma tuviera ahora un problema de credibilidad.

El rey Agis había querido meter en cintura a Élide, en el noroeste

del Peloponeso, y así lo hizo después de una exitosa campaña. Acto seguido, se dirigió a Delfos para agradecer su victoria, pero murió en el viaje. La vicisitud abrió la cuestión de quién debía ser el sucesor en el linaje euripóntidas. En el curso normal de los acontecimientos, el trono habría pasado sin incidentes al hijo del rey, en este caso un joven llamado Leotíquidas. El problema, como vimos antes, era que existían muy buenos motivos para argumentar que Leotíquidas no era hijo de Agis, sino hijo ilegítimo del renegado Alcibíades. (Alcibíades estaba exiliado tanto de Atenas como de Esparta y pasaba sus días en Tracia. Allí finalmente fue asesinado, aunque no se sabe con exactitud por quién. En ese momento, la lista de quienes lo querían muerto incluía a casi todo el mundo conocido).

Aparte de Leotíquidas, el otro candidato euripóntida era Agesilao, hermano del difunto Agis. Los oponentes de Agesilao también estaban en condiciones de presentar buenas razones contra él. Para empezar, Agesilao era «cojo». Dada su carrera posterior, es muy poco probable que su cojera fuera algo incapacitante, pero para los espartanos cualquier defecto físico era un grave problema. De hecho, si Agesilao no hubiera sido sangre real y, por tanto, exento de las restricciones a las que se enfrentan los esparciatas comunes y corrientes, bien habría podido no sobrevivir hasta una edad en la pudiera ser considerado candidato a la sucesión. Cuando se le consultó sobre quién debería ser rey, el oráculo de Delfos pareció inclinarse contra Agesilao:

Esparta, ahora eres tan orgullosa.

Pero piensa en esto.

Si de ti, de pie tan firme,

surge un rey mutilado,

entonces serás aplastada por el infortunio

y por los golpes de la guerra, destructora de hombres.

Era un mensaje bastante claro, se puede pensar, especialmente porque Leotíquidas había logrado imponerse sobre Agis mientras el viejo rey agonizaba en su lecho de muerte y había sido reconocido como heredero. Fue entonces cuando Lisandro se unió al debate en defensa de su compañero. Logró convencer a la gente de que el «rey mutilado» sería Leotíquidas, ya que las acusaciones de bastardía socavarían para siempre su credibilidad. Lisandro todavía tenía una influencia considerable en el Estado, y su argumento salió triunfante. Agesilao fue elegido.

Las guerras médicas, de nuevo

Sería un error suponer que Esparta volvió a la guerra con Persia simplemente porque Lisandro tenía que ajustar cuentas con el sátrapa Farnabazo. Después del deshonroso trato mediante el que habían aceptado la plata persa a cambio de la libertad de Jonia, la reputación de Esparta como líder de los helenos se había empañado bastante. Los espartanos estaban impacientes por mejorar una vez más su imagen, y luchar contra Persia era una buena forma de hacerlo.

Los persas tampoco estaban muy contentos con la hegemonía de Esparta en Grecia. Inmediatamente después de la guerra del Peloponeso, Ciro el Joven había reclutado a muchos guerreros griegos de ambos lados de la contienda y, con tal ejército mercenario, trató de derrocar a su hermano, que se había convertido en rey de Persia tras la muerte de Darío II. Ciro bien podría haber tenido éxito en su apuesta por el poder si no hubiera muerto durante la batalla culminante de Cunaxa en el 401 a. C. La muerte de Ciro dejó a diez mil mercenarios griegos atrapados en medio de Partia. Su comandante de facto era el soldado ateniense Jenofonte, que más tarde escribiría la Anábasis (también conocida como La marcha de los diez mil), una historia conmovedora de cómo los diez mil regresaron a casa después de una marcha de alrededor de mil seiscientos kilómetros por territorio hostil.

El ejército persa seguía de cerca a estas irregulares tropas en retirada, sobre todo porque las ciudades griegas bajo control persa habían apoyado a Ciro en la rebelión. Con la muerte de Ciro, estas ciudades se encontraban en un estado de precaria independencia que los persas estaban decididos a aplastar. Los jonios apelaron a Esparta en su condición de principal potencia militar en Grecia, y los espartanos aprovecharon la oportunidad de recuperar su dignidad de protectores de los helenos. En poco tiempo, un ejército de espartanos, con sus aliados, había llegado a Anatolia, al mando de Agesilao (aunque, como Lisandro era la mano derecha del rey, muchos no estaban seguros de quién de los dos estaba a cargo).

De hecho, los problemas habían comenzado incluso antes de que Agesilao abandonara Europa. Para empezar, mientras las ciudades menores de la Liga del Peloponeso habían contribuido con hombres a la campaña, Tebas, Atenas y Corinto se habían negado deliberadamente a colaborar. Siguió una nueva disputa, esta vez diplomática. Agesilao estaba en el puerto de Áulide, en Beocia, en el centro de Grecia, preparándose para hacer un sacrificio que garantizara el cruce sin peligro a Anatolia. La ceremonia fue bruscamente interrumpida por las autoridades tebanas. Insistieron en que un sacrificio en suelo beocio sólo debía ser ejecutado por uno de sus propios sacerdotes. Que los beocios se atrevieran a interrumpir a un rey espartano en medio de un rito religioso era un ejemplo de la nueva confianza en sí mismos que los aliados de Esparta habían ido demostrando poco a poco. Este incidente de mal augurio probablemente hizo que Agesilao estuviera aún menos preparado para tolerar una firmeza no deseada en sus súbditos, incluido principalmente Lisandro.

A la gente de Anatolia puede que no le gustara el gobierno de Lisandro, pero se habían acostumbrado a él. Cuando se enteraron de que había regresado, se apresuraron a renovar los lazos diplomáticos o a excusarse por sus quejas anteriores. El verdadero gobernante, Agesilao, estaba más que irritado cuando una avalancha de delegados y embajadas lo ignoró en sus prisas por congraciarse con Lisandro.

El choque de estas dos poderosas personalidades se resolvió gracias a que sólo uno de ellos tenía autoridad real, Agesilao. El único

rango oficial que el rey permitió a Lisandro fue el de «trinchador real». Todas las peticiones dirigidas a través de él recibían tan poca atención por parte del rey que Lisandro se vio finalmente obligado a sugerir que los solicitantes dirigieran sus peticiones a otra parte. Finalmente, un amargado Lisandro regresó a Esparta mientras Agesilao continuaba la guerra bajo su sola autoridad.

A Esparta la ayudó que Egipto estuviera (una vez más) en rebelión contra los persas, lo que llevó a la dispersión del esfuerzo militar de estos últimos. Como resultado, Agesilao pudo liberar (o conquistar) cierto número de ciudades y acumular una considerable reserva de botín de guerra. Lo que no consiguió fue avanzar tierra adentro, porque la caballería persa era muy superior a la suya. Los jinetes persas no podían enfrentarse a los hoplitas en una batalla abierta, pero fácilmente interceptaban las líneas de suministro espartanas, a menos que el ejército permaneciera lo suficientemente cerca de la costa como para ser abastecido por mar.

La confianza de los persas en su caballería quedó claramente demostrada cuando Agesilao decidió que había reunido suficiente caballería entre sus aliados como para avanzar sobre la capital regional de Persia, Sardes. La caballería persa cortó inmediatamente todos los pillajes periféricos de alimentos y las avanzadillas de Agesilao, obligando al rey a desplegar a sus hombres en formación defensiva de cuadro de infantería, con el bagaje en el centro.

Años de campaña contra los poco convencionales atenienses habían enseñado a los espartanos un truco o dos. Cuando Agesilao se acercó a Sardes, cambió bruscamente de rumbo. Los persas supusieron que los espartanos estaban de retirada y rápidamente comenzaron a acosar a la retaguardia. Sin embargo, Agesilao no se había llevado todo el ejército consigo. Un cuerpo de hombres de élite se escondía en un bosque cercano. Cuando el grueso del ejército espartano y sus perseguidores persas habían dejado atrás el bosque, los guerreros ocultos en la floresta cargaron, dejando a la caballería persa atrapada entre ellos y la retaguardia. El resultado fue una victoria de Esparta, aunque la importancia de esta victoria depende de si se sigue al historiador Diodoro Sículo, que calcula la cifra de bajas persas en 6000 (libro 14.80) o a Oxirrinco, que suele ser más fiable, quien estima las bajas persas literalmente en una

décima parte de esos números (Oxyrhynchus, 12-12).

Jenofonte cuenta otro relato. Según él, los jinetes persas no estaban atrapados entre dos fuerzas de infantería, sino entre la infantería espartana y el río. En cualquier caso, el resultado fue el mismo: el rey persa perdió la confianza en la capacidad –y quizás en la voluntad– de Tisafernes para continuar con la guerra, y el sátrapa fue reemplazado y decapitado. El nuevo mando llegó con autoridad para negociar. Agesilao acordó que cesaría su avance hacia el interior a cambio de la autonomía de las ciudades griegas en la satrapía y una gran suma de dinero en efectivo. Luego, con la paz asegurada en ese frente, el rey se trasladó al norte para atacar a Farnabazo.

Incapaz de ofrecer una resistencia sólida, Farnabazo finalmente se vio obligado a recurrir a la persuasión moral. Organizó una reunión con Agesilao:

Agesilao y su séquito fueron los primeros en llegar a la reunión, y el espartano se echó a esperar en un lugar sombreado con hierba exuberante. Cuando llegó Farnabazo, se avergonzó al ver a Agesilao así, porque él había traído alfombras bordadas y suaves cojines donde recostarse. A causa de lo cual, y sin más preámbulos, se unió a Agesilao en la hierba sin considerar el daño de su maravillosa ropa de delicadas telas y sutiles tintes.

(Plutarco, Agesilao, 12)

Farnabazo expresó el justificado disgusto porque estaba recibiendo una recompensa hostil a cambio de toda la ayuda que había brindado a los espartanos contra Atenas. Agesilao se mostró de acuerdo en que era injusto, pero afirmó que estaba haciendo la guerra contra Persia y no contra Farnabazo personalmente. Si éste cambiaba de bando, o al menos permanecía neutral, los espartanos estarían encantados de renovar su alianza con él. De mala gana, el

persa reconoció las razones del espartano, y los dos se separaron en términos que parecían amistosos, aunque por fuerza siguieran siendo enemigos.

No se sabe con exactitud qué pretendía conseguir Agesilao con sus aventuras orientales. Su misión original había sido evitar que los ejércitos persas tomaran las ciudades rebeldes griegas de Jonia, pero, una vez logrado ese objetivo, el rey espartano mostró poca disposición de regresar a casa. En cambio, se concentró en entrenar a los ciudadanos reclutados en las ciudades griegas recién liberadas. Tal vez fuera, simplemente, una preparación para que esas ciudades resistieran los posteriores intentos de los persas de reivindicar su dominio. También podría ser, como han especulado historiadores coetáneos y modernos, que Agesilao estaba alistando soldados y aumentando las tropas para un proyecto mucho más ambicioso: la conquista del imperio persa (o al menos, dada la inmensidad del mismo, de Anatolia y partes del Levante).

Al darse cuenta de la amenaza, los persas contraatacaron de la forma que les parecía más eficaz. Grandes sumas de plata persa empezaron a llegar a los tesoros de los aristócratas antiespartanos en Tebas, Argos y Corinto. Incluso los atenienses, aunque Jenofonte niega que aceptaran «sobornos», estaban felices de recibir «subsidios» que aliviaban los pagos atrasados del ejército y la flota que, para intensa irritación espartana, había crecido hasta un número mucho mayor que los doce barcos permitidos. De hecho, el entonces strategos ateniense, un hombre llamado Conón, fue invitado a una audiencia con el rey de Persia.

El resultado de toda esta intensa actividad entre bastidores de los persas fue que Tebas comenzó a adoptar una postura más independiente y que alentó a los atenienses a hacer lo mismo. Gracias en parte al dinero persa y en parte a la desafortunada diplomacia espartana y a la mala dirección de los hombres, la hegemonía espartana se desmoronaba rápidamente. Era sólo cuestión de tiempo antes de que el rey de Persia lograra su objetivo y obligara a Agesilao y sus soldados a regresar a Grecia para lidiar con el deterioro de la situación interna. La conquista de Persia tendría que dejarse en manos de otro rey, y para una fecha futura.

Capítulo 8

El rey cojo

«¡Ay, las malas acciones bárbaras concebidas por los griegos!». Aquí Plutarco cita a Eurípides, lamentando «la envidia que entonces alineó a los griegos en orden de batalla unos contra otros [...] y les hizo una vez más volver sobre ellos mismos las armas dirigidas contra los bárbaros [persas]».

De vuelta en Esparta, Lisandro presuntamente había estado intrigando para que Agesilao fuera reemplazado como rey. El nombre que tenía en mente para el monarca ausente no era otro que él mismo. Según informes que circularon después de su muerte, Lisandro estaba haciendo arreglos para una serie de pronunciamientos oraculares «secretos» que serían descubiertos por un joven que hipotéticamente era hijo de Apolo. Una vez revelados, estos oráculos anunciarían un destino terrible para Esparta si la ciudad no abandonaba su diarquía hereditaria y la cambiaba por el gobierno de quien fuera entre todos los ciudadanos «el más adecuado». Este loable plan igualitario se basaba en que Lisandro ya había determinado que la persona más adecuada para gobernar Esparta era él mismo. Ahora se disponía a convencer al resto de Esparta para que aceptara su plan.

De acuerdo con una larga y desacreditada tradición entre los líderes espartanos, Lisandro primero trató de persuadir a la aparentemente imparcial sacerdotisa de Delfos para que presentara un oráculo a su favor. Sin embargo, sus esfuerzos fueron tan torpes que todo lo que obtuvo a cambio fue una queja a los éforos por su conducta. Con el respaldo de los dioses aplazado, Lisandro aún no podía revelar la profecía que exigía que el trono se otorgase a la persona más adecuada, porque primero necesitaba demostrar más allá de toda duda que él era esa persona.

Por supuesto, había una forma más sencilla de hacerse famoso en un estado guerrero: ser un guerrero de renombre. Lisandro dirigió sus esfuerzos entonces a aumentar su ya considerable fama en ese sentido. Lo primero que necesita un aspirante a guerrero es una guerra. Esparta vivía en esos momentos en paz, aparte de la guerra con Persia de la que Lisandro había sido excluido con firmeza. Por fortuna, la situación en Grecia era tal que Esparta tenía una amplia gama de enemigos potenciales a los que un hombre de mala voluntad e influencia política podía provocar. Lisandro eligió a Tebas.

No cabe duda de que Tebas y Esparta tenían, cada una por su lado, una larga y creciente lista de reproches la una contra la otra. Los tebanos se quejaban de que los espartanos interferían en la guerra de la cercana Fócida y que también se entrometían en sus asuntos políticos internos. Los tebanos habían sido los únicos entre los aliados que habían reclamado una parte del botín de la guerra contra Atenas, botín que los espartanos se habían guardado estrictamente para sí mismos.

A su vez, los espartanos estaban furiosos por el papel de Tebas en la restauración de la democracia ateniense. Habían establecido en Atenas un gobierno oligárquico conocido por los historiadores posteriores como los Treinta Tiranos. Los Treinta eran ciertamente tiránicos y, siguiendo el ejemplo de su antiguo patrón Lisandro, intentaron gobernar por medio del terror. Los espartanos fueron cómplices de este terror al aprobar un decreto por el que cualquiera que huyera del gobierno de los Treinta debía ser devuelto a la ciudad para ser castigado, y cualquiera que albergara a tales refugiados sería considerado enemigo de Esparta.

Después de haber sido partidarios de la destrucción total de Atenas, los tebanos decidieron molestar a Esparta convirtiéndose en los protectores de la ciudad y su democracia. Aprobaron un decreto propio declarando que todas las casas de Beocia debían permanecer abiertas para los refugiados atenienses, bajo multa considerable a quien desobedeciera. Además, si alguien cruzaba Beocia con armas o soldados destinados contra la tiranía ateniense, el pueblo de Beocia debía mirar hacia otro lado, según las instrucciones recibidas.

El apoyo tebano fue, por tanto, clave para la revolución democrática en Atenas. Un hombre llamado Trasíbulo reunió a partidarios armados en Beocia y los llevó a la ciudad, donde los Tiranos fueron debidamente derrocados y su líder, Critias, asesinado. La Atenas democrática formó inmediatamente una alianza con Tebas y, como ya hemos visto, abrió relaciones diplomáticas con el rey de Persia.

En resumen, Esparta ciertamente tenía problemas con su contumaz aliado tebano, pero esto no significaba que tuviera que ir a la guerra por eso. No había nada en la disputa con Tebas que no pudiera resolverse mediante una diplomacia paciente. Además, los espartanos podrían haber aceptado que la revolución democrática en Atenas tenía mucho menos que ver con un sentimiento antiespartano que con el disgusto por los métodos y la mala administración de los Treinta. En tal caso, se hubiera podido alcanzar una paz amistosa con Atenas y Tebas. Después de todo, el nuevo gobierno ateniense estaba luchando por la paz y la reconciliación.

En definitiva, la paz era sin duda alguna alcanzable, salvo porque dos poderosos factores actuaban contra ella. Uno era el dinero que los persas inyectaban persuasivamente en los bolsillos de los más belicistas por todos los rincones. El otro era Lisandro, que necesitaba una guerra para conseguir sus propios fines políticos.

La situación favoreció la guerra. La facción de Lisandro convenció a los éforos y a la asamblea de que era necesario someter a Tebas por la fuerza; dada la reciente conducta tebana, es dudoso de que se necesitara mucha persuasión. Por su lado, los tebanos reconocieron que ya no estaban dispuestos a soportar más intimidaciones y reproches de los espartanos. Con Atenas, Argos y Corinto de su lado, y con Persia respaldando abiertamente su causa, los espartanos se las iban a ver difíciles. Ambos bandos sentían lo mismo; es decir, que tenían muchas posibilidades de ganar si iban a la guerra contra una ciudad excesivamente poderosa que se había vuelto demasiado presumida. En tales circunstancias, la paz tenía pocas posibilidades.

La guerra corintia: 395-387 a. C.

La guerra recibe este nombre porque la mayoría de los combates ocurrieron cerca de Corinto. Las ciudades principales del Peloponeso, Corinto, Argos y Esparta, tenían una relación poco saludable. En realidad, Esparta y Argos, que estaban muy cerca, se odiaban. Por ello, en general la política espartana pretendía retener a Corinto a su lado y, de esa manera, mantener a Argos sometida. Sin embargo, la indiferencia de Esparta hacia sus aliados durante y después de la guerra del Peloponeso había alejado a Corinto, que cayó rápidamente en los acogedores brazos de Argos.

Por lo tanto, el principal objetivo de Esparta al ir a la guerra era darle una buena lección a Tebas y, de paso, restaurar el gobierno oligárquico en Atenas. Aparte de esto, y como segunda prioridad, Esparta pretendía romper la alianza de Corinto y Argos. Por otro lado, la principal intención de la alianza organizada contra Esparta era simplemente sobrevivir. Con la guerra, demostrarían –a ellos mismos, al resto de Grecia y sobre todo a la propia Esparta– que los espartanos no eran ni de lejos tan poderosos como pensaban y que las amenazas y el poder militar por sí solos eran insuficientes para convertirla en árbitro de los asuntos griegos.

Los espartanos abrieron las hostilidades avanzando en dos columnas sobre Haliarto, una ciudad pequeña pero estratégica en Beocia, a unos cien kilómetros de Atenas. A la cabeza de una columna iba Pausanias, el rey agíada de Esparta; la otra, en ausencia de Agesilao, que todavía estaba en Anatolia, marchaba bajo la dirección de Lisandro. Hasta ese momento, todo iba según lo planeado por Lisandro. Su intriga bien pudo haber tenido la intención de quitar de en medio no sólo a Agesilao, sino también a Pausanias. El rey agíada era conocido por su moderación y conservadurismo, y no le gustaban las aventuras militares. No hay duda de que Pausanias se habría opuesto violentamente a que Lisandro ejerciera como diarca. En definitiva, si la realeza hereditaria fuera anulada y Lisandro se convirtiera en rey, Pausanias también tendría que irse.

Mucho de esto es especulación, porque por definición las intrigas

tienden a ser secretas. Sin embargo, estas suposiciones dan sentido a lo que, de otro modo, sería un movimiento nada propio de Lisandro. En la guerra contra Atenas, había demostrado ser un comandante casi obsesivamente cauteloso que no atacaba hasta haber manipulado cualquier ventaja a su favor de manera abrumadora. A pesar de que probablemente tenía suficiente apoyo entre la aristocracia espartana para conseguir el poder, Lisandro querría estar por completo seguro de que tendría éxito antes de hacer cualquier movimiento.

Sin embargo, inmediatamente después de haber puesto a la pequeña (pero estratégicamente ubicada) ciudad beocia de Orcómeno en contra de Tebas, el habitualmente cauteloso Lisandro avanzó a toda prisa hacia Haliarto, sin esperar a Pausanias. Fue un movimiento bastante temerario, pero, una vez allí, Lisandro asumió un riesgo aún mayor al acercar peligrosamente a sus hombres a las murallas. Los tebanos se dieron cuenta al instante de que los espartanos estaban mal posicionados y atacaron, lo que provocó importantes bajas en las filas espartanas. La culpa de este revés recayó en Pausanias, a quien los partidarios de Lisandro acusaron de haber llegado demasiado tarde para apoyarlo en el ataque. Se decidió juzgar a Pausanias, quien se enfrentaría a la pena de muerte si era declarado culpable, por lo que éste decidió no correr riesgos y huyó al exilio en Tegea.

Si obligar a Pausanias al exilio había sido el plan maestro de Lisandro desde el principio, entonces ésta fue la razón por la que el general, de suyo cauteloso, se comportara con una osadía tan irracional. Lo que parecía una derrota menor de los espartanos era, en realidad, una operación complejísima que había finalizado con éxito. En teoría, con Pausanias ausente, Lisandro ahora estaría solo al mando.

Sin embargo, el problema de tales operaciones es que, cuanto más complejas son, más se pueden desbaratar. En este caso, al marchar con el ejército demasiado cerca de Haliarto sin apoyo, Lisandro había puesto no sólo a sus tropas en peligro, sino también a él mismo. El ejército sobrevivió, en líneas generales. Lisandro, no. Murió bajo los muros de Haliarto, y con él, por cierto, la información de qué trataba de conseguir exactamente con su

temerario ataque.

Aparte de quitar de en medio a Lisando y Pausanias, el enfrentamiento en Haliarto tuvo otras dos consecuencias importantes. En primer lugar, la alianza ad hoc entre Tebas, Atenas y la coalición argivo-corintia se formalizó mediante un tratado. En segundo lugar, Esparta había perdido en rápida sucesión al rey Agis, a Lisandro y al rey Pausanias. Dado que el hijo de Pausanias era demasiado joven para ser comandante de campo, Esparta quedó fatalmente escasa de líderes. Fue entonces cuando Agesilao fue llamado con urgencia de su guerra en Persia.

El inminente regreso de Agesilao y su ejército obligó a los aliados a actuar. Agesilao marchaba por tierra a través de Tracia y Tesalia, más o menos siguiendo la ruta de los invasores persas casi cien años antes. Otro ejército, comandado por un regente del rey menor de edad, avanzó hacia el norte, fuera de las fronteras del Peloponeso, para unirse a Agesilao. Si no querían quedar atrapados entre los dos ejércitos espartanos, los aliados debían atacar. Dado que los que venían del norte eran soldados veteranos bajo el mando de un comandante experimentado, los aliados decidieron primero probar suerte contra las tropas relativamente inexpertas que subían desde el sur comandadas por un líder bisoño.

La batalla se libró en Nemea, no lejos de Corinto y muy cerca de donde, según la leyenda, Hércules había librado una batalla personal con un león invencible. El combate real fue una lucha hoplita a brazo partido, escenario en que los espartanos sobresalían. La falange espartana se colocó en el sitio de honor, en una formación de batalla griega, esto es, en el flanco derecho. Y, dado que sus enemigos se comportaron bajo las reglas habituales, el resultado no fue sorprendente. Los espartanos derrotaron a las tropas más débiles (en este caso, los atenienses, que ocupaban el flanco izquierdo de las tropas de la alianza), mientras que las falanges inferiores, formadas por los aliados menores de la Liga del Peloponeso, fueron quebrados por los mejores soldados enemigos, los tebanos. Al final, la disciplina espartana marcó la diferencia. Una vez sobrepasados los atenienses, los espartanos se dieron la vuelta para atacar al ala derecha de los aliados. Primero vencieron a los argivos, luego a los corintios y finalmente a los tebanos, cuando

las falanges aliadas perseguían a los derrotados peloponenses de la Liga.

Fue una victoria resonante. También, aparte del considerable valor propagandístico, un sinsentido. Como todo había tenido lugar al sur de Corinto, todavía no había forma de superar el istmo de esa ciudad ni de avanzar hacia el centro de Grecia para encontrarse con Agesilao. Así que el ejército del regente regresó a Esparta mientras los aliados se tomaban su tiempo para lamerse las heridas. Luego, ensangrentado pero indoblegable, decidieron probar suerte contra Agesilao.

Pero, antes del siguiente encuentro militar, llegaron noticias del Egeo. Allí se había estado gestando una batalla naval durante algún tiempo, aunque para una guerra diferente. Los persas, hábilmente asistidos por los atenienses, habían comenzado a reunir una flota para atacar las líneas de suministro del ejército invasor de Agesilao. A su vez, la flota espartana se había armado para evitarlo. Pero, dados los acontecimientos en Grecia, Agesilao canceló la invasión y había replegado a su ejército. Ahora, el papel de la flota espartana era impedir que persas y atenienses recuperaran las ciudades costeras e insulares que Agesilao había dejado atrás.

La flota combinada de chipriotas, rodios y fenicios estaba comandada por el altamente competente y experimentado almirante Conón el Ateniense. Esta alianza antiespartana reunió noventa trirremes y diversas naves menores. A pesar de sus diferentes nacionalidades, tenían algo en común: todos eran remeros experimentados. En la parte espartana había una flota igual –o ligeramente más pequeña– tripulada por remeros mercenarios y lacedemonios inexpertos; al mando estaba el espartano Pisandro, cuya experiencia para enfrentarse a una flota enemiga fogueada y curtida en la batalla se reducía a que era el cuñado de Agesilao.

Dadas las circunstancias, se podía considerar una victoria para los espartanos si la flota sobrevivía al primer encuentro con Conón, cuyos barcos buscaban agresivamente a la flota enemiga. Es probable que los espartanos estuvieran tratando de moverse a lo largo de la costa hacia el norte para acompañar al ejército del rey cuando se encontraron ambas flotas, cerca de la bahía de Cerámico, en el suroeste de Anatolia, no lejos de Cnido, ciudad que da nombre

a la batalla. A Jenofonte, que no era marino, le debemos un relato breve, confuso y oscuro de lo sucedido.

Al parecer, una avanzadilla de barcos de Conón se encontró inesperadamente con la flota principal espartana. Pisandro derrotó fácilmente a estos exploradores y decidió perseguir a los que huían. Pero este movimiento lo llevó directamente al centro de la escuadra aliada, que cayó sobre la desorganizada avanzadilla espartana como un lobo sobre un rebaño de ovejas. Pisandro siguió a su igualmente fracasado predecesor Calímaco a una tumba en el agua. Después de su muerte, los marineros supervivientes huyeron y, desesperados, condujeron los barcos a la playa más cercana y escaparon tierra adentro. Una treintena de barcos espartanos resultaron destruidos en la batalla, pero, dado que los trirremes estaban diseñados para varar regularmente, los que quedaron abandonados en tierra todavía estaban en buenas condiciones. En consecuencia, Atenas agregó cincuenta trirremes a su flota. Volvía así al camino de recuperar su antigua gloria naval.

Para los espartanos, el hecho de construir y perder flotas con regularidad suponía una continua decepción. Ciertamente, además, tampoco se lo podían permitir, ya que Persia había dejado de enviarles dinero. A partir de ese momento, no volvieron a dedicarse a lo naval y abandonaron de hecho los esfuerzos por controlar Jonia.

Tras la batalla, Conón y Farnabazo se embarcaron en un crucero por el Egeo, deteniéndose en todas las ciudades controladas por los espartanos para echar del gobierno a los delegados de Esparta. Capturaron todas las guarniciones que cayeron en sus manos.

Es más difícil encontrar una victoria verdadera en el siguiente suceso de la guerra, ya en el 394 a. C., poco después de que la noticia de la derrota espartana en Cnido llegara al continente. Se trató de un intento de los aliados de entablar combate con el veterano ejército de Agesilao mientras éste avanzaba hacia Beocia. Había un sitio supuestamente más fácil de bloquear: Queronea, lugar que por esa razón misma ha sido testigo de varias batallas a lo largo de los siglos.

Esta batalla de Queronea en particular pareció, al comienzo, una

victoria espartana estándar. La falange espartana del ala derecha se reforzó con muchos veteranos de la marcha de los diez mil, que originalmente se habían unido al rey Agesilao con la esperanza de adentrarse en el corazón de Persia. Formaban una poderosa fuerza de unos doce mil hombres; la parte más débil del ejército eran unos tres mil orcómenos, dispuestos, como dictaba la costumbre, en el flanco izquierdo. Los aliados que se enfrentaron al ala compuesta por los espartanos y los mercenarios veteranos ni siquiera se detuvieron a luchar. Tan pronto como vieron que el enemigo iba en serio, huyeron en busca de seguridad. Agesilao ya estaba reorganizando sus fuerzas para reanudar la marcha cuando descubrió que, en la otra ala, los tebanos habían roto la falange de hoplitas de Orcómeno y estaban saqueando su tren de pertrechos, que incluía más de cien talentos en lingotes saqueados durante la campaña persa, lingotes que de ningún modo podían permitir los espartanos que cayeran en manos de los tebanos.

Se supone que lo que sucedió después se debe a que, por varias razones, a Agesilao realmente no le agradaban los tebanos. Habría sido bastante fácil para él hacer girar el frente de batalla y obligarles a una retirada apresurada. Este movimiento habría salvado el tren de pertrechos y les habría otorgado una victoria indolora. Pero, en lugar de eso, Agesilao colocó su falange justo al otro lado de la línea de retirada tebana, lo que significaba que, para volver a lugar seguro, los tebanos tendrían que abrirse paso a través del ejército espartano.

Al margen de la animosidad personal de Agesilao, existía un buen argumento militar para aplastar a los tebanos. Después de todo, no cabía duda de que Tebas lideraba el desafío a la hegemonía espartana. Eliminar la flor y nata del ejército tebano mutilaría gravemente ese desafío. Había sido Tebas la que provocó la deserción de Corinto de la Liga del Peloponeso y fomentó la rebelión tesalia. Pero, por encima de todos sus pecados, Tebas había restaurado la democracia en Atenas, una democracia que ya estaba juntando los bloques de piedra necesarios para restaurar los muros derruidos de la ciudad.

Ahora, el núcleo del ejército tebano estaba frente al rey de Esparta. La tentación de acabar por completo con ellos debió de ser

irresistible para los espartanos, acostumbrados como estaban a tomar medidas drásticas impávidamente, sin que importara el coste.

En Queronea, sin embargo, eran los espartanos los que iban a tener que pagar si querían derrotar a Tebas. De hecho, iban a pagarlo muy caro. Los tebanos no sólo no se rompieron, ni siquiera se doblaron. En cambio, se defendieron con una ferocidad que impresionó incluso a los espartanos más endurecidos por la batalla. Lo que sólo unas horas antes había parecido una victoria fácil se convirtió en un infierno para Agesilao. Atrapado en medio de la lucha, sólo se salvó de la muerte gracias al sacrificio de sus cincuenta escoltas. Incluso ellos se vieron en tan grandes apuros que no pudieron evitar que los tebanos infligieran una serie de heridas al rey. Al final, los espartanos se vieron obligados a abrir sus filas para dejar pasar a los tebanos.

Los tebanos aprovecharon la línea de retirada con gratitud. Aunque sufrieron bajas por el camino, el grueso de los hoplitas tebanos logró ponerse a salvo. A la mañana siguiente, un Agesilao maltrecho y cubierto de vendas volvió a ofrecer batalla, pero los tebanos la rechazaron. En cierto modo, lo sucedido había sido un modelo a escala reducida de lo que los tebanos habían intentado demostrar con la guerra desde el principio: que podían enfrentarse cara a cara con los espartanos y sobrevivir. Incluso, aunque no ganaran, podían defenderse. Después de haberlo demostrado con denuedo el día anterior, los tebanos no tenían intención de probarse otra vez. El historiador Diodoro Sículo calculó las bajas tebanas en seiscientas y las espartanas, en trescientas cincuenta. Pueden parecer cifras relativamente menores para un enfrentamiento que involucró a unos treinta y cinco mil hombres, pero la mayoría de los espartanos caídos eran esparciatas. Los mejores que la polis tenía para ofrecer, guerreros que no podía permitirse perder.

Durante los siguientes cinco años continuaron las hostilidades, pero ninguna de las partes tenía la fuerza suficiente para asestar un golpe decisivo. Las cosas se desarrollaban de forma parecida a la guerra del Peloponeso, con los espartanos imbatibles en tierra y sus enemigos supremos en el mar. El mayor acontecimiento de estos años fue que la alianza de Tebas y Corinto se hizo tan estrecha que los dos estados eliminaron los mojones limítrofes entre sus

territorios y adoptaron un gobierno común. Era un gobierno democrático, lo que provocó una avalancha de indignados aristócratas corintios sobre Esparta y unas enérgicas campañas, aunque poco concluyentes, alrededor de Corinto.

Era ya evidente que, como en la guerra del Peloponeso, el dinero iba a ser el factor decisivo. En consecuencia, tanto los espartanos como los tebanos comenzaron a cortejar a los persas. Lo hicieron con una obsequiosidad que habría pasmado y dado asco a los espartanos que habían luchado en las Termópilas un siglo antes.

Los espartanos alegaron que los atenienses, bajo el mando de Conón, estaban usando la flota patrocinada por los persas para reconstruir su imperio en el Egeo. También sugirieron un acuerdo de paz más general sobre la base de que ninguna ciudad griega debería dominar a otra. Los atenienses se negaron a aceptar estos términos, quizá precisamente porque estaban empezando a reafirmar su poder naval. En segundo lugar, la idea de que ningún estado debía dominar a otro resultaba ridícula, más cuando Esparta era una gran potencia precisamente porque dominaban Mesenia gracias a la fuerza bruta y el terror.

Sin embargo, los persas quedaron convencidos por el argumento espartano, hasta el punto de que el sátrapa Tiribazo arrestó a Conón (aunque más tarde escapó). Aun así, se mostraron también favorables al lado tebano, y Tribón, el exasperado líder espartano en Anatolia, comenzó a tratar a los persas como a enemigos. Devastó sus posesiones hasta que murió en una emboscada. Naturalmente, las ciudades griegas de Jonia aprobaban las actividades de Tribón y apoyaron a los espartanos, por lo que durante un tiempo el imperio persa tuvo una animada guerrita local en curso en sus fronteras occidentales.

Es probable que fuera esta guerrilla lo que finalmente convenció a los persas de presionar seriamente a Atenas para que pusiera fin a la guerra. Es verosímil que hubiesen acordado de antemano con Esparta que las escaramuzas en Anatolia debían terminar y que el control de las ciudades griegas de Asia Menor sería entregado a Persia en cualquier acuerdo de paz. Con los espartanos a bordo, Persia presentó un ultimátum a los atenienses: o hacían las paces o se enfrentaban a Esparta y Persia juntas.

Atenas y sus aliados no tuvieron más remedio que echarse atrás. Los atenienses no estaban dispuestos a repetir las etapas finales de la guerra del Peloponeso, y los tebanos sabían que, sin los barcos atenienses, tendrían problemas para contener a Esparta, incluso con el apoyo de Argos. De todos modos, este apoyo era menos valioso de lo esperado. La fusión de los argivos con Corinto estaba resultando problemática, porque la ciudad-estado que había resultado de ella estaba casi paralizada por las luchas políticas internas.

Al final, Esparta consiguió lo que quería. Los tebanos se vieron obligados a retirarse de la coalición, y Atenas volvió a sentirse intimidada. Corinto se disgregó de Argos y se convirtió de nuevo en una ciudad independiente, una vez más controlada por los espartanos en la Liga del Peloponeso. Todo lo que había necesitado Esparta para esta «victoria» fue devolver las ciudades de Jonia a los persas. Era una buena paz para los espartanos, pero difícilmente podían enorgullecerse. Tan obvio había sido el poder de la intervención persa, y tan claramente el tratado final los favoreció, que a veces este acuerdo es conocido como «la Paz del Rey», en honor a Artajerjes, que fue quien esencialmente dictó los términos. La imagen de Esparta como lacaya de los persas no era buena para la ciudad como carta de presentación ante el resto de Grecia y, como resultado, el prestigio espartano descendió aún más.

Persia fue la ganadora absoluta en la guerra de Corinto. La amenaza de una posible invasión de Agesilao había sido eliminada, y los ejércitos espartanos se habían retirado a Grecia, donde se habían consumido atacando a otros griegos y soportando ataques despiadados por parte de éstos. Atenas había sido restaurada como contrapeso de Esparta, pero tenía demasiado miedo a Persia para mostrarse hostil. Y, sobre todo, los persas ahora tenían el control indiscutible de Jonia. Con esas ciudades griegas bajo su firme dominio, las tropas persas ya podían actuar contra las rebeliones en otros sitios. Éstos incluían a Egipto, que fue conquistado de nuevo en el 380 a. C. Es cierto que, a cambio, Persia tuvo que ceder el dominio de la tierra firme griega a los espartanos, pero, en todo caso, en el siglo IV Persia ya había abandonado los planes de expandirse por Europa.

El camino a Leuctra

En el territorio continental griego, es probable que Esparta fuera ahora más poderosa que nunca como Estado, pero había dos diferencias importantes entre la Esparta contemporánea y la Esparta de un siglo atrás. La primera era que, hasta la guerra del Peloponeso, Esparta había sido admirada y respetada, mientras que, tras la guerra de Corinto, fue en gran parte despreciada y temida. Esto no auguraba nada bueno si tenemos en cuenta que, además, ahora había muchos menos esparciatas para hacer cumplir la voluntad de la nación. Tampoco ayudó que los espartanos continuaran con el mismo enfoque obstinado de la diplomacia que había provocado la guerra. Según Jenofonte: «Los espartanos decidieron castigar a los aliados que se habían mostrado más inclinados hacia sus enemigos en la guerra reciente y ponerlos en una situación en la que no pudieran volver a ser desleales» (Jenofonte, Helénicas, 5.2).

Los primeros en sufrir esta política de disciplina fueron los habitantes de Mantinea. Ésta, nación bajo el control de Esparta durante mucho tiempo, fue acusada de vender cereales a Argos durante la anterior guerra, y también de no suministrar tropas suficientes, luchando con indiferencia y sólo cuando era indispensable. En consecuencia, se ordenó a los mantineanos que derribaran sus murallas y que se dispersaran en aldeas separadas. Cuando la gente se negó, indignada, Agesilao se llegó con un ejército para forzar el cumplimiento de la orden. El ejemplo de Mantinea fue suficiente para que otros miembros de la Liga del Peloponeso aceptaran los castigos que Esparta considerara oportuno imponer.

Con la Liga del Peloponeso ahora unida (aunque poco leal), Esparta podía permitirse expandir su poder en otras direcciones. Se aventuró entonces a una campaña exitosa en Calcídica, en el norte de Grecia, aunque los tebanos rechazaron sumar tropas para ayudarlos. Esta negativa tuvo consecuencias de gran alcance, amén de la ofensa que significó para Esparta: el ejército espartano debía

pasar por Tebas para ir y venir al norte de Grecia, y en una de esas ocasiones se presentó una oportunidad singular.

Como era habitual en las ciudades griegas, Tebas tenía episodios regulares de conflictos civiles. Ahora, con los espartanos cerca, los cabecillas de una facción en particular se acercaron al comandante espartano con una oferta extraordinaria. Los tebanos estaban celebrando un festival llamado Tesmoforias y, como parte de ese festival, la Cadmea de Tebas –que tenía el mismo papel que la Acrópolis en Atenas– se entregaba a las mujeres de la ciudad. La Cadmea era la característica geográfica dominante de la ciudad y el centro religioso, y también la fortaleza de último recurso.

Lo que el líder de los renegados tebanos ofreció a Fébidas, el comandante espartano, fue una oportunidad de tomar la ciudadela y así tener a Tebas a su merced. Todo lo que quería a cambio era gobernar Tebas, y así tener la satisfacción de ejecutar a sus enemigos. Fébidas aceptó la oferta y llevó a sus hombres a la Cadmea en secreto. Una vez que la ciudadela estuvo en manos espartanas, Fébidas se convirtió en amo de la ciudad, sobre todo porque en el proceso de tomar la Cadmea había hecho rehenes a todas las mujeres principales de Tebas. En una mañana y bruscamente, la segunda ciudad de Grecia y el rival más cercano de Esparta se habían convertido de repente en marionetas. Éste fue un golpe importante, pero tendría graves repercusiones.

La reputación de Esparta conforme a su honestidad e integridad inquebrantables había quedado mermada tras su cooperación con Persia durante la guerra del Peloponeso. Luego, había caído aún más después de la guerra de Corinto, al entregar las ciudades de Jonia a Persia a cambio de su predominio en tierra firme. Ahora, Grecia esperaba a ver qué hacía Esparta con respecto a la conducta de Fébidas en Tebas.

Debe recordarse que, en primer lugar, Tebas había jurado un tratado de paz con Esparta y no había hecho nada para violar los términos. Los dos estados no estaban en guerra, y Tebas no había dado ninguna razón para ella. En segundo lugar, la toma de la Cadmea había profanado los ritos de un importante evento religioso, lo que suponía un grave acto de blasfemia que horrorizó al resto de Grecia. ¿Apoyaría el gobierno de Esparta, que con tanta

frecuencia y vehemencia se proclamaba el estado más devoto de Grecia, esta violación a Deméter?

La respuesta espartana fue un ejercicio mesurado de hipocresía. Fébidas fue juzgado por agresión contra un estado con el que Esparta estaba en paz y por sacrilegio por haber violado los ritos de Deméter (lo cual no era de ningún modo un cargo menor). En este juicio, el propio rey Agesilao dirigió la defensa. Los comandantes espartanos, argumentó, siempre habían sido entrenados para actuar en el mejor interés de Esparta mientras estaban en el campo de operaciones. Por lo tanto, lo que debían preguntarse los jueces no era si lo que había hecho Fébidas estaba bien o mal, sino si había actuado en beneficio de Esparta. Si esto era así, como resultaba evidente, entonces el militar simplemente había seguido las instrucciones dadas a todos los comandantes en campaña, y ningún espartano debía ser castigado por obedecer órdenes.

Al final, a pesar de los esfuerzos de Agesilao, Fébidas fue declarado culpable, pero esto fue poco más que migajas para la opinión pública de toda Grecia. Le impusieron una pequeña multa y se retiró temporalmente de la vida pública (más tarde regresó a un puesto de mando, cuando se calculó que el alboroto había cesado). A partir de entonces, los espartanos sostuvieron que, aunque lo que había hecho Fébidas estaba mal, lo hecho estaba hecho y no había vuelta atrás. Así, una guarnición espartana permanecería en la Cadmea. Plutarco comenta: «Esto mostró a los griegos una increíble inconsistencia. Castigaron al malhechor, pero respaldaron sus hechos» (Plutarco, Vidas paralelas, «Pelópidas»).

Al devoto Jenofonte no le cupo duda de que esta decisión fue la causa inmediata de la caída de Esparta:

Los dioses toman nota infaliblemente de la maldad y de las acciones impías [...] Los espartanos, que habían jurado dejar los estados [de Grecia] autónomos, tomaron posesión de la Cadmea de Tebas. Por esto fueron castigados, y por el mismo pueblo al que tanto habían agraviado.

(Jenofonte, Helénicas, 5.4.1)

Si el devoto y abiertamente filoespartano Jenofonte lo sintió de esta manera, entonces no cabe duda de que muchos espartanos sintieron lo mismo, aparte de la indignación habida en el resto de Grecia. Esparta había violado los juramentos hechos al final de la guerra de Corinto. Todos lo sabían, y los espartanos realmente eran un pueblo temeroso de los dioses. No pudo ser un pensamiento agradable para los que posteriormente entraran en batalla el saber que habían ofendido a sus dioses y que el castigo aún estaba pendiente.

Durante los cuatro años siguientes, una paz incómoda se mantuvo en Grecia, con la única excepción de una exitosa acción espartana contra la ciudad de Olinto, en el norte. La situación en Tebas era particularmente tirante, porque el pueblo tebano estaba molesto con la dominación espartana y el gobierno títere que la servía. No ayudaba tampoco que algo más allá del macizo de Citerón, en el Ática, hubiera un núcleo de exiliados democráticos que habían huido de Tebas en el momento de la conquista. Los atenienses estaban agradecidos a estos hombres por su papel en la restauración de la democracia y continuaron protegiéndolos obstinadamente, incluso ante las exigencias espartanas de que regresaran a Tebas y un intento de asesinato por parte del gobierno. Finalmente, los exiliados contraatacaron.

El gobierno de Tebas se había vuelto cada vez más represivo y tiránico, seguro al saber que la guarnición espartana en la Cadmea los protegería de represalias por cualquier atrocidad que cometieran. Así las cosas, alguien sugirió una fiesta en la que los principales hombres del gobierno tebano serían «entretenidos» por las esposas y las hijas de las familias principales de la ciudad. Después de muchas protestas horrorizadas, se acordó que la fiesta seguiría adelante, pero para proteger el buen nombre de las damas no habría ningún criado presente. Además, ellas llegarían cubiertas para que nadie conociera su identidad hasta que estuvieran a solas en el comedor con los políticos tebanos, quienes «esperaban una velada muy agradable», como comenta Plutarco con ironía.

Cuando llegó el momento de quitarse los velos, descubrieron que la

carne joven que encubrían las capas era masculina, armada y sin muchas inclinaciones románticas. Por fortuna, la fiesta había sido planificada con tiempo, por lo que los asesinos tuvieron tiempo de coordinar sus acciones con los atenienses, cuyo ejército apareció a las puertas de Tebas justo cuando los ciudadanos descubrieron que sus gobernantes actuales estaban muertos. Esto puso a la guarnición espartana en la Cadmea en una posición difícil. Podían lidiar con el pueblo rebelde de Tebas o con el ejército ateniense, pero no con los dos a la vez.

Finalmente, el comandante de la guarnición espartana negoció un acuerdo: él y sus hombres podrían irse sin ser molestados. Sin embargo, el salvoconducto no se aplicaba a los antiguos lacayos de la tiranía tebana que habían buscado refugio con los espartanos. Fueron sacados de las filas de la guarnición y asesinados en el acto. Tal era el odio por la tiranía que se les había impuesto con la complicidad de Esparta, que la turba también mató a las esposas e incluso a los hijos de sus antiguos opresores.

Los espartanos no podían aceptar lo que consideraban un insulto. Para empezar, ejecutaron al comandante de la guarnición en la Cadmea por abandonar su puesto, y luego enviaron un ejército a Beocia. Significativamente, este ejército no iba comandado por Agesilao. Sin duda, los éforos eran de la opinión de que su conocida animadversión por los tebanos causaría más problemas de los que podría resolver. En su lugar, se puso al mando al entonces rey euripóntida, un hombre llamado Cleómbroto.

Cleómbroto no consiguió mucho en la campaña, salvo patrocinar un temerario intento de apoderarse de El Pireo en Atenas, de la misma manera que Fébidas había conseguido la Cadmea en Tebas. El golpe fracasó, para gran vergüenza de los espartanos, que procesaron debidamente a quien había instigado el ataque. Gracias a la intervención de Agesilao, Cleómbroto fue absuelto; no fue acusado, pero quedó desacreditado. El mando de la guerra contra Tebas fue transferido a Agesilao, decidido a que la fingida guerra librada por su predecesor había terminado.

La incursión imprudente contra Atenas también tuvo otra consecuencia. Los atenienses lamentaron su apoyo a Tebas, hasta el punto de matar a uno de los generales que dirigieron el ataque a la

Cadmea, forzando al otro al exilio. Pero, como parecía que esta retractación no había logrado apaciguar a los espartanos, los atenienses eligieron la dirección opuesta y se aliaron con los tebanos. Y es un detalle importante, porque los atenienses habían logrado construir por sí mismos una pequeña confederación de aliados muy práctica. La diplomacia ateniense se había esforzado por dejar claro que esta nueva alianza era una asociación entre iguales y que no se retornaría a los días de dominación ateniense con la Liga de Delos. Como resultado, la ciudad se había aliado con Eubea y las pocas ciudades de Jonia que no estaban bajo dominación persa.

Los tebanos no estaban preparados para enfrentarse a Esparta en una batalla abierta. Durante el primer año, dedicaron sus esfuerzos a limitar los intentos de Agesilao de saquear sus tierras. Cuando el rey se marchó, dejó al mando del ejército en Beocia nada menos que al supuestamente deshonrado Fébidas, que había iniciado todo el problema al capturar la Cadmea de Tebas. Fébidas continuó con las depredaciones hasta que los tebanos, exasperados, reunieron un ejército y marcharon sobre la ciudad de Tespis, que Esparta había estado usando como base. Desde que Agesilao se había marchado con gran parte del ejército espartano, Fébidas había dependido de peltastas mercenarios y de hoplitas de Tespis. Estas fuerzas obligaron a los tebanos a un repliegue, pero, cuando la caballería tebana se volvió contra ellos, los mercenarios rompieron filas y Fébidas fue muerto. En Grecia, aquellos que tenían esa inclinación anotaron un tanto para Deméter en la venganza por la violación de sus ritos.

La siguiente temporada de campaña encontró a Agesilao de regreso en Beocia y aún más decidido a infligir un grave daño a los tebanos. Sin embargo, éstos estaban igualmente resueltos a evitar la batalla a menos que fuera en un terreno que les favoreciera. Agesilao sentía ahora, tras la experiencia previa, demasiado respeto por la infantería tebana como para luchar en esos términos, por lo que no hubo choque de ejércitos. En cambio, otra nueva guerra se arrastró hasta un punto muerto. Con Agesilao incapaz de marchar a la campaña los años siguientes, las hostilidades fueron lideradas por Cleómbroto, cuya falta de beligerancia fue tan marcada que incluso sus hombres le preguntaron si todavía estaban en guerra.

Atascados en tierra firme, los espartanos intentaron apartar a los atenienses de su alianza con Tebas dificultando las cosas en el mar. Como respuesta, los atenienses aplastaron el posible renacimiento naval espartano en Naxos, hundiendo o capturando la mayor parte de la flota enemiga. Esta demostración de poderío naval del poder ateniense aumentó el tamaño de su alianza a unas setenta ciudades, tanto importantes como, en su mayoría, menores. A estas alturas, había un sentimiento generalizado en Grecia de que Esparta estaba fracasando. Los espartanos necesitaban una evidencia concluyente que demostrara que seguían siendo la potencia dominante en Grecia. Lamentablemente, los esfuerzos por demostrarlo tuvieron el efecto opuesto.

Capítulo 9

El desastre de Leuctra

Pelópidas y Epaminondas

Uno de los problemas de la realeza espartana, diagnosticado con precisión por Lisandro y antes por el regente Pausanias, era su carácter hereditario. Esto ciertamente evitaba la mayoría de luchas por el poder, ya que generalmente sólo había uno o dos candidatos para asumir la dignidad de rey en cada uno de los dos linajes reales de la diarquía. Por otro lado, significaba que aquellos que no eran de sangre real, aun si eran los más adecuados para el cargo, se encontraban con un barrera infranqueable para llegar al puesto de más alto rango.

En Atenas, por el contrario, un Pericles o un Trasíbulo podían ascender hasta liderar el Estado o ser despiadadamente eliminados por el electorado si no cumplían con sus expectativas. En Esparta, la calidad de un rey dependía de la tirada de un dado genético. Competente o no, una vez elegido, un rey tendía a permanecer en el poder hasta que moría o hasta que su incompetencia lo obligaba a exiliarse (momento en el cual el daño ya estaba hecho). Como resultado del sistema, Esparta tenía un déficit de liderazgo. En ese momento, el Estado estaba dirigido por un anciano con mala salud y por un hombre que, en el mejor de los casos, se había mostrado reacio a luchar y, en el peor, realmente medroso.

Mientras tanto, en una Tebas libre de monarquías, una pareja se había alzado para liderar el Estado. Se trataba de dos aristócratas que habían trabajado en estrecha colaboración desde que uno de ellos, Epaminondas, le había salvado la vida al otro, Pelópidas, en

una batalla irrelevante cerca de Mantinea. (Posiblemente, ambos servían en el contingente tebano convocado por Agesilao para participar en su acción contra Mantinea al final de la guerra de Corinto). Estos hombres eran partidarios de la democracia y habían huido a Atenas después de la toma espartana de la Cadmea. Como líderes de los exiliados, jugaron un papel decisivo en el complot que condujo a la desaparición del liderazgo títere tebano y a la restauración de la democracia. Fueron Pelópidas y Epaminondas quienes pidieron paciencia frente a las repetidas invasiones espartanas que devastaron el territorio tebano. Quizá se dieron cuenta de que con estas invasiones los espartanos estaban rompiendo una de sus propias reglas de guerra: que no debían hacer campaña contra ningún estado durante varios años seguidos, para que la gente no se familiarizara con sus métodos ni se acostumbrara a luchar contra su ejército.

A estas alturas, Tebas llevaba batallando intermitentemente contra Esparta durante casi una generación. En el período en que los espartanos ocuparon la Cadmea, los tebanos se vieron obligados a luchar junto a ellos en el norte de Grecia, experiencia gracias a la cual habían visto la máquina militar espartana desde dentro. Para contrarrestar a la escolta del rey, formada por esparciatas de élite, los tebanos formaron un cuerpo equivalente de trescientos hoplitas, más tarde conocido como el Batallón Sagrado. En años posteriores, se sostuvo que el Batallón Sagrado estaba formado por ciento cincuenta parejas de amantes varones que luchaban codo con codo y preferían la muerte a deshonrar su amor por cobardía o derrota.

Algunos historiadores modernos han expresado su escepticismo acerca de la formación del Batallón, dado que contrasta marcadamente con las normas del despliegue militar griego y de las relaciones homosexuales. Sin embargo, los historiadores contemporáneos de Grecia parecen haber aceptado la composición del Batallón como un hecho dado y, en ausencia de pruebas contrarias, haremos lo mismo aquí. En cualquier caso, lo importante del Batallón no es la disposición amorosa de sus integrantes, sino que estos guerreros lograron una competencia militar igual a lo mejor de Esparta, y esto fue emulado, aunque en menor medida, por el resto del ejército tebano. Incluso sin el ejemplo del Batallón, los repetidos enfrentamientos con los espartanos convirtieron a los

soldados tebanos en un cuerpo de veteranos.

Ésta es la razón de lo que Antálcidas el Espartano le dijo a Agesilao cuando regresó de Beocia herido en la batalla. «Éstos son los honorarios que los tebanos están pagando a su maestro, ya que los instruyes en la guerra, aunque ellos no querían luchar».

(Plutarco, Vidas paralelas, «Pelópidas»)

La batalla de Orcómeno (Tegira): 375 a. C.

Ya se sabe que Queronea ocupaba un sitio estratégico en Beocia. Lo mismo sucedía con Orcómeno, una pequeña ciudad no muy lejos de Queronea, al este. Cuando Pelópidas se enteró de que la guarnición espartana de Orcómeno se había marchado hacia el norte para participar en otras campañas, tomó la decisión de retomar esta importante posición. El plan fracasó porque, mientras todavía estaba en camino a Orcómeno, Pelópidas descubrió que los espartanos habían reforzado la ciudad con tropas frescas de Lacedemonia para compensar a los soldados desplazados.

Por el contrario, mientras se retiraba a Tebas, Pelópidas se topó con esas mismas fuerzas espartanas que habían estado desplegadas en el norte. Habían completado sus operaciones y regresaban a Orcómeno. El resultado fue menos una batalla planificada que una violenta colisión. Está claro que los espartanos no se habían desplegado para la batalla, ya que los relatos describen que los polemarcos –los comandantes de las unidades espartanas– estaban muy cerca unos de otros. Esto quiere decir que estaban a la cabeza de columnas paralelas, porque, si su falange hubiera sido desplegada, los polemarcos habrían estado a cierta distancia. Las fuerzas espartanas superaban considerablemente en número a los tebanos, quienes supuestamente tenían la ventaja de una mejor

tarea de reconocimiento. Esto significaba que, aunque no había posibilidad alguna para Pelópidas de evitar la batalla, sí tenía unos minutos extra cruciales para prepararse. Cuando uno de los tebanos comentó con temor que habían caído directamente en manos de los espartanos, Pelópidas contestó con brusquedad: «¿Y por qué no decir que han caído ellos en las nuestras?».

La clave de la batalla sería atacar a los lacedemonios antes de que pudieran prepararse. Había sólo trescientos tebanos, casi con certeza el Batallón Sagrado con un buen número de caballería de apoyo, y no se conoce el número de espartanos. Plutarco cita sus fuentes dando las diferentes cifras de quinientos, setecientos y novecientos, y tampoco sabemos cuántos de ellos eran esparciatas, lacedemonios de otras ciudades u orcómenos aliados. Sin embargo, había al menos un contingente espartano sustancial, y es probable que la diferencia en los números se deba a que algunos historiadores contemporáneos sólo se interesaban por los hoplitas y no se molestaron en contar las tropas auxiliares. Por lo tanto, una suposición provisional podría ser que quinientos espartanos (como máximo) y otros doscientos soldados de contingentes aliados se enfrentaran a una fuerza de trescientos tebanos más sus tropas ligeras y caballería.

Pelópidas ordenó a la caballería que se lanzara inmediatamente al ataque, y al Batallón Sagrado que la siguiera de cerca. Ésta es otra indicación de que los espartanos no se habían colocado correctamente, porque una carga de caballería contra una línea hoplita bien formada no tiene sentido. Parece que la caballería golpeó a los polemarcas mientras organizaban sus líneas, y ambos hombres fueron muertos. Y, pisando los talones a la caballería, llegaron los trescientos del Batallón, formados en buen orden.

Los espartanos supusieron que la intención de los tebanos era buscar seguridad, como lo habían hecho en Queronea, por lo que abrieron las filas para dejar pasar a los hoplitas a la carga. Pero, en cambio, los tebanos se plantaron y lucharon, haciendo cargas selectivas contra cualquier unidad espartana que pareciera estar en apuros para lograr la formación adecuada. Sin líderes, desorganizados y asustados por lo repentino y feroz del ataque, las líneas espartanas se rompieron, y los soldados huyeron en busca de

seguridad a la cercana Orcómeno.

Fue una victoria notable para los tebanos. En Esfacteria, en la guerra del Peloponeso, una fuerza de hoplitas espartanos había sido derrotada por tropas ligeras utilizando tácticas irregulares, y en Queronea los tebanos habían luchado por un tiempo a puño cerrado con los espartanos sin deshonrarse. Pero aquí, en Tegira, una fuerza de hoplitas tebanos había puesto en fuga a un número superior de espartanos. Plutarco resume el significado de esta victoria:

Los lacedemonios nunca antes habían sido vencidos por un enemigo al que superaban en número. Ni siquiera habían sido derrotados en batalla cuando los ejércitos estaban igualados. Debido a esto, cuando se trataba de un combate cuerpo a cuerpo, la moral de los espartanos era irresistiblemente alta, mientras que sus enemigos estaban aterrorizados tan sólo por la reputación de los espartanos y se sentían superados. Fue esta batalla [en Tegira] la que enseñó por primera vez a los demás griegos que los combatientes imbatibles no tenían necesariamente que criarse en las orillas del Eurotas [siendo el Eurotas el río que atravesaba Esparta].

(Plutarco, Vidas paralelas, «Pelópidas»)

Algún tiempo después, los espartanos hicieron un esfuerzo poco entusiasta por reafirmar su poder naval. Decidieron comenzar el proyecto en la costa oeste de Grecia, lejos de los atenienses. Con sesenta trirremes de sus aliados, se dispusieron a tomar la ciudad isleña de Córcira, donde unos aristócratas locales desafectos habían prometido entregársela si llegaban con una fuerza adecuada. Aunque los espartanos afirmaron que su flota sólo se detenía en una visita de buena voluntad de camino a Sicilia, la democracia de Córcira no se dejó engañar. Los líderes enviaron mensajes inmediatamente a Atenas en busca de apoyo y se negaron a abrir las puertas de la ciudad. Acto seguido, los espartanos abandonaron todo disimulo y comenzaron un ataque contra la ciudad.

El asedio no salió bien. La fuerza espartana se vio afectada por la mala disciplina, principalmente debido a la falta de pago. Dado que su comandante había recibido buenos fondos para la operación, hay buenas razones para suponer que tenía la intención de malversar la mayor parte de la paga de los guerreros en beneficio propio. Cuando una fuerza ateniense bien armada y entrenada llegó a la isla, descubrieron que los locales ya se habían deshecho de la desmoralizada fuerza espartana por sí mismos con una sola salida oportuna. El comandante espartano había muerto y su flota, tras apoderarse del botín que había obtenido hasta el momento, se había dispersado a sus puertos de origen. Fue un final sin gloria para una empresa indigna. Una vez más, los invencibles espartanos habían revelado tener los pies de arcilla.

En este punto, la guerra se empantanó en una serie de acciones menores mezcladas con complejas políticas entre las distintas polis. Finalmente, en el 371 a. C., aparecieron los persas. Les gustaba bastante el statu quo actual en Grecia, y sus intervenciones calculadas en favor de cada bando tenían como objetivo mantener a los griegos en igualdad y enfrentados los unos a los otros. Sin embargo, no querían que se debilitaran tanto como para que algún estado pudiera colapsar completamente bajo el poder de otro. Es decir, los persas no querían que cayera Esparta, de la misma manera, tampoco querían que Esparta destruyera Tebas, sin dejar ningún contrapeso para una Atenas cada vez más segura de sí misma. Y ciertamente no querían que Atenas y Esparta aunaran fuerzas contra Tebas. (Esto último también era posible porque, aunque Tebas y Atenas eran actualmente aliadas, los atenienses se sentían incómodos con la forma en que Tebas subordinaba al resto de Beocia). Los persas pensaban que era hora de que todos dieran un paso atrás.

Los tebanos compartían la creciente confianza en sí mismos de los atenienses. Cuando se le presentó un tratado de paz, Pelopidas insistió en firmar no sólo por Tebas, como antes, sino en nombre de los beocios en general. Dado que los espartanos querían que las ciudades de Grecia fueran autónomas, por supuesto se negaron a permitir que una ciudad hablara por toda una región. Sin embargo, para el lado tebano, el reconocimiento de la independencia de las ciudades de Beocia anularía todos los avances que Tebas había

logrado para obtener el control de la región, y eran reacios a hacerlo.

Así, cuando se le dijo que cada ciudad beocia debía firmar por sí misma, Pelópidas respondió que no veía a ningún delegado mesenio presente para representar a su pueblo oprimido. El argumento de que la ocupación espartana de Mesenia era un caso especial fue rechazado por descarada hipocresía, y las conversaciones de paz se interrumpieron con acritud. Sin embargo, la diplomacia espartana se esforzó en esta conferencia hasta tal punto que lograron hacer las paces con las otras ciudades de Grecia. Y esto comportó que Tebas quedase ahora como único foco de la maliciosa atención de Esparta.

Para Esparta, había llegado la hora de hacer algo con Tebas. Si no se podía lograr con la diplomacia, no importaba, pues, en cualquier caso, los espartanos se sentían más cómodos haciendo valer su voluntad en el campo de batalla. En consecuencia, Cleómbroto avanzó hacia el norte con un considerable ejército. Era tan urgente la necesidad de disciplinar a los tebanos que los espartanos ignoraron a quienes les advertían que una vez más no estaban practicando lo que predicaban. Si defendían la autonomía de las ciudades griegas, debían consultar a sus aliados. Entonces, aquellos que quisieran unirse a la campaña podrían enviar tropas (o, como el ejército ya estaba reunido, aquellos que no quisieran participar en esta lucha deberían tener la oportunidad de retirar a sus soldados).

En el afán por ir a la guerra, los líderes espartanos desatendieron este consejo y el ejército marchó hacia el norte. Resultó ser un error crucial, ya que significaba que iban a la guerra con un talón de Aquiles intrínseco: los aliados que no querían estar allí. Es más, éstos no querían enfrentarse a los mismos tebanos disciplinados y altamente motivados que habían derrotado a los espartanos en Tegira.

Leuctra: 371 a. C.

La leyenda cuenta que, tiempo atrás, mucho antes de que tebanos y

espartanos se enfrentaran en Leuctra, otros espartanos y tebanos habían tenido un desafortunado encuentro en el mismo lugar, una pequeña aldea a unos diez kilómetros de Tebas. Un grupo de jóvenes espartanos se había topado con un hombre llamado Esquedaso, que acompañaba a sus hijas en un viaje. Los jóvenes los habían atacado y además habían violado y asesinado a las muchachas. El padre se presentó repetidas veces ante los espartanos reclamando justicia, pero todas sus súplicas fueron ignoradas. Por fin, puso el asunto en manos de los dioses, maldiciendo a los espartanos mientras se suicidaba junto a las tumbas de sus hijas.

A partir de entonces, «Temed la ira de Leuctra» fue una profecía común en Esparta. Sin embargo, había varios lugares en Grecia llamados Leuctra y muchas profecías espantosas flotando en el aire, la mayoría de las cuales no se cumplieron. Y por eso mismo los espartanos no hicieron caso de ésta, hasta que el entendimiento les llegó mucho después del evento.

Cleómbroto se presentó en Leuctra tras haber cruzado Beocia desde un punto más al este de lo esperado. Esto causó cierta consternación entre los tebanos, que habían estado esperando en Queronea. La alarma fue aún mayor porque Cleómbroto parecía mostrar signos sin precedentes de agudeza militar y porque el ejército espartano era más grande de lo esperado. Como de costumbre, las fuentes dan cifras diferentes, pero la mejor estimación debe de ser la evaluación de Plutarco de alrededor de nueve mil en el lado tebano y diez mil en el lado espartano. Es importante destacar que el «lado espartano» estaba muy lejos de ser todo espartano, y que en el lado tebano participaban muchos aliados, voluntarios o no, del resto de Beocia.

Dada la importancia crucial de los acontecimientos de Leuctra para la historia posterior de Esparta, es una lástima que nuestras fuentes sean tan imprecisas. Plutarco, que no era militar, trató la batalla en un solo párrafo. Jenofonte sí era soldado, y más que capaz de proporcionar un análisis experto, pero también era muy filoespartano y es evidente que le causa un gran dolor mencionar la batalla (como también la anterior en Tegira, que pasa por alto con un silencio desdeñoso). Por tanto, no tenemos más remedio que recurrir al relato de Diodoro Sículo, que parece más interesado en los diversos portentos y profecías preestablecidas que en la batalla

misma.

Para los protagonistas de la época, el ejército espartano era un valor establecido. El mando de Cleómbroto sería sólido y carente de originalidad, y el valor en la batalla de los hoplitas estaba fuera de discusión. Por lo tanto, claramente la batalla dependería de dos factores por el lado tebano: quedaba por ver qué podía hacer Epaminondas como general, y nadie sabía cómo saldría airoso de la batalla su desconcertado ejército.

El núcleo de ese ejército estaba formado por los trescientos del Batallón Sagrado. Si bien ese número no parece muy alto, debe tenerse en cuenta que el eje del ejército espartano, los esparciatas, eran sólo setecientos. Como comentaría Aristóteles más tarde, se trataba de una caída asombrosa en la cantidad de espartanos de pleno derecho en comparación con unas pocas generaciones antes. El resto del ejército estaba formado por periecos, espartanos inferiores y aliados.

Los aliados habían estado luchando contra los tebanos, los atenienses y otros estados durante casi una década, mientras Esparta intentaba mantener su hegemonía en Grecia a través de la fuerza bruta. Y este intento había fracasado, de forma que ahora los aliados se veían obligados a luchar una vez más, y no era una tarea que vieran con entusiasmo.

Las primeras escaramuzas fueron a favor de los peltastas mercenarios, veteranos de Esparta. Parece que los tebanos utilizaban hombres a tiempo parcial en este papel: porteadores de equipaje, carreteros y otros del tren de pertrechos. Estas tropas ligeras e irregulares comenzaron a retirarse a la cercana Tebas. Entretanto, los espartanos siguieron avanzando, lo cual fue un error. Hierón, el comandante de las tropas ligeras, murió, y los escaramuzadores tebanos se vieron obligados a volver a la batalla para aumentar el número del ejército principal.

Mientras tanto, Cleómbroto aprovechó la oportunidad para inspeccionar el despliegue tebano. Se dio cuenta de que la formación de hoplitas en el flanco izquierdo era inusualmente profunda. Sus propios hombres formaban conforme a lo habitual, en doce filas de profundidad, mientras que los tebanos parecían haber

elegido una formación al menos tres veces más profunda. Este despliegue solía ser un signo de falta de confianza en la capacidad de lucha de una falange. Aparte de los hombres en las primeras filas, el resto estaba allí para agregar masa y hacer más difícil romper la formación y huir.

Ya que los tebanos habían formado en profundidad y eran menos, la superioridad espartana por la izquierda era considerable. El rey, en consecuencia y como era de esperar, movió las tropas hacia delante y hacia los lados en una maniobra de flanqueo. Pero Epaminondas lo había previsto y dio rienda suelta a la caballería, que quizás era en aquel momento la mejor de Grecia. No sabemos con certeza cómo era la caballería espartana ni cuántos jinetes la componían. En cambio, sí sabemos que no lograron parar la carga tebana. Al retroceder, la caballería derrotada entró en un cuello de botella por la brecha dejada en la línea espartana a causa del intento de maniobra de flanqueo de Cleómbroto. Esto provocó un importante desorden tanto entre las tropas que flanqueaban como entre el cuerpo principal de la falange de Esparta.

Por otra parte, Epaminondas había preparado dos innovaciones más para el sorprendido Cleómbroto. En primer lugar, el comandante tebano no desplegó sus mejores tropas por la derecha, como era tradicional, sino por la izquierda, para que se enfrentaran al rey espartano y a sus mejores hombres. En segundo lugar, el ejército avanzó oblicuamente, moviéndose ligeramente hacia la izquierda y con bloques de tropas en el centro y el ala derecha a manera de contención. Éstos, además, iban protegidos por los escaramuzadores y la caballería, para evitar que el resto del ejército espartano se enfrentara prematuramente con ellos.

Con esta formación escalonada, los primeros tebanos en atacar la línea espartana fueron la élite del Batallón Sagrado, que funcionó como punta de lanza de la falange de la izquierda. Mientras que el resto del ejército se quedaba atrás, estos hombres se acercaban extraordinariamente rápido. Epaminondas había aprendido la lección de Tegira: que la infantería puede ser muy eficaz cuando sigue de cerca a la caballería que ha alterado las formaciones enemigas. Y ahora, la formación en profundidad tebana, por su solo peso, empujaba a un lado la alineación espartana y conseguía

conservar su formación.

Por su parte, los hoplitas aliados de los espartanos en el ala izquierda aún no se habían enfrentado con los tebanos, porque el resto del ejército de Epaminondas aún no había llegado a la línea de batalla. Atónitos, disfrutaron de un espectáculo nunca antes visto y hasta ahora inconcebible: una línea de batalla formada y preparada por esparciatas era quebrada por una carga enemiga. No sólo eso, sino que el comandante, el rey Cleómbroto, había muerto mientras sus hombres estaban siendo sobrepasados. Eso fue más que suficiente para los aliados, muchos de los cuales no habían querido estar allí desde el principio. Todavía no se habían enfrentado a los tebanos, y ahora se negaron a hacerlo y se retiraron del campo. Esencialmente, la derrota del ala derecha espartana por parte de la élite de la izquierda tebana ya había decidido la batalla, y claramente no a favor de Esparta.

Los espartanos, como de costumbre, no reconocieron que habían sido golpeados. Existe un límite en cuanto a la fuerza que puede generar una formación de falange escalonada (y la investigación práctica ha demostrado que es mucho menor de lo que suponían las generaciones anteriores de historiadores). Por lo tanto, aunque probablemente habían perdido más de la mitad de sus esparciatas en el primer enfrentamiento, los espartanos lograron reunir a la falange y formarla de nuevo organizadamente frente a su campamento. No había otro ejército en Grecia que pudiera hacer esto, y mucho menos estar listo y dispuesto a seguir luchando después de lo sucedido. Pero no fue suficiente. Los trescientos supervivientes podían estar preparados para seguir luchando, e incluso algunos lacedemonios, aturdidos, podían haberse quedado con ellos, pero el resto de los aliados de Esparta renunciaron. No iban a regresar a la batalla, y dejaron a los espartanos sin otra opción que retirarse aunque fuera a regañadientes. Esparta tuvo que pedir permiso a los tebanos para recoger a sus muertos, una solicitud que constituía en sí misma un reconocimiento formal de que habían sido derrotados. Plutarco estima las bajas espartanas totales en alrededor de mil hombres (Plutarco, Vidas paralelas, «Agesilao»).

Acto seguido, los espartanos abandonaron el campo de batalla, algo

que llevaron a cabo con relativa facilidad, porque los tebanos aún no apreciaban completamente el alcance de su victoria ni que los aliados del Peloponeso se mostraban reacios a luchar. De hecho, los tebanos todavía eran superados en número y, si en el lado espartano hubiesen tenido la moral más alta y mayores motivaciones, el resultado de la batalla podría haber sido muy diferente. Sin embargo, los aliados habían visto a los esparciatas quebrantados, aunque fuera temporalmente. Eso sólo determinó el resultado de la batalla y decidió el destino de la Liga del Peloponeso y el futuro de Esparta.

En reconocimiento de la importancia de esta victoria, los tebanos levantaron un trofeo, una estructura formal con la que reivindicaban el campo de batalla. Estos trofeos solían ser objetos efímeros, pero en este caso particular los tebanos hicieron el suyo de piedra. Tenían la intención de que fuera un recordatorio permanente para el resto de Grecia de que los espartanos no eran invencibles.

Las réplicas

El gobierno espartano recibió la triste noticia de su derrota en los últimos días de la fiesta religiosa de las Gimnopedias. Como aquello era Esparta, el festival continuó hasta el final, y se pidió a las madres y esposas de los caídos que pospusieran su dolor. Luego, el rey superviviente, Agesilao, se sentó con los éforos para decidir qué hacer a continuación.

El primer problema era que la traumática falta de esparciatas ahora era incuestionablemente obvia. Se ha estimado que antes de Leuctra había alrededor de mil cuatrocientos esparciatas capaces de salir al campo de batalla (cf. Godfey Hutchinson, Sparta; Unfit for Empire, Frontline Books, 2014). Unos cuatrocientos de ellos habían caído en Leuctra. Si se seguían los procedimientos establecidos, los trescientos supervivientes de la batalla debían perder ahora su ciudadanía. Eran tresantes, literalmente «corredores»: cobardes que se habían retirado del campo de batalla. De hacer esto, la ciudad

quedaría con un total de setecientos esparciatas, bastante menos de los 10 000 que Esparta había podido presentar en su mejor momento. Esto era tan inaceptable que Agesilao decretó que «las leyes deberían dormir por un día». Los trescientos supervivientes mantuvieron su condición de esparciatas y la cuestión de la reforma del sistema para abordar el problema subyacente se eludió una vez más.

Entonces llegó la siguiente pregunta: ¿cómo plantearían los tebanos su victoria y qué se haría en respuesta? Los primeros meses después de la batalla, los líderes tebanos no hicieron ningún movimiento directo contra Esparta. Estaban ocupados limpiando Beocia de los últimos aliados de Esparta, deshaciendo sus conquistas en el Quersoneso y consolidando la posición de la ciudad como el estado líder en Grecia. Incluso la isla de Eubea quedó bajo la hegemonía tebana, para gran escándalo e indignación de los atenienses, que siempre la habían considerado dentro de su esfera de influencia. Agesilao hizo uso de este respiro para dirigir una incursión militar en Élide, en el noroeste del Peloponeso, pero no hubo ningún enfrentamiento importante y aquello sirvió únicamente para restaurar la moral de los espartanos.

Cabe señalar que, en años anteriores, Tebas había caído estentóreamente en Nemea y luego en Queronea, pero se había recuperado rápidamente, lista para otra ronda contra Esparta. Sin embargo, Esparta, habiendo recibido un solo golpe en Leuctra, estaba casi agotada. Había dos razones para esto. Una, que era muy fácil para una familia caer del rango de esparciata, pero no existía un mecanismo correspondiente mediante el cual un clan ambicioso pudiera ascender a ese rango. Como resultado, los guerreros caídos en Leuctra y en otras batallas grandes y pequeñas durante la última década no habían sido reemplazados. Por tanto, es posible argumentar que Esparta fue derrotada por su sistema social. Leuctra ni siquiera era un síntoma, era una fatalidad. Si los espartanos no hubieran sido derrotados, el número declinante de sus combatientes, combinado con su ambición de ser los amos de Grecia, significaba que la realidad también habría alcanzado a la ciudad en otra parte, y más temprano que tarde. Como ha señalado un historiador moderno, después de Leuctra, «Esparta se rompió, porque Esparta ya era frágil» (W. G. Forrest, History of Sparta,

Bristol Classical Press, 1998).

El segundo factor que impidió su recuperación fue el colapso de la Liga del Peloponeso. Había existido en gran parte como resultado de la coerción, y una vez que Esparta careció del poder de coaccionar, los aliados abandonaron la causa con cierto alivio. Después de todo, estos aliados habían perdido casi una generación de jóvenes luchando contra los persas, los tebanos y las ciudades del Quersoneso en el norte de Grecia, y todo en beneficio de Esparta y no en el suyo propio. Salirse de la Liga del Peloponeso significaba salir de las guerras aparentemente interminables de Esparta. Después de Leuctra, todos abandonaron el barco a la vez, por lo que no había forma de que Esparta pudiera utilizar la Liga contra los desertores aislados.

Mantinea lo demostró casi de inmediato. Los espartanos habían destruido la ciudad por su falta de compromiso para con ellos durante la guerra de Corinto. Como Esparta ya no podía detenerlos, los mantinenses se dispusieron a restaurar su ciudad y reconstruir las murallas que Agesilao había derribado. Cierto es, en todo caso, que lo hicieron con cierto grado de inquietud, sabiendo que tan pronto como Esparta recuperara sus fuerzas, reaccionaría con violencia ante semejante insubordinación. Pero con ello Mantinea jugó un papel decisivo en la creación de una nueva liga a partir de los antiguos aliados de Esparta en el Peloponeso.

Esta liga fue conocida como la Liga Arcadia y, junto con la Liga Aquea que la siguió, fue decisiva en la historia de Grecia hasta la conquista romana dos siglos más tarde. Como se había planeado, proporcionó un contrapeso a las ambiciones espartanas en el Peloponeso. La mano de obra de la que Esparta había dependido alguna vez para reforzar los ejércitos cuando andaban cortos de esparciatas ya no estaba disponible para una ciudad ahora desesperadamente escasa de hoplitas. De hecho, en cualquier previsible enfrentamiento futuro, era probable que los antiguos aliados de Esparta se encontraran luchando en el otro bando.

Estos dos factores, la falta de espartanos y la pérdida de la Liga del Peloponeso, hicieron imposible que Esparta se recuperara como sí había hecho Tebas después de sus derrotas en la guerra de Corinto, o incluso que resurgiera como Atenas después de ser totalmente

aplastada en la guerra del Peloponeso, una generación antes. Además, Pelópidas y Epaminondas no tenían la intención de quedarse de brazos cruzados y dejar que Esparta se refortaleciera. Por el contrario, tenían la intención de golpear de nuevo a sus enemigos hasta que no pudieran volver a levantarse.

En consecuencia, en el año 370 a. C., los pueblos de Lacedemonia fueron regalados con un espectáculo que nadie había visto en más de tres siglos: la entrada de un ejército invasor. Este ejército quedaba lejos de ser sólo tebano. Los arcadios estaban allí, al igual que los focios. Los tesalios enviaron caballería, y hubo voluntarios de Eubea. También llegaron contingentes de Lócride, Élide y Argos. Las únicas dos ciudades que se contuvieron fueron Atenas, debido a la aversión hacia una Tebas demasiado poderosa, y Corinto, que todavía era técnicamente aliada espartana.

Incluso sin estas dos ciudades, los invasores representaban el ejército más grande y diverso reunido en Grecia desde las guerras médicas, aquél reunido bajo el mando espartano para hacer retroceder la invasión persa. El ejército actual estaba comandado por Tebas para invadir y destruir a Esparta. Resultaba pertinente que décadas de mala gestión diplomática y de arrogancia brutal por parte del gobierno espartano culminaran en la invasión de Lacedemonia por los pueblos de la nación griega a quienes ellos mismos se habían encargado de unir en su contra. Quizá Delfos había tenido razón al advertir a Esparta de que sería «abatida por un rey cojo».

Sin duda alguna, las mujeres espartanas lamentaron la falta de muros de la ciudad. De hecho, se lamentaron en voz tan alta que su aflicción causó considerable molestia a Agesilao, que esperaba con sus guerreros en un silencio lúgubre, preparados para la defensa final de la ciudad. Sin embargo, la naturaleza proporcionó la protección que los espartanos no se habían dado a sí mismos. Las lluvias de ese año habían sido inusualmente intensas y, habiéndose reunido en Selasia, los invasores se dirigieron al sur, saqueando e incendiando la orilla oriental del río Eurotas. Cuando llegaron a Esparta, descubrieron que los espartanos o la crecida del río habían destruido los puentes, y no había forma de llegar a la ciudad enemiga. El ejército tuvo que seguir hasta Amiclas antes de

encontrar un sitio vadeable.

Para entonces, Corinto y algunos de los pocos aliados del Peloponeso que le quedaban a Esparta habían logrado enviar refuerzos, que avanzaban detrás del ejército invasor. Además, los éforos habían previsto que Esparta necesitaría soldados desesperadamente y habían recurrido a la única fuente sin explotar que quedaba. Prometieron la libertad a cualquier ilota que se ofreciera como voluntario para luchar por Esparta. Tal era la desesperación de los ilotas por ser liberados que no menos de seis mil aprovecharon la oportunidad. De repente, Esparta tenía los hombres necesarios, pero más de un espartano miraba con inquietud las pobladas filas de ilotas armados y se preguntaba por qué bando lucharían cuando llegara el momento.

Sabiamente, Epaminondas no forzó el asunto. Mantuvo al ejército en movimiento hacia el sur para devastar el puerto espartano de Gitión. En el proceso, separó a las sucesivas comunidades de periecos de su alianza con Esparta. Luego, en el golpe más brutal de todos, llevó al ejército a Mesenia. El saqueo allí fue limitado, restringido a posesiones claramente espartanas. A estas alturas de la campaña, Epaminondas lideraba un verdadero ejército de liberación. Marchó con sus hombres hasta el monte Itome, el corazón espiritual de la resistencia mesenia al dominio espartano, y fortificó el lugar como nunca antes. Luego, invitaron a los pueblos circundantes a declararse libres del dominio espartano y a hacerse cargo de las posesiones del opresor.

La nueva ciudad de Mesene se fundó a la sombra del monte Itome, y los exiliados mesenios recibieron una invitación abierta para regresar a su patria y establecerse allí. Después de casi seiscientos años de opresión salvaje y continua, los mesenios ya no eran ilotas. Dado que ahora, por definición, eran libres, los ilotas que habían sido obligados a luchar por Esparta se despidieron de sus antiguos amos y regresaron a su patria. No hay registro de si se llevaron las armas con ellos, pero una cosa estaba clara: si los espartanos querían recuperar Mesenia, tendrían que reconquistar el lugar desde cero, tal y como lo habían hecho en los años finales de la era Arcaica.

También había otra cuestión: la conquista de Mesenia había

duplicado el territorio espartano y había convertido a Esparta en una de las principales ciudades de Grecia. Sin Mesenia, Esparta era una vez más una ciudad de segundo rango que carecía de los recursos y de los aliados que requería semejante reconquista.

Construir las defensas y establecer el gobierno de Mesenia para un pueblo que no estaba acostumbrado a la libertad llevó tiempo, y Epaminondas y Pelópidas lo hicieron bien. De hecho, se tomaron tanto tiempo que regresaron tarde a Tebas, reteniendo sus cargos seis meses más allá de lo estipulado. Por este motivo, algunos rivales celosos en Tebas llevaron a la pareja a los tribunales, donde fueron procesados con peligro para sus vidas. Sin embargo, lo que habían logrado era sencillamente tan grandioso que hasta el jurado más mezquino y rencoroso ignoraría los cargos. Antes de Leuctra, Esparta había sido la fuerza dominante en Grecia. Al final de la campaña del 370 a. C., Esparta carecía de reputación y su poder real era como, digamos, Mantinea.

Sin embargo, la guerra estaba lejos de haber terminado. Esparta había podido ser reducida al rango de ciudad de segunda categoría, pero aún tenía como aliadas a las principales ciudades de Corinto y Siracusa. A ello se sumó entonces la fuerza de Atenas. Aquí vemos nuevamente cómo la rivalidad entre ciudades tendía a nivelar Grecia. Como Tebas ahora parecía demasiado poderosa, Atenas se unió inmediatamente a su antiguo rival, Esparta, para controlarla. Corinto tampoco renunciaría a la alianza con Esparta mientras Argos estuviera tan estrechamente alineada con Tebas. De hecho, los atenienses habían intentado actuar en concierto con Corinto para bloquear el regreso de los ejércitos tebanos y de sus aliados desde el Peloponeso, pero esta primera acción ateniense fue fácilmente frustrada por las veteranas tropas de Tebas.

En los años transcurridos desde la guerra del Peloponeso, se había visto a Corinto aliada con Atenas en contra de Esparta, a Tebas y Atenas alineadas en contra de Esparta, y a Esparta y Corinto juntas contra Tebas. Este caleidoscopio de alianzas en constante cambio formaba parte del panorama político griego, por lo que el hecho de que Atenas y Esparta se aunaran ahora contra Tebas es efímero y, en última instancia, irrelevante. Los cambios significativos fueron que la Liga del Peloponeso se había roto para siempre,

transformándose en una confederación esencialmente antiespartana, y que Esparta había perdido la mitad de su territorio con la independencia de Mesenia, que era además la mitad más rica y más. Ambas cosas significaron un cambio duradero en el panorama político de Grecia.

Capítulo 10

El ascenso de Macedonia

A causa de complicaciones en el norte, el reino de Macedonia había entregado a los tebanos a un joven rehén como garantía del buen comportamiento futuro del reino. Era el hijo del rey de Macedonia, pero, como era un hijo menor con dos hermanos mayores por delante en la línea de sucesión, evidentemente era considerado «desechable». Como siempre ha ocurrido en la historia con tales rehenes, el joven gozaba de una condición ambigua entre la de un prisionero y la de un invitado de honor. Residió en la casa de un general llamado Pammenes y estuvo con frecuencia en compañía de Epaminondas y Pelópidas durante los años en que se truncó el poder espartano. El joven aprendió rápido e incluso apreció muy pronto y más que otros en Grecia lo que habían hecho (y cómo) los tebanos.

Y al final resultó que incluso el tercer hijo del rey fue necesario para los macedonios, ya que sus dos hermanos mayores desaparecieron pronto debido a los tiempos turbulentos que vivía su Estado. Uno fue asesinado, y el otro murió en batalla contra los ilirios. Aunque en principio regresó a casa para convertirse en regente del hijo pequeño de uno de sus hermanos, el joven se estableció rápidamente como rey y comenzó a gobernar Macedonia como Filipo II. En aquel momento, nadie prestó mucha atención a estos acontecimientos.

Arcadia y los espartanos

Mientras tanto, en el sur, Grecia continuaba con una ronda tras otra

de la guerra incesante que estaba esquilmándola de mano de obra, cosechas y finanzas. Los tebanos montaron otra invasión del Peloponeso, con la que lograron poco más que volver a devastar tierras aún no recuperadas de la devastación anterior. Hay una historia (relatada por Teopompo y transmitida a través de Plutarco) de que los magistrados tebanos ya habían llegado a la conclusión de que esta segunda invasión ya había conseguido lo poco que podía conseguir. Estaban discutiendo sobre la retirada cuando llegó un enviado secreto de los espartanos ofreciendo diez talentos de oro si se marchaban. En consecuencia, los tebanos quedaron en la afortunada posición de que les pagaran bien por algo que habían decidido hacer de todos modos.

No se sabe si este soborno se ofreció con motivo de la primera o la segunda invasión, ni si alguna de las dos fue en respuesta al ferviente deseo de los espartanos de romper la nueva Liga Arcadia. Agesilao había provocado la ira de los tebanos al marchar hacia el norte para evitar la construcción de la nueva ciudad de Megalópolis, que iba a ser eternamente una espina para los espartanos, ya que ocupaba un gran valle en lo alto de la cordillera del Taigeto. Este valle era una de las vías más fáciles para trasladar a un ejército de Esparta a Mesenia, y era aún más importante porque los mesenios habían sacado conclusiones de su propia historia y se habían asegurado de que todas las demás rutas que tenían bajo control estuvieran bloqueadas, reforzadas y fortificadas contra un posible ataque de Esparta.

La recuperación de Mesenia se convirtió en una obsesión espartana porque, sin la tierra que sentían históricamente suya, no tenían ni la riqueza ni los recursos suficientes para influir en el resto de Grecia. Pero recuperar Mesenia no iba a ser fácil. La geografía del Peloponeso conspiraba incluso para dificultar el acceso a esas tierras. Y, para exasperación de la dirección espartana, al construir Megalópolis, los tebanos y los arcadios se habían confabulado para hacerlo imposible.

Se aprendió rigurosamente la lección de la segunda invasión tebana. El obstáculo que suponía Megalópolis no iba a eliminarse sólo por la fuerza, porque los espartanos ya no poseían dicha fuerza. Por tanto, sería necesaria la diplomacia. Y existían una serie de fisuras

en la alianza antiespartana en las que se podía encajar estratégicamente una palanca diplomática que separara a los aliados.

En primer lugar, en aquel momento Atenas era una aliada activa de Esparta, no por amor, sino por puro terror ante el poderío que había alcanzado Tebas. Los propios arcadios estaban enzarzados en una disputa territorial con la Élide al noroeste, ya que Elis había afirmado que, al formar su liga, los arcadios habían incorporado varias ciudades que, según ellos, les pertenecían. Así pues, la diplomacia espartana se esforzó por ampliar la brecha entre los eleos y los arcadios, un proyecto a largo plazo que finalmente daría sus frutos. Los arcadios no favorecieron su causa cuando se rebelaron contra sus patrocinadores tebanos, a quienes un líder arcadio acusó de ser «espartanos en todo menos en el nombre». (Dice mucho acerca de cuánto había caído el prestigio de Esparta desde las guerras médicas que lo que una vez se había considerado un gran cumplido ahora se soltara como un insulto).

En el 368 a. C., los arcadios presumieron demasiado de la debilidad espartana y comenzaron a asaltar Lacedemonia por su propia cuenta. Esto provocó las represalias por parte de los espartanos, que mandaron una expedición punitiva con Arquidamos al mando, formada por nuevos reclutas, demasiado jóvenes como para haber luchado en Leuctra, y veteranos de aquella batalla que deseaban desesperadamente borrar la deshonra de esa derrota. El escaso número de espartanos se aumentó con mercenarios, tropas ligeras de Siracusa y caballería. Cuando los siracusanos se metieron en problemas con una fuerza combinada de arcadios y argivos, los espartanos salieron en su apoyo.

Era bien sabido que mientras otras tropas marchaban a la batalla bajo una música marcial entusiasta, los espartanos andaban lentamente al sonido de las flautas. Otras naciones necesitaban la música para ser estimuladas a la furia guerrera, pero los espartanos necesitaban música para enfriar su ardor. Por lo tanto, con la falange espartana aún sin formar, los arcadios calcularon que tenían tiempo de poner sus líneas en orden antes de enfrentarse al enemigo. En esto no tuvieron en cuenta la intensidad de la cólera de Esparta. Tan pronto como vieron que tenían al enemigo a distancia

de ataque, los espartanos no pensaron en nada más que en la arremetida. Bajaron las lanzas a posición ofensiva y organizaron una carga aparentemente espontánea, como de andar por casa, contra las filas argivas y arcadias todavía sin formar. (A pesar de esto, en su texto, Jenofonte aún encuentra tiempo para un discurso improvisado de Arquidamos previo a la batalla).

Incluso con Esparta menoscabada como estaba, no había nada como tener hoplitas espartanos desquiciados para crear caos y pánico entre las líneas de batalla. De hecho, esa línea nunca llegó a formarse correctamente, ya que los hombres dejaron caer sus escudos y salieron corriendo. Esto resultó ser un grave error (en el sentido más literal), porque el desorden expuso a las milicias que huían a la acción de las tropas ligeras y la caballería de Siracusa, completamente frescas. Los siracusanos convirtieron lo que habría debido ser un campo de batalla en un campo de exterminio, puesto que la caballería pisoteaba al enemigo dispersado y lo conducía directamente hacia las lanzas. Según Diodoro Sículo, diez mil arcadios y argivos fueron muertos. Si bien debemos reconocer la predilección de Diodoro por los números grandes y redondos, también debe tenerse en cuenta que, si alguna vez hubo condiciones ideales para aniquilar a un ejército en el campo de batalla, fueron éstas.

Los espartanos, por el contrario, no perdieron ni un hombre. Posteriormente, visto desde la perspectiva de los ganadores, esto se llamó la «batalla sin lágrimas». Aunque, como señala Plutarco, esta victoria fue menos un regreso a la guerra habitual entre los espartanos que una indicación de cuánto había cambiado todo. En años anteriores, era posible que a un mensajero que anunciaba una victoria espartana se le enviara un trozo de carne del comedor comunitario en reconocimiento a sus esfuerzos por dar la noticia. Mientras tanto, la vida en el resto de Esparta continuaba sin apenas información:

Pero cuando Arquidamos regresó poco después de las noticias de su triunfo sobre los arcadios, nadie pudo contenerse. Primero, llorando lágrimas de alegría, su padre fue a saludarlo, y luego los éforos. Pronto, una multitud de ancianos, junto a las mujeres de la ciudad,

se agolparon en el camino que llevaba al río con las manos en alto dando gracias por la bendición de los dioses. Era como si Esparta hubiera borrado su desgracia y las cosas parecieran tan brillantes como antes. Dicen que antes de este triunfo las cosas estaban tan negras que los hombres se avergonzaban de mirar a sus esposas a los ojos, por la afrenta de su deshonra.

(Plutarco, Vidas paralelas, «Agesilao»)

De hecho, la victoria espartana no fue hueca. El único efecto a largo plazo fue que los arcadios se aseguraron de que la fortificación de Megalópolis fuera aún más sólida de lo previsto, algo claramente contraproducente. Se animó a Agesilao a creer que el coraje de los hoplitas espartanos sería suficiente para impulsar a la ciudad a través de la crisis actual y devolverla a una posición de dominio en Grecia.

A corto plazo, el principal efecto de la batalla sin lágrimas fue devolver a Arcadia a manos de Tebas. Epaminondas dirigió una nueva expedición militar al Peloponeso, más como una demostración del poder tebano que con la intención de librar una lucha seria, pero esto fue suficiente para convencer a los arcadios de firmar una alianza con Tebas. El hecho de que los arcadios hubieran mudado de ser títeres espartanos en la Liga del Peloponeso a ser títeres tebanos en la alianza beocia no pasó inadvertido entre las ciudades arcadias. Mantinea estaba especialmente resentida, ya que había sido una vez la ciudad más grande de Arcadia, pero ahora era la segunda, tras Megalópolis, y, para colmo, se había convertido en vasalla de Tebas. El caleidoscopio de la política griega cambió de nuevo cuando los diplomáticos espartanos se dieron cuenta de que su antiguo enemigo, Mantinea, podía llegar a ser un aliado como ya lo eran los atenienses o los eleos, que aún estaban considerándolo.

Antes de que esta alianza todavía embrionaria alcanzara su fuerza máxima, Esparta tenía que enfrentarse a otro desastre potencial: la inminente amenaza de la paz. Corinto estaba ansiosa de que todo se

aquietara, ya que Argos era nuevamente hostil, la poderosa Tebas estaba a un paso y la reciente Liga Arcadia les preocupaba. El aliado más cercano de Corinto, Esparta, estaba debilitado y aislado. Atenas se sumaba a ellos, pero Corinto era tan vulnerable que el interés ateniense tenía más de depredación que de benevolencia. Sólo la información anticipada impidió una toma total de Corinto por parte de Atenas, y la comprensión de la situación expuesta de la ciudad obligó al consejo a hacer propuestas diplomáticas a Tebas.

Decisión en Mantinea: 362 a. C.

A estas alturas, todo el mundo estaba cansado de la guerra y se acordó una paz general. El único estado disidente fue Esparta, pues, si aceptaba la paz, también tenía que aceptar la independencia de Mesenia, y, sencillamente, no se atrevía. Agesilao todavía se aferraba a la esperanza de que la guerra pudiera restaurar la fortuna de su ciudad. Como siempre que una ciudad griega pensaba que estaba perdiendo terreno, los espartanos también se volvieron hacia el imperio persa, el gran igualador. Su esperanza era que los persas, al ver que los tebanos eran una potencia en ascenso en Grecia, estuviesen dispuestos a ayudarlos a restablecer el equilibrio. Consciente del peligro, Tebas envió nada menos que a Pelópidas en embajada ante los persas.

Lo que en otro tiempo había sido motivo de gran vergüenza para Tebas –que nunca había luchado contra los persas y que, incluso, había estado en el bando persa durante la invasión de Grecia un siglo antes–, ahora se contaba con orgullo al sátrapa de Anatolia como una de las razones por las cuales la ciudad debía ser la preferida como su protegida, por encima de Esparta. El sátrapa escuchó a todos con simpatía, probablemente porque él mismo estaba considerando rebelarse contra el rey persa y, para hacerlo, necesitaría el apoyo de los hoplitas griegos. (Las tropas griegas generalmente se consideraban superiores a sus homólogas persas, y por ello mismo los persas solían dejar que fuera su dinero el que luchara por ellos en Grecia).

Al final, como Grecia estaba debilitada por las continuas guerras y el sátrapa necesitaba un aliado fuerte, los persas se pusieron del lado de la paz. Se ordenó a Atenas y Esparta que abandonaran sus posturas guerreras, y la independencia de Mesenia recibió la bendición de los persas. Fue un duro golpe para los espartanos, pero Agesilao tenía aún algunas ideas sobre cómo se podía impedir que se estableciera la paz.

Las diferencias entre Arcadia y los eleos se habían agravado hasta convertirse en una guerra abierta, y la Liga Arcadia había tomado el control del sitio de los Juegos Olímpicos. Este hecho resultó ser la gota que colmó el vaso de los eleos, que entonces se aliaron con los espartanos. Así incentivada, la ciudad de Mantinea anunció que también dejaría la Liga y se pondría al lado de Esparta. Con Mantinea y Élide de su parte, Agesilao comenzó a hostigar a los arcadios, en la confianza de que los atenienses les prestarían apoyo, como de hecho hicieron, enviando un ejército por mar para evitar la interceptación de los beocios. Se acabó la paz. En lugar de resolver sus diferencias a través de representaciones en la corte del sátrapa persa, los griegos lo harían en el campo de batalla.

Epaminondas marchó con el ejército tebano hacia el sur, y Agesilao se preparó para enfrentarse con él. Epaminondas estaba bajo cierta presión para entrar en combate, porque su mandato estaba a punto de expirar y sabía, por amarga experiencia, que los tebanos lo castigarían si mantenía el mando del ejército más allá de la fecha debida. No ayudaba que su compañero al mando, Pelópidas, hubiese muerto a su regreso de Persia, en una desacertada aventura en el norte de Grecia. Siempre había sido Pelópidas el más popular y el que proporcionaba cobertura política para Epaminondas en medio de las luchas internas de los tebanos. Sin su apoyo, el general necesitaba una victoria para asegurar su posición, desprotegida en esos momentos. Su avance inicial hacia el sur logró poco, aunque se había internado lo bastante en Lacedemonia como para hostigar a Agesilao a las afueras de la mismísima Esparta.

De esta escaramuza surge una interesante viñeta. Cuando los tebanos atacaron, el hijo de Fébidas (el hombre que había tomado la Cadmea de Tebas de manera infame) se estaba preparando para una visita al gimnasio. Cuando los tebanos se acercaron, el joven

tomó una espada y atacó al enemigo sin más vestido que una expresión feroz y una fina capa de aceite de oliva. A pesar de su falta de preparación, mató a varios tebanos sin sufrir rasguño alguno. Posteriormente, las autoridades espartanas lo recompensaron por su valentía y luego lo multaron por ir a la batalla vestido de manera indecente.

Epaminondas se retiró hacia Tegea, seguido de cerca por Agesilao. Cuando salió de Lacedemonia y con las murallas de Mantinea casi a la vista (donde su avanzadilla fue atacada por la caballería ateniense), Epaminondas se detuvo para ofrecer batalla. En muchos sentidos, iba a ser una revancha. Agesilao estaba decidido a demostrar que no era Cleómbroto y a que el resto de Grecia viera que Leuctra había sido una anomalía y Esparta aún reinaba suprema en el campo de batalla. El combate culminante se libró el 4 de julio. Según se supo, Agesilao no estaba presente. El escurridizo Epaminondas había amenazado con tomar tanto a Esparta como a Mantinea por medio de ataques sorpresa, y Agesilao estaba ocupado asegurándose de que los accesos a Esparta estaban bien cerrados antes de unirse al ejército principal.

Al principio, parecía que Agesilao podría reunirse con el resto del contingente espartano antes de que comenzara la batalla. Después de varias horas de maniobras y contramaniobras, Epaminondas dio la impresión de que su ejército había dado el día por terminado. Los soldados dejaron las armas en tierra como si fueran a acampar, con el flanco izquierdo del ejército protegido contra una ladera cercana. Cuando la alianza espartana bajó la guardia, los tebanos prepararon sigilosamente el ataque.

Para gran consternación de la alianza espartana, de pronto los tebanos avanzaron directamente sobre el ejército espartano y mantinense por la derecha de la línea de batalla aliada. Las tropas de la falange tebana giraron a la izquierda, marcharon en dirección a la montaña y luego voltearon a la derecha, uniéndose a la falange por la retaguardia a medida que avanzaba. En cuestión de minutos, los tebanos tenían la misma falange profunda que habían utilizado con tanto éxito en Leuctra. Jenofonte, quien sin duda habló con testigos presenciales, la describe como el espolón de proa de un trirreme que navega cortando el agua.

Como en Leuctra, a medida que avanzaba la falange de la izquierda, se ordenó a los hombres restantes del ala derecha tebana que se quedaran atrás y declinaran dar batalla. En caso de que los atenienses y eleos lograran enfrentarse al ala derecha, Epaminondas había colocado a la caballería y los peltastas en una colina cercana. Esta ubicación amenazaba a los atenienses con quedar rebasados si avanzaban demasiado contra la derecha tebana, ya que permitiría que las tropas enemigas más móviles los rodearan por el flanco. Otras fuerzas de caballería se mantuvieron preparadas a la izquierda, donde podían aprovechar cualquier espacio creado por la falange oblicua tebana si lograba atravesar la derecha enemiga.

De no ser por un detalle, el plan de batalla tebano funcionó a la perfección. Como estaba planeado, la falange se estrelló contra la línea espartana y mantinense, sorprendida y aún desorganizada, y la rompió. La caballería tebana atravesó la brecha, lista para atacar a los que huían. El centro aliado se vio en peligro y también se rompió, de forma que los atenienses quedaron solos, protegidos como estaban por su caballería, que ahora se desplegó para proteger los flancos expuestos por la ruptura del centro de las tropas de la alianza.

El único detalle que Epaminondas no había tenido en cuenta era que él mismo pudiera caer en la batalla. Cuando se corrió la voz por las filas de que su comandante había sido herido de muerte, todo el ejército tebano quedó paralizado. La caballería abandonó su persecución, sólo algunos elementos se movían para enfrentarse a los atenienses. Estas unidades de caballería, que carecían de un mando adecuado, llegaron en pequeños grupos y fueron cortadas poco a poco por la ateniense. La gran masa de la falange tebana simplemente se detuvo en seco donde había caído Epaminondas. Más tarde se supo que Epaminondas y sus comandantes subordinados habían muerto en esa primera y exitosa ofensiva exitosa. Pronto, el ejército tebano se desmanteló.

Réplicas

Este segundo choque entre tebanos y espartanos resultó un empate en el que ambos bandos perdieron. Hasta la muerte de Epaminondas, los tebanos iban ganando la batalla. A partir de entonces, la confusión reinante dio la ventaja a los atenienses, que quedaron como la única fuerza organizada en el campo de batalla e infligieron graves bajas a los tebanos cuando se replegaban. Al final, ambos bandos reclamaron la victoria a la vez que mandaban enviados para negociar la recuperación de sus muertos, algo que, como hemos visto, generalmente hacían los perdedores en una batalla griega.

Ahora, Tebas había perdido tanto a Pelópidas como a Epaminondas. Hasta entonces probablemente no se había dado cuenta de cuánto dependían de aquella pareja. Sin la hábil diplomacia del uno y la habilidad militar del otro, la alianza improvisada que los beocios habían formado con Tesalia, Eubea y Fócide comenzó a desmoronarse. Al poco tiempo, Tebas y Fócide estaban en guerra.

Esparta, en cambio, no había perdido a Agesilao, ya que no estuvo presente en la batalla. Sin embargo, muchos espartanos murmuraban que no era exactamente una bendición. Ciertamente, era verdad que Esparta había pasado de ser el estado más poderoso de Grecia a un paria despreciado en el sur del Peloponeso durante su mandato. También es cierto que la inclinación del rey por la fuerza bruta como herramienta había dado lugar a que la debilidad irremediable por la falta de hoplitas de Esparta quedara a la luz prematuramente. Sin embargo, el resultado a largo plazo habría sido el mismo, incluso si Agesilao hubiera sido un hábil diplomático confiado en el prestigio y el presunto poder de Esparta para tener éxito en las negociaciones. Eventualmente, el problema de la escasez de recursos humanos de Esparta habría quedado al descubierto, y Esparta habría comenzado a perder batallas.

En Mantinea, los tebanos demostraron que Leuctra no había sido un éxito aislado. Los espartanos eran a todas luces vencibles; incluso en Mantinea, donde se esforzaron por desplegar tropas, el contingente era sólo una pequeña parte del ejército aliado en general. Sin la amenaza de la destreza militar espartana, ninguna nación griega en su sano juicio iba a permitir que Esparta recuperara el control de Mesenia y usara los recursos de esas tierras para convertirse en un

verdadero problema una vez más. Los espartanos quedaron atrapados en una especie de círculo vicioso. Necesitaban el control de Mesenia para convertirse en una potencia de primer orden, pero para hacerse con el control de Mesenia tenían que ser una potencia de primer orden.

Agesilao no veía más que una forma de resolver el dilema, y era por medio del reclutamiento de mercenarios entre los miles de soldados desempleados que, durante décadas, la guerra había ido creando a partir de aldeas destruidas y granjas devastadas. El problema era que Esparta, que siempre se había enorgullecido de ser una nación agrícola con poco valor por el dinero, no tenía recursos para comprar las tropas de las que ya no podía abastecerse de manera autónoma. Por lo tanto, si Agesilao necesitaba guerreros, forzosamente debía recaudar el tesoro convirtiéndose él mismo en mercenario. Es por eso que los últimos años de su vida el rey de Esparta luchó al servicio de un tal Teos, líder de los egipcios en uno de sus levantamientos regulares contra el dominio persa. Luego, cuando otro rebelde ofreció mejores incentivos, Agesilao cambió de bando. Plutarco comenta con desdén:

Afirmó que lo que hizo lo hizo por el bien de su país. Es como si pudiera encubrir sus acciones antinaturales de esta manera, porque sin este pretexto la única palabra para describir su conducta es «traición». La idea espartana del honor pone los intereses de Esparta por encima de todo lo demás, y no pueden entender ni se les puede enseñar ninguna otra idea de decencia aparte de la que promueve la gloria de Esparta.

(Plutarco, Vidas paralelas, «Agesilao»)

Agesilao sirvió fielmente a su nuevo amo, en parte porque lo vigilaba con atención y en parte porque (dice Plutarco) estaba avergonzado de volver a cambiar de bando. Con la campaña concluida con éxito y una considerable fortuna cargada en los

barcos, Agesilao zarpó hacia Esparta, donde el gobierno ya estaba contratando mercenarios. El mal tiempo y la llegada del invierno lo retrasaron, y Agesilao murió sin llegar a su tierra natal. Tenía ochenta y cuatro años y había sido rey durante cuarenta y uno. Arquidamos, su hijo, siguió el ejemplo de su padre sirviendo como mercenario para recaudar dinero para la polis. Murió luchando en el sur de Italia.

Al final resultó que sus esfuerzos fueron en vano, porque ni Esparta ni el resto de Grecia podían resistir las fuerzas de un mundo cambiante. La proliferación de ligas y alianzas en Grecia era una señal de que había pasado el momento de la ciudad-estado. El futuro pertenecía a las naciones y, ante todo, esa nación era Macedonia.

Filipo II y la conquista macedonia

Durante siglos, los griegos y otros suplicantes que buscaban la sabiduría de Delfos habían dejado ricos tesoros en el oráculo, tesoros que quedaron al alcance de la gente de la cercana Fócide. Se habían enemistado con los tebanos, quienes los acusaron de cultivar tierras que habrían debido dejarse en barbecho, ya que estaban consagradas a Apolo. Esta acusación se presentó a través de la Liga Anfictiónica, dominada por los tebanos, que era la antigua confederación de ciudades encargada de la supervisión de los asuntos religiosos en Grecia.

Después de todo el tiempo pasado, es imposible decir si la acusación estaba bien fundada o simplemente era una herramienta para dominar a los focios. Ciertamente, Tebas estaba molesta con ellos porque se habían negado a aportar tropas en la campaña de Mantinea, y la multa pudo haber sido una forma de castigo. (Castigo justificado o no, los tebanos estaban abusando ostensiblemente de su autoridad, porque mientras tanto persuadieron a la Liga Anfictiónica de imponer una multa a Esparta por haber abusado de los ritos de Deméter para apoderarse de la Cadmea tebana una generación antes).

A Fócide se le impuso una multa importante, que se negó a pagar. (También se negaron los espartanos, que ignoraron con desprecio la demanda). Por contra, los focios se apoderaron de Delfos y de sus tesoros y utilizaron la riqueza almacenada allí como garantía para contratar al enorme ejército que los espartanos habían intentado utilizar como mercenarios. Gracias a sus reservas financieras, los focios pudieron aguantar a este ejército a pesar de las repetidas derrotas, hasta que Tebas se agotó financieramente en el esfuerzo de mantener a sus ejércitos en activo. En este punto, la guerra había durado hasta mediados del año 350 a. C. Fue entonces cuando entró en escena un nuevo jugador: Filipo de Macedonia.

Hasta ahora, el nuevo rey macedonio se había concentrado en asegurar el territorio de Tracia, rico en minerales, lo que había implicado expulsar a los atenienses de la región. Logrado este objetivo, Filipo dirigió su atención al sur, y esa atención estaba lejos de ser benigna. Con el pretexto de apoyar lealmente a la Liga Anfictiónica, Filipo dirigió a sus soldados contra Fócide y así se afianzó en el centro de Grecia. Su victoria sobre los focios le permitió reclamar votos en la Liga Anfictiónica, una concesión importante, porque significaba que Macedonia ahora era reconocida como un «estado griego».

Tal era la riqueza y el poder del rey macedonio que incluso los tebanos fueron sojuzgados, especialmente porque su larga guerra con Fócide había agotado tanto el capital como la mano de obra (por no mencionar la otra guerra contra los atenienses). Una vez que los tebanos aceptaron a regañadientes el dominio macedonio, Esparta quedó como el único obstáculo contra el poder de Filipo en Grecia. Sólo los espartanos se mantuvieron inflexiblemente obstinados. El rey de Macedonia les envió esta escalofriante advertencia: «Si me topo con vosotros y si os derroto en la guerra, devastaré vuestras granjas, mataré a vuestra gente y arrasaré Esparta por completo». La respuesta espartana fue lacónica: «Si...».

Resultó que la confrontación decisiva entre Esparta y los macedonios se retrasó porque el resto de Grecia decidió hacer un intento general de destruir la preponderancia de Filipo justo después de que éste sufriera un revés militar en el norte de Grecia. Impulsados por el orador Demóstenes, los atenienses concluyeron su

larga disputa con los tebanos y se aliaron con ellos contra Macedonia. La respuesta de Filipo fue brutal. En el 338 a. C. marchó con su ejército hacia el sur y aplastó a los ejércitos combinados de Tebas y Atenas en Queronea. El famoso Batallón Sagrado quedó reducido a un solo hombre (todos los guerreros murieron en su posición en las filas), y el centro de Grecia quedó bajo el control de Macedonia de manera estable.

Filipo no quería que las ciudades-estado de Grecia fueran sus súbditos, sino sus aliados. Su plan era unir a todos los pueblos y conducirlos en una guerra que derrotara al imperio persa. Con este fin, formó la Liga de Corinto (también conocida como Liga Helénica), que incluía a casi todos los estados griegos importantes. El pueblo recién independizado de Mesenia se contaba como tal, y ellos también se convirtieron en signatarios de la Liga. Eso por sí solo fue razón suficiente para que los espartanos se mantuvieran al margen. Incluso entonces, los espartanos se negaron a participar en ninguna liga o tratado que no reconociera la soberanía espartana sobre esta antigua posesión.

Cuando Filipo fue asesinado en el 336 a. C., los tebanos tuvieron la esperanza de emular la independencia de Esparta. Después de la derrota de Tebas en Queronea, los macedonios habían estacionado una guarnición en la Cadmea tebana. Este hecho les molestó enormemente, porque recordaba demasiado la humillación sufrida cuando Esparta ocupó la Cadmea y convirtió a Tebas en un estado títere. En consecuencia, los tebanos estaban impacientes por deshacerse de aquella guarnición. Y más impacientes se sintieron aún cuando recibieron la noticia de que el sucesor de Filipo, su hijo Alejandro, también había muerto. Tales fueron las prisas que no esperaron a comprobar la veracidad de la historia. (De hecho, Alejandro había sido herido mientras asediaba la ciudad de Pelión, en Iliria, pero no había sido grave). Instigados por Atenas, los tebanos anunciaron su salida unilateral de la Liga Helénica y sitiaron a los macedonios en la Cadmea.

Alejandro quería a Tebas de su lado para la invasión de Persia y, por lo tanto, su respuesta al ataque fue relativamente suave. Señaló que estaba muy vivo y que no tomaría ninguna medida contra Tebas si le entregaban a los dos cabecillas principales de la

rebelión. Los tebanos se negaron, creyendo que podrían mantener a raya al ejército de Alejandro. Pero, en vez de eso, el resto de Grecia vio cómo Alejandro irrumpió en la ciudad, la quemó hasta los cimientos y vendió a los supervivientes como esclavos. Fue un final lúgubre para la ciudad que había sido dueña de Grecia apenas treinta años antes. Sin embargo, Alejandro fue jaleado por aquellas ciudades beocias que, como Orcómeno, habían sufrido en el pasado el mismo trato despiadado por parte de Tebas. Si bien los espartanos tal vez sintieron cierta satisfacción por la destrucción de la ciudad que los había vencido, también significó para ellos un recordatorio aleccionador de que la amenaza anterior de Filipo de arrasar Esparta había sido muy cierta. (Tebas fue reconstruida en el 315 a. C., pero nunca se recuperó realmente).

Con esto, Alejandro pasó a iniciar la conquista de Persia sin Tebas ni Esparta. Si bien ya no se podía hacer nada con respecto a Tebas, los macedonios, en cambio, siguieron molestos por la desvinculación de Esparta. Así lo demostró la inscripción mordaz que Alejandro grabó con parte del botín de sus primeras victorias en el Partenón de Atenas: «Este [botín] fue arrancado a los bárbaros de Asia por Alejandro, hijo de Filipo, y por todos los griegos, excepto los espartanos».

Por cierto, los espartanos se habían quedado fuera, ya que estaban considerando unirse al otro bando. Esparta estaba ahora bajo la influencia de Agis III, el nieto de Agesilao. En el momento en que Alejandro estaba ganando sus primeras victorias contra los persas, Agis se embarcó por el Egeo a fin de conspirar con los embajadores persas sobre la formación de una alianza espartano-persa. Estando allí, Agis se dio cuenta de que Creta estaba mal defendida y envió a su hermano a ocupar la isla. El hermano tuvo éxito, pero esta ocupación espartana oportunista duró poco debido a sucesos en otros sitios. No obstante, se formó un vínculo duradero entre estas dos naciones dóricas, que a partir de entonces persistió tanto tiempo como la propia Esparta.

Por una vez, la alianza de Persia con un estado griego no podía generar las vasijas de oro que habían sido el resultado de las colaboraciones anteriores. El rey persa simplemente estaba demasiado presionado por Alejandro como para desviar recursos

para un ataque espartano en la retaguardia macedonia, por muy prometedor que pudiera parecer. Se les proporcionó una suma relativamente pequeña, unos treinta talentos, suficiente para que Agis reclutara varios miles de mercenarios, recientemente empleados por los persas. Derrotados por Alejandro y condenados al ostracismo en el resto de Grecia, los mercenarios exiliados no tenían adónde ir y estaban dispuestos para luchar por Esparta por una miseria.

En el 331 a. C., como estaba previsto, estallaron los enfrentamientos. El regente macedonio Antípatro se ocupaba de los asuntos de Alejandro en Grecia y Macedonia mientras el rey conquistaba el este. Los espartanos optaron por comenzar las hostilidades cuando Antípatro, distraído con una rebelión en Tracia, sólo disponía de un débil ejército en el centro de Grecia. Agis derrotó a este ejército y reclamó la primera victoria de Esparta desde la «batalla sin lágrimas» (368 a. C.) y, en consecuencia, ganó el juramento de lealtad de los arcadios y los eleos. Los atenienses (sabiamente) decidieron que se quedarían fuera de la alianza espartana. A pesar de ello, según Diodoro Sículo –nuestra principal fuente para estos acontecimientos–, la alianza espartana reunió a unos veinte mil hombres bajo el mando de Agis.

Conforme a las normas griegas, se trataba de un ejército enorme, pero Macedonia lo superaba fácilmente. Cuando Antípatro llegó al sur, trajo consigo una fuerza de al menos el doble de tamaño. Parece que, incluso en este momento de crisis, los espartanos no podían renunciar a su obsesión por Mesenia. Nunca se sabrá si el resto de la alianza griega habría permitido a Agis usar para la reconquista de Mesenia a un ejército que se había levantado para luchar contra los macedonios. Antes de que pudiera atacar Megalópolis, Agis se vio obligado a luchar contra el enorme ejército de veteranos de Antípatro, y resultó ser demasiado. El simple peso del número en el lado macedonio rompió las fuerzas espartanas, y el mismo Agis murió en la batalla.

Según los relatos que han sobrevivido, Agis murió como debía hacerlo un rey espartano. Ordenó a sus hombres que se salvaran por todos los medios posibles para luego seguir sirviendo a Esparta. Luego, él mismo, aunque tan malherido que tuvo que luchar de

rodillas, intentó contener al enemigo. Agis luchó con tanta crueldad que al final los macedonios se negaron a acercarse a él y lo mataron con un tiro de jabalina.

Esparta perdió más de cinco mil hombres en la batalla. Es cierto que no todos eran espartanos, porque no existían ni de cerca tantos esparciatas. Sin embargo, esta batalla, conocida en la historia como la batalla de Megalópolis, aceleró la ya apresurada tendencia a la baja del número de esparciatas sobrevivientes. Tampoco ayudó que los espartanos ignoraran el último deseo de Agis y privaran de sus derechos a los supervivientes por su deshonra al haber perdido el combate y abandonado a su rey.

El sucesor de Agis fue su hermano Eudamidas, quien persiguió enérgicamente una política de paz. Si el precio por esa paz era que Esparta se convirtiera en un miembro pasivo de la Liga Helénica, que así fuera. Eudamidas aceptó debidamente, aunque tal cosa significara que, oficialmente al menos, Esparta y Mesenia ahora eran aliados. Ésta fue también la primera vez en su historia (aunque la evidencia no es del todo clara) que Esparta se unió a una alianza que no estaba dirigida por un espartano. Incluso cuando el resto de Grecia se levantó contra Macedonia a la muerte de Alejandro, Eudamidas permaneció decididamente neutral.

En parte, la misma Esparta había sido una de las causas de esta rebelión. Sabiendo que la masa de soldados desempleados en Grecia permitía a los descontentos como Esparta formar grandes ejércitos mercenarios, Alejandro ordenó a los estados griegos que aceptaran el regreso de sus exiliados. Esto causó un malestar considerable, en parte porque los exiliados eran un grupo un tanto anárquico, pero también porque algunos hombres habían echado mano a las tierras y propiedades de los desterrados y eran reacios a devolverlas.

También había otras exacciones, especialmente sobre el cereal, y existía un motivo más de alarma entre los miembros de la Liga Helénica: las conquistas y asentamientos de Alejandro en el este habían dado como resultado una cosecha de nuevas ciudades fundadas en Asia Menor, el Levante y más allá. Los ambiciosos griegos entendieron que se abría una nueva frontera de oportunidades. Las tierras de cultivo de Lidia y Mesopotamia eran mucho más ricas que las de Grecia, y allí había, en realidad,

mejores posibilidades para banqueros, comerciantes y artesanos que en su propio hogar. Durante el siguiente medio siglo, Grecia iba a experimentar una salida masiva de población que dejó atrás sólo a los muy ricos y los muy pobres. Alejandro, naturalmente, quería que sus nuevas ciudades prosperasen, y el flujo de griegos fue bienvenido y alentado. Las ciudades-estado de Grecia lo sentían de manera muy diferente, sin embargo, y agregaron esto a su lista de agravios contra los señores macedonios. Cuando Alejandro murió, se rebelaron en una aventura de corta duración conocida más tarde como la guerra lamiaca (de Lamia), del 323 al 322 a. C.

El acierto de mantener a Esparta fuera de la rebelión lo confirmó Eudamidas cuando los éxitos iniciales de Atenas dieron como resultado otro ejército macedonio de veinte mil hombres, que llegaron de Asia Menor como refuerzos. Toda la guerra duró alrededor de dieciocho meses, y la derrota final ateniense condujo al desmantelamiento forzoso de la democracia y su reemplazo por una oligarquía dirigida por Macedonia. Esparta fue el último estado totalmente independiente en Grecia, aunque su gente tuvo que afrontar el amargo hecho de que esto se debía, principalmente, a que no se consideraba que valiera la pena el esfuerzo de conquista.

Capítulo 11

Los reformadores fallidos

Volverse uno más

La historia de Esparta entre el 322 y el 265 a. C. refleja un estado bastante corriente que participó en las luchas militares y políticas que habían sido parte cotidiana de la vida griega desde tiempos inmemoriales. Ninguna de estas luchas tuvo un efecto duradero en términos de ganancias o pérdidas territoriales, y Esparta, como sociedad, parecía estar asumiendo el papel de una ciudad de segundo rango con un pasado glorioso. Lo que sigue es una breve excursión a través de los aspectos más destacados, y también de los más aburridos, del medio siglo que siguió a la guerra lamiaca del 322 a. C.

Como hemos visto, los gobernantes macedonios de Grecia dejaron a Esparta sola en su rincón del Peloponeso, un rincón rico en potencial defensivo y soldadesca pero con pocos tesoros para el saqueo. En Esparta, la clase alta continuó amasando riquezas y reduciéndose en número, en la medida que los recursos del estado se canalizaron hacia las manos de una élite próspera pero menguante. Muchos lacedemonios del común (el medio era ahora un hombre pobre) aprovecharon la reputación de su glorioso pasado para emplearse como «mercenarios espartanos» en las muchas guerras que los sucesores de Alejandro libraron entre ellos.

Durante esos cincuenta años, Esparta hizo poco por mejorar su reputación. Cuando los sucesores de Alejandro prestaban atención a los espartanos, rara vez era con intención benévola. A principios del siglo III, Demetrio, hijo de uno de los sucesores de Alejandro

llamado Antígono el Tuerto, intentó conquistar el Peloponeso. Trataba de forjarse un reino para sí mismo después de que el imperio de su padre colapsara. El aspirante a conquistador derrotó dos veces a los espartanos, pero los acontecimientos en otras partes de Grecia desviaron su atención antes de que pudiera consolidar las victorias. Los espartanos siguieron de manera oportunista la retirada de Demetrio y alentaron a los ciudadanos de la recién reconstruida Tebas a rebelarse contra su gobierno. Luego, cuando Demetrio se volvió contra sus perseguidores, los espartanos abandonaron Tebas a su suerte apresuradamente y regresaron al Peloponeso. (Por fortuna para Tebas, Demetrio era un hombre apacible, y Tebas se salvó de una segunda destrucción al estilo de Alejandro). De la misma manera ignominiosa, los espartanos se involucraron en la continua disputa sobre el uso de la tierra sagrada por los focios alrededor de Delfos. Habiendo llegado allí para hacer cumplir el orden, los espartanos se dejaron llevar por el saqueo y finalmente fueron perseguidos por los etolios.

Una de las distracciones que había impedido que Demetrio conquistara Esparta fue Pirro de Epiro, el mismo rey que anteriormente había luchado y ganado batallas contra los romanos a un precio tan alto que sus «victorias pírricas» se volvieron proverbiales. Un candidato a la realeza del linaje de los agíadas, a quien los éforos habían despreciado en favor de su sobrino Areo I, ofreció a Pirro la oportunidad de conquistar Esparta. El siempre aventurero Pirro aprovechó la ocasión, especialmente porque en ese momento Areo y su ejército estaban combatiendo en Creta, contratados por la ciudad de Gortina en una guerra, por lo demás, irrelevante.

Esparta todavía carecía de murallas y, como en ese momento tampoco tenía ejército, las dificultades para la defensa de la ciudad se acrecentaban. Se propuso evacuar a las mujeres, pero Arquidamia, la anciana viuda del difunto rey Eudamidas, se opuso a muerte. A partir de ese momento, las mujeres de Esparta tomaron parte activa en la defensa de la ciudad, construyendo algunos de los atrincheramientos y actuando como médicos en el campo de batalla durante la lucha. La defensa fue hábilmente dirigida por Acrótato, el hijo de Areo. Aunque no eran amigos de los espartanos, a los macedonios les agradaba aún menos Pirro, y enviaron refuerzos que

permitieron a la ciudad resistir hasta que Areo y su ejército llegaran a toda prisa desde Creta.

A pesar de la ayuda de Macedonia en esta ocasión, Esparta y los señores supremos de Grecia no se sentían muy a gusto. Una vez Pirro hubo abandonado el Peloponeso en busca de nuevas oportunidades (cerca de Argos, donde murió), Areo comenzó a conspirar con Ptolomeo de Egipto. Esto, junto con la interferencia ptolemaica en otros lugares, dio como resultado una rebelión patrocinada por Egipto contra Macedonia, conocida como la guerra de Cremónides, del 267-261 a. C., nombre debido al nombre del líder ateniense que condujo a su ciudad a la rebelión. El resultado inevitable fue que los macedonios trasladaron un gran ejército al sur y, una vez más, aplastaron las aspiraciones griegas a la libertad. El detalle significativo para este libro es que, como aliado de Atenas, Areo dirigió a su ejército contra los macedonios y murió luchando en medio de la devastadora derrota cerca de Corinto.

Durante este tiempo, Esparta se había ido alejando constantemente de los principios de Licurgo, que habían sido la base social y legal de la ciudad durante los siglos V y IV. Como hemos visto, fue el temprano abandono del principio de que el Estado debía poseer la tierra y dársela en tenencia a cada esparciata en el momento del nacimiento, lo que llevó a que la tierra se concentrara en manos de menos de cien familias a partir del siglo III (Plutarco, Vidas paralelas, «Agis»). Parece que coincidió con el momento en que la agogé tradicional, estricta y según los críticos innecesariamente brutal, de criar a los jóvenes guerreros era más una excepción que una regla. Después de todo, había pocos niños esparciatas a los que (mal)tratar de esta manera. Los que había procedían de las mejores familias, y éstas no veían ninguna razón por la que sólo sus hijos debían brutalizarse.

Otro cambio fue que los espartanos, conocidos por su desdén ante las riquezas, ahora habían comenzado a acuñar moneda. Antiguamente, habían usado espetones arcaicos o monedas de hierro templadas con vinagre para inutilizar el metal para cualquier otra cosa. Se necesitaban carretones para comprar algo de valor y, como era de esperar, las monedas espartanas eran rechazadas con desprecio en otras partes de Grecia. Estaban en sintonía con lo que

pretendía el mítico Licurgo. Sin embargo, en la época de Areo, los ejércitos de Esparta no se nutrían de esparciatas terratenientes. En una estimación aproximada, si todos los esparciatas en edad militar contemporáneos de Areo se congregaran para la batalla, la ciudad podría juntar quinientos guerreros, en una época en que los ejércitos macedonios tendían a ser de alrededor de veinticinco mil soldados; y los macedonios tenían varios de estos ejércitos.

Es decir, Esparta ni siquiera tenía suficientes hombres para librar sus pequeñas guerras en el Peloponeso (el hijo de Areo murió en otro intento inútil de tomar Megalópolis), y tuvo que contratar guerreros para que lucharan por ellos. Estos mercenarios exigían una paga regular, y durante años los espartanos habían utilizado las monedas de la cercana Élide, tanto para pagar a esas tropas como para cubrir los gastos de su aristocracia terrateniente. Entonces Areo decidió deshacerse de la pretensión de que la moneda no tenía sentido para Esparta cuando la realidad probaba tan obviamente lo contrario. Las primeras monedas espartanas se acuñaron en su nombre, y eran sorprendentemente similares a sus equivalentes macedonios.

La adopción de la moneda fue una señal más de que Esparta se estaba convirtiendo en una ciudad griega normal y, de hecho, no había ninguna razón por la que no debería serlo. La militarización extrema de su sociedad había sido ineludible cuando Esparta debía mantener el control sobre Mesenia, que era más rica y poblada. La vieja regla de oro había sido que todo guerrero espartano tenía que ser capaz de derrotar entre siete y diez ilotas mesenios para que la ciudad sobreviviera. Esto había dado como resultado que el hoplita espartano fuera muy bueno, porque tanto ellos como la sociedad a la que pertenecían se habían especializado en la guerra, y en nada más. Pero Mesenia se había acabado, y con ella la necesidad de la sociedad patológicamente militarizada de Esparta.

El que la razón principal para los excesos anteriores de la sociedad espartana ya no existiera no impedía que muchos añoraran «los buenos viejos tiempos», cuando se dirigía con mano dura, en la línea de Licurgo. Sin embargo, pronto los tradicionalistas quedaron equilibrados por otros hombres, que preferían las sedas importadas y las cenas debidamente preparadas a la antigua tradición de la

sopa negra y los gélidos baños matutinos en el río Eurotas.

Esparta seguía siendo diferente, en general, al resto conforme a las normas del siglo III para una ciudad griega, pero su excepción era ahora menos marcada que antes. En esos momentos incluso produjo un filósofo, llamado Sosibio, que tenía interés por la historia. Y se dio una última indicación de que Esparta se estaba convirtiendo paso a paso en una ciudad griega normal. Más o menos en la época de Areo, los espartanos por fin reconocieron que ya no podían confiar en sus propios hoplitas para mantener la ciudad a salvo. Como cualquier otra ciudad griega de cualquier tamaño, Esparta terminó rodeada por una muralla defensiva. De hecho, dada la posición natural de la ciudad en las colinas junto al Eurotas, la adición de murallas hizo que la ciudad fuera fácilmente defendible.

Otro asunto en el que Esparta se parecía ya a otras ciudades contemporáneas de Grecia era que la población estaba formada principalmente por gentes demasiado pobres como para pagar los costes de emigrar a las nuevas tierras conquistadas por Alejandro y sus sucesores, o demasiado ricas para querer hacerlo. La desigualdad era un problema social importante en todas partes de Grecia, pero lo era de manera especial en una sociedad que, en sus días de grandeza, se había enorgullecido de ser una nación de homoioi, «semejantes» (excepto los ilotas, obviamente).

Por tanto, los líderes espartanos tenían una sarta de problemas con los que lidiar. El primero y más inmediato era que Esparta no sólo estaba lejos de ser una ciudad importante en el mundo griego (ahora destacaban lugares como Alejandría y Seleucia del Tigris), sino que también continuaba su declive interior. El número de esparciatas era críticamente bajo, y el resto de la población estaba cada vez más resentida por el poder y la riqueza que se había acumulado en manos de esos pocos aún restantes. En resumen, la revolución era cada vez más probable, y la pregunta soslayada era: ¿quién lideraría esa revolución, los que querían derrocar el sistema de Licurgo o los que querían restaurarlo por completo?

En cualquiera de los dos casos, los perdedores serían los miembros de la actual aristocracia espartana (pues en eso se habían convertido los esparciatas). Como cualquier grupo que tiene el poder sin justificación adecuada, más razones tenían para aferrarse

a él sin importar el coste a largo plazo para el Estado. «Estos hombres se estremecían ante el nombre de Licurgo como esclavos fugitivos al oír el nombre de su amo», comenta Plutarco con sarcasmo. Sin embargo, también como todos estos grupos, los aristócratas no formaban un bloque unido. A algunos los incentivaba la enemistad personal dentro de la facción, mientras que otros eran idealistas.

Agis IV

Entre los idealistas podemos ciertamente incluir al joven rey euripóntida que subió al trono en el 245 a. C., tras la muerte de su padre, Eudamidas II. Agis IV era, sin duda, beneficiario del sistema en uso, ya que su familia era quizá la más rica de Esparta. Sin embargo, Agis era un admirador de los días más simples de antaño y, al convertirse en rey, adoptó inmediatamente esas maneras.

Prescindió de todas las extravagancias, dejó a un lado la ropa costosa y los adornos y los cambió por una capa corta [tradicional] espartana. Siguió cuidadosamente todas las antiguas usanzas en sus comidas, baños y hábitos en general. Dijo de manera palmaria que, si no podía usar su poder como rey para restaurar las antiguas leyes y la disciplina de Esparta, entonces no quería ser rey en absoluto.

(Plutarco, Vidas paralelas, «Agis IV»)

Como suele ser el caso en las monarquías, las preferencias de un rey joven y popular impusieron una moda entre la aristocracia más tierna. De pronto, los jóvenes esparciatas exponían sus cuerpos con entusiasmo a los rigores de una educación clásica y esperaban un futuro que coincidiera con el glorioso pasado de la ciudad. En nuestra escéptica época moderna, a veces se supone que Agis actuó,

al menos en parte, por un deseo de poder personal. Había ascendido al trono a la edad de veinte años, demasiado joven para haber desarrollado el nexo de amistades políticas, favores debidos y conexiones personales de un monarca más experimentado. De otro modo, Agis habría descubierto que personajes más establecidos se interponían en el camino de sus ambiciones.

Estos personajes incluían a los éforos, porque el eforado había sido durante mucho tiempo esclavo de la aristocracia, que usaba el soborno y la influencia para asegurarse de que cinco de los suyos fueran elegidos cada año. Otro obstáculo para Agis fue su comonarca agíada, Leónidas II. Rey durante un decenio antes de la entronización de Agis, Leónidas tenía las conexiones personales y la base de poder social de las que el joven rey carecía. Por lo tanto, se puede argumentar que, al comenzar sus reformas «licúrgicas», Agis estaba organizando, si no una toma del poder lisa y llana, al menos un golpe contra quienes entonces ostentaban la supremacía en Esparta.

Si bien reconocemos que Agis realmente buscaba la hegemonía en Esparta, debemos preguntarnos si los escépticos modernos no estarán poniendo el carro delante de los bueyes. ¿Agis usó la autoridad del nombre de Licurgo para convertirse en el rey dominante o logró el dominio del Estado a partir de un deseo genuino de restaurar la constitución de Licurgo? Ésta es una pregunta razonable, ya que, si su modo de proceder con la insatisfacción de la situación se hizo simplemente para situarse al mando, tenemos que preguntarnos para qué quería ese poder. No le traería más riqueza, ya que probablemente era el hombre más rico de Esparta. No le haría ganar más respeto, porque ya era rey. Por lo tanto, tenemos que aceptar bien que Agis quería el poder por el poder mismo, bien que sentía genuinamente la obligación, como gobernante de Esparta, de renovar la fortuna de su ciudad.

Además, si Agis tenía un motivo personal, resulta totalmente encomiable. Cualquiera que lograse restaurar a Esparta a la posición que alguna vez había ocupado obtendría no sólo poder, sino también gloria. Entre los griegos, luchar por la gloria no sólo era un motivo aceptable, sino que era prácticamente obligatorio. De hecho, Plutarco dice explícitamente que la gloria era el objetivo de Agis

(«Agis IV», 7.2).

Restaurar el lugar de Esparta en el mundo implicaba mucho más que persuadir a jóvenes aristócratas impresionables para que adoptaran ropa más sencilla y comieran platos desagradables. Agis vio claramente que se requería una reforma total del Estado. También sabía que la oposición a la reforma sería igualmente general y, por lo tanto, necesitaba tanto encontrar aliados como eliminar enemigos potenciales. Su primera etapa fue ganar el control del eforado, lo que consiguió cuando uno de los suyos fue elegido para liderarlos. Se trataba de un hombre llamado Lisandro, descendiente del famoso general espartano del mismo nombre y, por consiguiente, naturalmente interesado en recuperar para la ciudad el prestigio que su ilustre antepasado había obtenido.

La segunda etapa implicaba reemplazar al comonarca Leónidas II por alguien más dócil. Leónidas había pasado su juventud en el este y estaba acostumbrado al estilo de vida propio de un monarca griego de Oriente. También había encontrado esposa en el extranjero. Esta dama pudo haber sido de estirpe persa o seléucida o incluso una mezcla de ambas, pero, fuera lo que fuera, ciertamente no era espartana. Si Agis lograba avances razonables con sus reformas, no sólo se vería grave y adversamente afectado el estilo de vida agradable de Leónidas, sino que sus hijos «mestizos» no serían elegibles para la sucesión. En otras palabras, se podía esperar que Leónidas se opusiera a Agis con todo el considerable poder que tenía a su disposición. Por lo tanto, en algún momento tendría que marcharse.

Por el momento, Agis continuaba reuniendo aliados. Entre los que más necesitaba estaban su madre, con su inmensa riqueza, conexiones familiares y deudores, y su abuela, la ahora anciana Arquidamia, que tenía todas las ventajas anteriores y además la gloria y la fama de haber guiado a las mujeres espartanas en su heroico rechazo a Pirro tres decenios antes. En sus intentos por enrolar a las mujeres de la familia en su gran proyecto de reforma, Agis encontró un aliado inesperado: el tío del rey, un hombre llamado Agesilao. A diferencia de su famoso predecesor, este Agesilao era más que un tanto avaro y aficionado a las cosas buenas de la vida. Y por ello Agesilao iba a resultar ruinoso para la fortuna

de Esparta, aunque, a diferencia del Agesilao anterior, el tío de Agis era muy consciente del daño que estaba haciendo.

La razón por la que Agesilao estaba dispuesto a apoyar a Agis en la reforma era porque él, como muchos de sus compañeros aristócratas, estaba gravemente endeudado. El problema fundamental era que la mayoría de los aristócratas espartanos vivía más allá de sus posibilidades. La riqueza en Esparta era insuficiente para sustentar lo que los griegos en el resto del mundo heleno consideraban por entonces los fundamentos de un estilo de vida aristocrático, y Agesilao y sus contemporáneos habían estado pidiendo préstamos. Por consiguiente, a pesar de disfrutar de lujos, caballos y esclavos, muchos esparciatas en realidad debían todo a sus acreedores. Esto tenía poco interés para Agis, aunque era muy consciente de que los lacedemonios de menor rango también estaban sufriendo. De hecho, muchos de ellos luchaban toda la vida para pagar las ruinosas deudas contraídas por el cultivo de tierras poco rentables, que era lo único que les quedaba. Si Esparta volvía a establecerse sobre unos cimientos sólidos, esto debía incluir enderezar la situación económica del Estado, por lo que Agis propuso una cancelación de las deudas. Bastó con esto para ganarse el apoyo entusiasta de su tío Agesilao y de muchos otros espartanos de todas las clases sociales que se encontraban en los mismos apuros.

Las líneas de batalla se iban prefigurando. Por un lado, estaban Agis y su familia, su aliado Lisandro, jóvenes partidarios entusiastas y la masa del pueblo de Lacedemonia. A ellos se sumaron aristócratas como Agesilao, ansiosos por verse liberados de sus deudas. En el otro bando estaban los esparciatas a los que les iba muy bien con las cosas tal y como se presentaban, especialmente aquellos más prudentes en lo financiero, acreedores en lugar de deudores. El acreedor tenía una influencia considerable sobre el deudor, por lo que estos hombres no sólo podían perder dinero, sino también poder político. Este grupo era mucho menos numeroso que las facciones alineadas con Agis, pero eran quienes habían tenido el poder en Esparta hasta el ascenso al trono del joven rey y no iban a renunciar a sus privilegios sin luchar. Además, tenían un campeón natural en el rey agíada, Leónidas II.

Para inclinar aún más la balanza, Agis también reclutó a los dioses antes de presentar sus propuestas a la asamblea del pueblo espartano. (Esta propuesta se denominaba retra, vestigio de la democracia que, en el arcaico período del 700-600 a. C., había convertido brevemente a Esparta en la ciudad socialmente más avanzada de Grecia). Agis decidió introducir a los dioses en escena cuando se enteró de los oráculos de una profetisa supuestamente inspirada por Dafne, la ninfa con el poder de la profecía. Los pronunciamientos de la profetisa respaldaban básicamente el manifiesto de Agis y advertían a los espartanos de que se cuidaran de la avaricia y volvieran a la igualdad (eunomia) ordenada por las leyes de Licurgo.

Entonces, Lisandro presentó una propuesta de que las tierras inmediatamente alrededor de Esparta deberían dividirse en 4500 parcelas, cada una de las cuales quedaría en manos de un solo esparciata. Dado que había muy pocos esparciatas, Lisandro y Agis propusieron que las parcelas restantes fueran para los ciudadanos libres de la comunidad lacedemonia que tuvieran un nivel aceptable física y moralmente. Estos hombres se convertirían en esparciatas y adoptarían el estilo de vida de Licurgo de comidas comunales y ejercicios militares constantes, mientras dejaban que su tierra la cultivaran los esclavos o ilotas. (Esparta todavía tenía ilotas, sólo los ilotas que vivían en Mesenia habían sido liberados). Los niños volverían a estar sujetos al estricto sistema de crianza de la agogé, que les procuraría una vida en grupos y los sometería a un entrenamiento y una disciplina implacables. Las demás tierras de Lacedemonia también se dividirían en lotes, unos 15 000 en total, y éstos serían asignados a los periecos (lacedemonios no espartanos) que fueran capaces de portar armas por Esparta.

Con esta división de tierras, Esparta ganaría de un solo golpe un ejército de unos veinte mil hombres, con un núcleo duro de cuatro mil quinientos esparciatas. Al número de veinte mil no se llegó por casualidad. Historiadores posteriores han señalado que éste tendía a ser el tamaño de cualquier ejército reunido para campaña en la Grecia del siglo III, y probablemente refleja el número máximo de hombres que podían mantener durante un período determinado mediante trenes de suministros y de comida. Un ejército más grande probablemente moriría de hambre si se quedaba en campaña por

mucho tiempo. Además, debido a que el terreno montañoso en Grecia tendía a ofrecer campos de batalla abarrotados, un ejército superior, de todos modos, no habría podido desplegarse de forma efectiva para el combate en la mayoría de los casos.

En resumen, la propuesta de reforma agraria que Lisandro presentó a la asamblea ofrecía a los espartanos la oportunidad de desarrollar un ejército igual a cualquier otro que pudiera operar en el sur o el centro de Grecia. Con semejante ejército, se podía intimidar a los arcadios, capturar Megalópolis y reconquistar Mesenia. Era una perspectiva que daba vértigo. Para dar los primeros pasos prácticos hacia este sueño, Agis compareció después de que Lisandro anunciara que él y su familia echarían el balón a rodar contribuyendo a la causa con las tierras del muy considerable patrimonio del joven rey, y las propiedades aún más importantes de su madre y su abuela. Además, de su propio bolsillo, Agis agregaría seiscientos talentos (por un valor aproximado de quince millones de dólares de los Estados Unidos en la actualidad, aunque el dinero va mucho más allá cuando uno tiene que cubrir sólo los requisitos básicos del lacedemonio medio).

Leónidas, como era de esperar, interpuso una objeción. Argumentó que la ley de Licurgo ordenaba que Esparta expulsara a los extranjeros y, sin embargo, Agis proponía que se les diera la bienvenida e incluso que se les permitiera la entrada en la clase de los esparciatas. Pero Agis esperaba el comentario y tenía preparado un contraargumento; respondió que Licurgo se había opuesto a los extranjeros por el vicio, el lujo y la codicia que traerían a Esparta. Ahora, como el Estado ya estaba corrompido por el vicio, el lujo y la codicia, agregar extranjeros no iba a cambiar mucho, en el peor de los casos. En el mejor de los casos, dado que estos extranjeros se convertirían en espartanos y adoptarían sus costumbres, Esparta los purificaría, en vez de que estos extranjeros corrompieran aún más a los espartanos, si es que eso fuera posible. En una réplica final, Agis preguntó cómo el hombre criado en una corte extranjera y con hijos de una esposa oriental podía dictar que los extranjeros no podían convertirse en espartanos.

Leónidas, respaldado por aquellos que se arriesgaban a perder sus tierras y la satisfacción de las deudas que se les debían, obligó

mediante una moción a que la retra se presentara a la gerusía (el consejo de ancianos). Ésta debería responder a si las leyes de Licurgo permitían que los no espartanos se convirtieran en esparciatas. Si las leyes no permitían tal innovación, la propuesta de Lisandro no podía presentarse legítimamente a la asamblea. Ayudaba a la causa de los reaccionarios que una de las leyes de Licurgo ordenaba convenientemente que dichas leyes no fueran escritas. Por lo tanto, las leyes supuestamente inmutables tenían una tendencia a ser lo que los que estaban en el poder querían que fueran.

Naturalmente, los terratenientes ricos habían llenado la gerusía con los suyos a lo largo de los años, al igual que tenían entre sus manos el resto de órganos del gobierno. Aun así, fue por un solo voto que la gerusía dictaminó, como era su derecho, que la retra de Lisandro no cumplía con los requisitos. En consecuencia, la medida fracasó porque, aunque la asamblea quería que se le presentara la propuesta, no se pudo oficializar la retra para que el pueblo la proclamara ley.

La oposición de Leónidas había sido clave para el fracaso de la propuesta. Por lo tanto, fue en este punto que los reformadores decidieron que la deposición de Leónidas, largamente discutida, debía salir adelante. El plan ya había sido trazado, y Lisandro lo puso en marcha. Era obvio que se trataba de un castigo a Leónidas. Los reformadores querían demostrar que podían ser brutales si resultaba necesario. Tuvo menos de desafío legal que de linchamiento por motivos políticos.

La acusación fue que Leónidas había tomado esposa extranjera, y Lisandro exigió la pena de muerte en razón de lo que el propio Leónidas había alegado: que era una violación de las leyes de Licurgo. Leónidas adivinó correctamente que, dado que la retra de Lisandro había fallado, quienes lo habían respaldado anteriormente ya no lo necesitaban como apoyo. Sus antiguos aliados dejarían que Leónidas se las arreglara solo. Literalmente, había sobrevivido a su propia utilidad.

Dos cosas evitaron la prematura desaparición del rey espartano. La primera fue que el objetivo de los reformadores era quitarle el poder real a Leónidas, no sesgarle la vida. La segunda, que su

popular hija Quilonis se unió a él cuando buscó refugio en un templo de Atenea. (Más tarde siguió a su padre al exilio). Leónidas fue despojado de la corona, que fue entregada a su yerno Cleómbroto, mucho más dócil.

Incluso con Leónidas fuera del paso, quedaban más obstáculos. Los reformadores necesitaban encontrar una forma de rediseñar la nueva legislación de tal manera que eludiera el fallo de la gerusía. Todavía estaban trabajando en ello cuando se cumplió el año de Lisandro en el cargo. Los nuevos éforos fueron una sorpresa desagradable para Agis y los reformadores, porque eran partidarios radicales de la facción reaccionaria. De hecho, una de las primeras medidas del nuevo eforado fue proponer sanciones legales contra Lisandro por sus acciones mientras estaba en el cargo.

Aun así, los reformadores ahora tenían a ambos reyes de su lado. Por lo tanto, argumentaron que no era propio de los éforos oponerse a la voluntad unida de ambos reyes, aunque algunos espartanos podrían haber afirmado, y con razón, que éste era exactamente el propósito del eforado. Aunque el estancamiento de la legislación estaba provocando que el apoyo popular decayera, Agis todavía disfrutaba del suficiente respaldo para poder pasar a la acción directa. Seguido por una multitud de simpatizantes, marchó hacia el mercado, donde se reunían los éforos (al menos algunas de las reuniones del eforado eran sesiones públicas), y literalmente despojó a los éforos de sus asientos y los reemplazó por otros hombres, incluido su tío Agesilao. Fue un verdadero golpe, aunque no se le diera ese nombre.

Agis, en realidad, era un revolucionario discreto. Liberó a algunos prisioneros, pero dejó ilesos a los miembros de la facción opuesta. A pesar de ello, Leónidas no estaba dispuesto a correr el riesgo de quedarse en Esparta. Eligió este momento para tratar de huir de su santuario y exiliarse en Tegea, y Agis no sólo lo dejó ir, sino que le proporcionó una escolta. En todo caso, ésta podía ser necesaria porque Agesilao estaba a favor de que el exrey y su hija sufrieran un accidente fatal en el viaje.

En este punto, Agis cometió un error fatal. Se dejó persuadir por Agesilao de que, aunque las reformas agrarias estuvieran actualmente bloqueadas, no había nada que impidiera que siguiera

adelante con el alivio de la deuda. Con esto al menos mostraría a sus partidarios que los reformadores no eran totalmente inútiles. Era necesario emprender acciones de algún tipo con la mayor urgencia, porque se había pedido al ejército espartano que ayudara a sus aliados aqueos, y Agis pronto estaría ausente en campaña y, por tanto, impedido de reformar las leyes.

El inconveniente de separar la reforma de la deuda de la agraria era que nada podría haberse calculado mejor para desconectar también a los reformadores del apoyo político con el que contaban entre la aristocracia terrateniente. Una vez liquidadas sus deudas, los aristócratas no tenían ningún interés en ceder sus tierras. Con Agis obligado a salir de Esparta por la campaña en Arcadia, Agesilao quedó a cargo del proceso de reforma y se aseguró de que el nuevo reparto de tierras se empantanara irremediablemente en el proceso legislativo.

Una vez Agis marchó, Agesilao abusó de su cargo. Se cuenta que aceptó sobornos por decisiones judiciales injustas e incluso insertó un decimotercer mes en el calendario para poder exprimir un mes adicional de impuestos a la población. Como era de esperar, la gente comenzó a pensar que las llamadas reformas habían sido un gran engaño. Agis había utilizado sus esperanzas como instrumento para reemplazar a un grupo de gobernantes corruptos por otros aún más corruptos y con menos autoridad constitucional.

Cuando Agis regresó de la campaña (donde el ejército espartano había impresionado con su disposición, pero en la que no hubo combates serios), se encontró con un gran malestar popular, que sus enemigos vieron como una oportunidad. La facción reaccionaria decidió que antes de que el recién llegado Agis pudiera controlar la situación, debían arriesgarlo todo y traer a Leónidas del exilio. Gracias al disgusto por el lento progreso de la reforma y la extrema impopularidad de Agesilao, la contrarrevolución tuvo éxito. Restaurado en el trono espartano, un Leónidas vengativo se volvió en primer lugar contra aquellos que lo habían destituido. Agesilao huyó al exilio y Agis se vio obligado a buscar refugio en un templo, tal como había hecho antes el mismo Leónidas. El rey Cleómbroto salvó la vida porque Quilonis, hija de Leónidas, defendió tan apasionadamente la vida de su esposo como antes había justificado

la de su padre. Cleómbroto se salvó de la ejecución, pero marchó al exilio.

Entretanto, Agis permaneció en el templo de Poseidón, y sus amigos se turnaban para escoltarlo hasta el río para bañarse. Resultó que uno de estos amigos había pedido prestadas varias copas de valor incalculable y otros artículos del servicio de mesa de la madre de Agis, y se resistía a devolverlos. Si se quitaba de en medio a Agis, no tendría que hacerlo y, en consecuencia, traicionó a su rey frente a Leónidas.

Detenido y llevado ante los éforos para que lo juzgaran, Agis fue acusado de subversión, traición y derrocamiento ilegal de los éforos anteriores. En realidad, nadie quería que se ejecutara al joven rey, sobre todo porque todavía contaba con cierto apoyo popular, de forma que se instó a Agis a admitir que todo lo había hecho bajo la dirección de Agesilao. La esperanza era mostrar al público que Agis era un joven crédulo que había sido engañado en contra de su buen juicio y que ahora se arrepentía de su pasada locura. Pero Agis no lo aceptó. Afirmó con entereza y resolución que todo se había hecho bajo sus órdenes y que lo repetiría a la menor oportunidad.

Para entonces, la madre y la abuela del rey se habían presentado fuera del recinto. Con ellas se encontraba una turba inquieta que exigía que la culpabilidad o la inocencia del rey se decidiera en un juicio público, ante testigos. Los éforos, aterrorizados, decidieron que Agis debía ser ejecutado de inmediato. Después, cuando la madre y la abuela exigieron comprobar que el hijo estaba a salvo, los éforos ordenaron que se las escoltara hasta la habitación donde se había llevado a cabo el «juicio» y ejecutado al rey. Los éforos ni siquiera se molestaron en realizar un nuevo juicio. Tanto la madre como la abuela fueron asesinadas de inmediato junto al cadáver de su descendiente; la ejecución de Arquidamia fue un acto particularmente repugnante, ya que la mujer tenía por entonces más de noventa años.

Por desgracia, estas muertes reflejan otro aspecto típico de las ciudades griegas en que Esparta se estaba convirtiendo. Las luchas políticas internas eran la norma, seguían siendo un negocio despiadado y letal. Esparta, con una constitución estable y armonía social, se había librado hasta entonces de semejante trastorno.

Hasta que el consenso social se rompió con Agis, todos los reyes espartanos, excepto dos, habían muerto pacíficamente. De esos dos, uno era el Cleómbroto perecido en la batalla de Leuctra, y el otro, un rey tan lejano en el pasado legendario de Esparta que podría no haber existido nunca. Por cierto, en todos los siglos anteriores, Esparta nunca había ejecutado a un rey. El precedente se había establecido para unos tiempos en los que la política espartana se volvería mortífera para todos los interesados.

Cleómenes III

Afirma Plutarco, con sustancial exageración, que así era Esparta durante los años que siguieron a la muerte de Agis:

La gente estaba embotada por la ociosidad y el placer. Todo lo que el rey [Leónidas] quería era disfrutar de sus riquezas en el lujo, y dejó que los asuntos de estado fuesen a su aire. Se descuidó el interés público y cada hombre buscaba el beneficio sólo para sí mismo. Ahora que Agis había muerto, era peligroso incluso hablar de práctica con las armas, entereza y autodisciplina, y mucho más hablar de igualdad.

(Plutarco, Vidas paralelas, «Cleómenes»)

Si bien en apariencia los reformadores habían sido completamente aplastados, uno de ellos permanecía cerca del centro del poder. Se trataba de Agiatis, la exesposa del rey Agis, que se había salvado de la ejecución porque había permanecido en casa durante la crisis, cuidando de su hijo pequeño. Agiatis era la heredera del rey muerto y, presumiblemente, también de la madre y la abuela de Agis. Esto la convertía en la persona más rica de Esparta. Leónidas, que no estaba dispuesto a perder todas esas preciosas tierras y fortunas,

obligó a la viuda a casarse con su hijo Cleómenes. (Del joven hijo de Agis hay pocas noticias, aparte de un discutible comentario mucho más tardío del geógrafo Pausanias, quien afirma que el niño rey fue envenenado [Pausanias, 2.9.11]).

Así estaban las cosas en el 235 a. C. cuando Leónidas murió y su hijo Cleómenes llegó al poder. Ocurrió que Cleómenes no había querido demasiado a su padre, pero sí amaba a la esposa que le había encomendado. El amor por su mujer incluso había llegado a incluir gradualmente las aspiraciones que Agiatis había compartido con Agis, su primer marido. Cleómenes, en suma, se había convertido en un reformador, aunque las circunstancias le exigían que se lo guardara para sus adentros durante un tiempo.

Como monarca espartano, Cleómenes era ante todo un rey militar. Y tan pronto como llegó al trono, Esparta necesitó que su rey estuviera al frente del ejército. El problema era la Liga Aquea, surgida de los restos de la Liga Arcadia, que se había dividido en una facción filoespartana, en gran parte independiente, y los aqueos, que se habían aunado para dominar el noreste del Peloponeso. Durante el reinado de Agis, los espartanos se habían aliado con los aqueos, pero después de la muerte de Leónidas, Arato, oportunista líder de los aqueos, intentó expandir su liga hostigando a los aliados de Esparta en Arcadia. Los espartanos debían demostrar que el tener en el trono a un rey joven no significaba que Esparta fuera menos capaz de defender eficazmente sus intereses, por lo que Cleómenes partió de inmediato con su ejército en una demostración de fuerza.

El primer objetivo era asegurar una valiosa fortaleza estratégica, Belbina, que dominaba los accesos a Megalópolis. En ese momento, los aqueos y los espartanos no estaban oficialmente en guerra. Sin embargo, dado que las acciones de Esparta eran categóricamente hostiles, Arato decidió que seguiría el precedente de las acciones de Esparta durante las guerras del Peloponeso y Mesenia y abriría las hostilidades apoderándose de una ciudad desprevenida. Una marcha forzada de noche lo llevó a Tegea, que dominaba los accesos al valle del Eurotas y al centro lacedemonio. Aquí Arato descubrió que los lugareños también habían aprendido de la historia; se mostraron profundamente suspicaces sobre sus intenciones. Los hombres que

debían entregar la ciudad a Arato se retiraron de la traición, y los aqueos se vieron obligados a regresar a casa con las manos vacías.

Arato fue seguido por un mensajero de Cleómenes, quien deliberadamente le preguntó qué había estado haciendo. El líder aqueo respondió que había estado reorganizando sus tropas como respuesta a la ocupación espartana de Belbina. «¿De verdad?», respondió Cleómenes. «Entonces, mientras tus hombres marchaban en esa dirección, ¿hacia dónde iban tus antorchas y tus escaleras?».

A pesar de que Arato no había logrado su objetivo en un ataque sorpresa, el intento era una declaración de guerra. Dada la denuncia anterior de Plutarco sobre la lasitud espartana bajo Leónidas, parece extraño que una vez que se abrieron las hostilidades los aqueos fueran tan reacios a entablar batalla con Esparta. Arato fue grandemente ridiculizado más tarde, cuando su ejército de veinte mil hombres se negó a luchar contra los cinco mil que Cleómenes levantó contra él. Más tarde, cuando el ejército aqueo se volvió para luchar contra los espartanos en Élide, fueron derrotados. Esto sugeriría que, a pesar de las calumnias de Plutarco, los espartanos habían seguido entrenándose para la batalla, después de todo. (Los espartanos no podían reunir a cinco mil esparciatas para el ejército; en realidad, la mayoría de los soldados de Cleómenes serían probablemente mercenarios, igual que había sucedido durante decenios).

Al hilo de su victoria, Cleómenes dirigió su atención a Megalópolis, como solían hacer los espartanos cuando sentían que las cosas iban bien. En cualquier caso, Megalópolis era miembro de la Liga Aquea y, por tanto, un objetivo legítimo. Una vez más los espartanos se salieron con la suya y, aunque no capturaron la ciudad, derrotaron por completo al ejército mesenio y a sus aliados aqueos justo frente a las murallas de la ciudad.

Dados los valores guerreros de la sociedad espartana, la victoria militar era una ruta segura hacia el apoyo popular y el poder político. Por lo tanto, Arato había conspirado inconscientemente para ayudar a los reformadores en sus planes, ya que hasta que Cleómenes ganó credibilidad gracias a la exitosa campaña era poco más que un mascarón de proa en la escena política interna. El eforado tenía un firme control del poder y lo ejercía sin piedad.

Cuando murió el comonarca de Cleómenes (presumiblemente, el joven hijo del difunto Agis con Agiatis, de quien Pausanias afirma que fue envenenado), los éforos se mostraron reacios a aceptar a su sucesor, que era un pariente reformista que había huido a Mesenia cuando Leónidas organizó su contragolpe.

Tan pronto como Cleómenes invitó a este pariente de Agis a regresar a Esparta y ocupar el trono vacante, los éforos lo apresaron. Volvieron a ejecutar a un rey sin ni siquiera el beneficio de un juicio, lo que resultó imprudente, porque Cleómenes no era ni de lejos tan suave como Agis y además tenía un ejército leal detrás de él. De vuelta a la ciudad con el ejército, Cleómenes siguió el ejemplo de los éforos. Sin preocuparse por la legalidad, simplemente ordenó la matanza de todos los éforos a los que pudo apresar (uno escapó y fue rápidamente desterrado). Cleómenes había estado investigando más a fondo durante la campaña y, una vez eliminados los éforos, publicó una lista de otros ochenta ciudadanos a los que calificó de enemigos del Estado. Fueron también condenados al destierro, como el único éforo sobreviviente.

Después de eso, las reformas de Agis, largamente demoradas, se impusieron por completo. Si bien es cierto que se hizo a punta de espada, Cleómenes no tenía intención de convertirse en dictador. En efecto, había dado un golpe de estado contra su propio gobierno, pero rechazó las acusaciones de que en su intento de restablecer las leyes de Licurgo hubiese violado perversamente la más básica de esas mismas leyes. Ciertamente, se había roto una larga tradición de armonía cívica, pero Cleómenes señaló que habían sido los éforos y sus partidarios los primeros en romper dicha armonía. Afirmó que la suya era más bien la posición de un médico que tiene que causar algunas molestias para purgar a un paciente de toxinas peligrosas. Una vez que las leyes de Licurgo fueran restauradas al sitial que les correspondía en la constitución y que el vicio, el lujo y la corrupción fueran purgados, se restablecería la paz cívica.

Incluso a aquellos a quienes Cleómenes había enviado al exilio se les asignaron tierras, así como a los demás esparciatas, tanto a los antiguos como a los recién elevados al rango. Una vez que las cosas se calmaran, Cleómenes tenía la intención de restablecer el eforado y restituir a los exiliados. Asimismo, Cleómenes quiso recuperar la

tradicional realeza conjunta, la diarquía. Las circunstancias recientes habían sido difíciles para la línea de los agíadas, por lo que no había candidatos adecuados. Al final, Esparta disfrutó de una novedad: una realeza euripóntida de doble trono, ya que Cleómenes convirtió en rey a su hermano Euclidas.

No fue la única innovación. Cleómenes, que había visto la eficacia de los piqueros empleados por los macedonios, equipó a algunos de sus hombres con la larga sarissa de dos manos y los entrenó en la formación que los macedonios habían utilizado para someter Grecia. Luego, rápidamente condujo a ese ejército reformado a una prueba contra Megalópolis y devastó las tierras que dependían de la ciudad. Sabiamente, los megalopolitanos no se opusieron a los espartanos, que, por primera vez en décadas, hicieron una incursión militar en Mesenia. Después, Cleómenes marchó rumbo al norte, hacia Élide, y nuevamente derrotó a la Liga Aquea, lo que obligó a Arato a apartarse temporalmente del mando.

El joven y dinámico rey de Esparta aún no se daba por satisfecho. Con la lealtad de Corinto a la Liga bajo sospecha, los aqueos habían retirado gran parte de su guarnición de Argos para reforzar el control sobre la ciudad. Cleómenes aprovechó tanto esta circunstancia como la fiesta religiosa argiva para infiltrar a sus hombres en Argos. Tomados en parte por sorpresa y en parte (dice Plutarco) deslumbrados por el carisma de Cleómenes, los argivos acordaron dejar la Liga Aquea y convertirse en aliados de los espartanos. El enojoso hecho de ver a Argos y a una Esparta renaciente combinados en su contra fue suficiente para persuadir a los vacilantes corintios de invitar a Cleómenes a desalojar a la guarnición aquea de su ciudad. Por un momento, parecía que la Liga del Peloponeso se iba a alzar de nuevo. La sola perspectiva era suficiente para causar gran alarma entre muchos.

De hecho, el éxito de Cleómenes resultó su propia ruina, a causa en parte del anterior historial de abuso de poder de Esparta cuando tenía el control de los asuntos griegos. Esparta como potencia menor en el sur del Peloponeso era una cosa, una Esparta que amenazaba con recuperar la hegemonía era otra. Los pueblos de Grecia sabían lo que era estar bajo la bota espartana, y no deseaban volver a esa situación. Además, ahora que parecía que Cleómenes

podía convertirse en un poder real en el mundo heleno, las potencias del orden establecido comenzaron a prestarle una atención crítica y hostil.

La Liga Aquea había nacido con la premisa básica (entre alguna otra) de establecerse como baluarte griego contra el dominio macedonio. Sin embargo, Arato (de nuevo en el poder) abrió negociaciones con ellos, con la intención de aliarse contra Esparta. Dice mucho sobre el legado de períodos anteriores de primacía espartana que incluso la sola perspectiva del poder de Esparta significara que los aqueos y sus aliados griegos estuvieran dispuestos a aceptar una colaboración con lo que la mayoría todavía consideraba un ejército de ocupación: el macedonio. (No es que no hubiera una gran insatisfacción con la alianza con Macedonia. Algunos historiadores creen que Arato había abierto estas negociaciones antes, y fue en parte esto lo que provocó la deserción de Argos y Corinto al bando espartano).

En la nueva alianza se hicieron algunas concesiones importantes entre bastidores. Los aqueos acordaron devolver la estratégica Acrópolis de Corinto a los macedonios junto con varios rehenes, incluido el hijo de Arato, como garantía del buen comportamiento de la Liga. A cambio, parece que los macedonios hicieron un trato con Ptolomeo, de Egipto, por el cual le cedieron algunos de sus territorios en Asia Menor.

Este acuerdo era inevitable, porque durante decenios los egipcios dispusieron su apoyo a cualquiera que agitara las aguas en Grecia e hiciera la vida imposible a los macedonios. De esta forma, en opinión de los egipcios, los macedonios difícilmente podían alinearse con seléucidas en contra de ellos. Además, los ptolemaicos y los macedonios eran rivales directos por la hegemonía en islas en el mar Egeo. Por consiguiente, Ptolomeo había estado financiando a los mercenarios del ejército espartano, con la esperanza de que este ejército hiciera lo que Arato y otros habían hecho antes y finalmente desafiara a los macedonios.

En cambio, Cleómenes no había luchado contra los macedonios, lo que era bastante decepcionante, sino que había ido contra los aqueos, antimacedonios de primeras, obligándolos al fin a aliarse con Macedonia. Además, Ptolomeo quería que Esparta fuera un

alborotador regional, no una potencia resurgente. Por lo tanto, con la propuesta de los macedonios, desde el punto de vista ptolemaico, todos salían ganando. Los egipcios ganaban tierras en Asia Menor y se ahorraban los subsidios a su demasiado poderoso aliado espartano.

Para Esparta, el abandono de Egipto era un desastre. Sin mercenarios, el ejército espartano era patéticamente pequeño, especialmente cuando se comparaba con la fuerza combinada de los macedonios y los aqueos. Cleómenes hizo lo que pudo. Primero, obtuvo algunos ingresos vendiendo la libertad a los ilotas espartanos que quedaban por el dinero que pudieran recaudar para comprarla. Luego se volvió vengativamente contra Megalópolis, la eterna espina espartana, y esta vez tomó y saqueó la ciudad. Este suceso conmocionó a los aqueos, pero el efecto no fue separarlos de Macedonia, sino fortalecer aún más la alianza.

En el 222 a. C., un ejército combinado de macedonios y aqueos avanzó sobre Lacedemonia, y Cleómenes tuvo que marchar hacia el norte con un ejército superado en número para defender a Esparta. Al principio, los espartanos consiguieron contener al enemigo en los alrededores de Corinto. Cleómenes demostró ser un general inteligente y agresivo. Sin embargo, una vez que los macedonios forzaron las defensas espartanas junto al istmo, una batalla culminante por el dominio del Peloponeso no podía demorarse mucho más. El resultado fue una contienda heroica que causó graves bajas en ambos bandos. Los espartanos tenían la moral alta y una posición fuerte que mantenían bajo el mando de un general capaz. Sus enemigos componían un ejército de veteranos aliados, un mayor número de soldados y muy buenos comandantes propios.

Dos momentos clave decidieron la batalla. Uno fue una carga de caballería comandada por un joven oficial llamado Filopemén de Megalópolis, que desordenó las filas espartanas. Cuando el comandante macedonio preguntó quién había autorizado la carga, uno de sus oficiales respondió que el joven lo había hecho sin permiso. «Bueno, demostró la habilidad que debiste haber demostrado tú, lo que lo convierte a él en el general y a ti en el alevín», replicó el macedonio.

El otro momento clave fue un error del hermano de Cleómenes,

Euclidas. Con el enemigo avanzando cuesta arriba hacia él, Euclidas esperó hasta el último momento para contraatacar. Había tenido la intención de cansarlos con las pendientes, pero reaccionó demasiado tarde. Los macedonios resistieron el primer impacto y al poco lograron que los espartanos retrocedieran al otro lado de la cima de la colina. Esto significaba que, en lugar de luchar por una retirada paso a paso por la ladera con la pendiente a su favor, las tropas espartanas se enfrentaban a un número superior de soldados que las empujaba cuesta abajo. Demasiado apretujados para maniobrar y acosados por los irregulares de Iliria, los hombres de Euclidas rompieron filas. La huida cuesta abajo sobre terreno accidentado les costó cara.

Mientras tanto, Cleómenes comandaba a los esparciatas en una batalla cuerpo a cuerpo con la falange macedonia. Aunque los esparciatas lucharon con una ferocidad y terquedad dignas de su linaje, al final prevaleció el peso y la experiencia de los macedonios. No muchos esparciatas huyeron, ni siquiera después de la derrota. La mayoría murió allí mismo, en el campo de batalla. Sólo cuando la causa espartana se había perdido total e irremediablemente, Cleómenes abandonó el campo.

Más tarde, los espartanos descubrieron que se había producido una masiva invasión bárbara de Macedonia. Si Cleómenes hubiera postergado la lucha una semana más, el ejército macedonio se habría retirado a toda prisa para defender su patria. Eso mismo hizo, pero no antes de ocupar Esparta. Por primera vez en su historia, la ciudad de Esparta había caído en manos de un invasor extranjero. El renacimiento de Cleómenes había llegado a su fin.

Capítulo 12

Nabis y el fin de Esparta

A pesar de todas las brillantes esperanzas que había suscitado, Cleómenes tuvo un final ignominioso. Después de su derrota en Selasia, el rey se detuvo sólo brevemente en Esparta, donde aconsejó a los poderes civiles que llegaran al acuerdo que pudieran con los macedonios, y luego huyó para buscar refugio con su otrora aliado, Ptolomeo de Egipto. Aunque Ptolomeo simpatizaba con el refugiado real, no estaba dispuesto a ayudarlo con los planes de reunir un nuevo ejército y regresar a Esparta. Cuando Ptolomeo murió, su sucesor fue aún menos comprensivo, y Cleómenes fue puesto bajo arresto domiciliario. Finalmente, las relaciones entre el nuevo monarca y el exiliado se rompieron, hasta el punto de que, en el 219 a. C., Cleómenes trató de levantar una rebelión en Alejandría, y se suicidó cuando fracasó. Inmediatamente, su esposa e hijos fueron ejecutados.

Mientras tanto, no todo iba bien en Esparta. El período comprendido entre el 219 y el 206 a. C. muestra el extremo estado de disfunción en el que había caído la ciudad. Para empezar, carecía de un gobierno adecuado, porque Cleómenes había matado a los éforos y él mismo se había exiliado y luego se había dado muerte. De Euclidas no se sabe nada después de la batalla de Selasia, y es razonable seguir a los historiadores que suponen que murió en combate.

Según Plutarco, la ocupación macedonia de Esparta fue breve, ya que, como hemos visto, éstos tenían asuntos urgentes en otros lugares. Habían presionado a los espartanos para que se unieran a una nueva Liga Helénica (que nunca despegó realmente) y «restauraron la constitución ancestral». Esta última es una afirmación de Plutarco, quien en realidad no explica lo que quería

decir con ella.

En realidad, es muy probable que con la marcha de Cleómenes al exilio y la de los macedonios al norte, la vieja aristocracia intentara recuperar el poder. Sin embargo, las reformas de Cleómenes habían creado una nueva clase de espartanos, y los supervivientes de Selasia estaban decididos a que la lucha no hubiera sido en vano. Así, cuando la vieja aristocracia intentó recuperar su antiguo poder y los nuevos esparciatas se negaron a ceder sus derechos, se produjo un conflicto. El resultado fue la stasis: la temida condición de la lucha de clases que continuamente había llagado a otras ciudades de Grecia y había aniquilado a los mejores y más brillantes líderes cívicos, mientras que los demás se dedicaban a la política local inútil, improductiva y cruel.

Hasta el 206 a. C., el relato de los acontecimientos en Esparta es oscuro y sombrío. Los reyes euripóntidas y agíadas, en su mayoría de origen cuestionable, fueron elevados al trono, exiliados y destituidos a un ritmo que significaba que el monarca promedio duraba unos ocho meses. Después de que Cleómenes hubiera sentado el precedente, al menos diez éforos resultaron asesinados en disturbios. El estado espartano había perdido aún más tierras después de Selasia gracias a las apropiaciones macedonias y el oportunismo mesenio. En este punto, una figura definitiva sube al escenario.

Nabis toma el poder

Nabis era un villano, un tirano malvado que se deleitaba en la tortura y la crueldad. Esto queda claro en las historias de Polibio y Tito Livio, en el mismo sentido que, si creyéramos a Plutarco, Cleómenes era una especie de santo secular. Existen numerosos problemas para comprehender el reinado de Nabis de Esparta. El principal es que su historia fue escrita por los ganadores, como suele suceder siempre. Nuestra fuente primordial, Polibio, no fue neutral. Como aqueo, intentaba persuadir a sus lectores romanos de que la Liga tenía razón al continuar su enemistad con Esparta,

incluso después de la muerte de Cleómenes. Cualquier acción contra Esparta estaba justificada porque Nabis era una persona muy odiosa.

Este sesgo se refleja en la obra del historiador romano Tito Livio, en parte porque éste a veces sigue el texto de Polibio casi literalmente, y también porque la conducta romana hacia Esparta en este período tampoco fue particularmente meritoria. Por lo tanto, un lector imparcial debe leer los relatos de los historiadores antiguos sobre los últimos años de Esparta como estado independiente incluso con más escepticismo del habitual. Lamentablemente, nuestro correctivo habitual, la obra de Diodoro Sículo, es fragmentaria en este punto, aunque por lo escaso que nos ofrece sobre Nabis vemos que él tampoco se contaba entre sus admiradores. Por ejemplo:

Nabis, el tirano espartano, continuamente se planteaba nuevos tormentos para el pueblo. Lo hacía pensando que cuanto más bajo hundiera a su país, más alto se elevaría en comparación. En mi opinión, cuando un canalla llega al poder, generalmente no puede lidiar con su buena suerte.

(Diodoro Sículo, Biblioteca histórica)

Hay que admitir que, si Nabis hubiera sido un alma más noble, no habría llegado al poder en absoluto. La lucha por la dignidad real fue feroz, y a Nabis no lo sostenía un derecho muy sólido. Polibio alega –como de costumbre– que Nabis sólo estaba relacionado lejanamente con el linaje de la corona. Llegó al poder como regente del joven Pélope cuando su predecesor en esa posición fue derrotado en batalla por los aqueos. Pélope era hijo de un rey euripóntida llamado Licurgo, cuyo derecho al trono era tan débil que Polibio afirma que sobornó a los éforos para que lo aceptaran.

Según nuestras fuentes, una vez que se convirtió en regente, Nabis mató rápidamente al joven Pélope –y a cualquier otro rival con

pretensiones al trono– y se erigió como único gobernante. No podemos decir cuánto de esto es cierto. Sabemos que los agíadas eran escasos incluso en la época de Cleómenes, y los tiempos habían sido difíciles desde entonces. Los agíadas podrían haberse incluso extinguido. Es indiscutible que en el 206 a. C. sólo había un monarca en Esparta, y que era Nabis quien gobernaba. Polibio asegura que Nabis mantenía el poder a través de sirvientes que eran «asesinos, ladrones y bandidos [...] la clase de hombres cuyos propios países habían rechazado por los crímenes cometidos».

Ya sea porque estaba demasiado ocupado matando y aterrorizando a los esparciatas o porque necesitaba reconstruir el Estado después de una desastrosa guerra con los aqueos, Nabis mantuvo un perfil bajo en los asuntos exteriores durante los primeros años de su reinado. No obstante, estos asuntos se estaban poniendo interesantes. Roma iba camino de derrotar a la Cartago de Aníbal en la segunda guerra púnica (218-201 a. C.). Allí, los macedonios, encabezados por el capaz y enérgico Filipo V, se habían puesto del lado cartaginés. Los aqueos se habían quedado junto a sus aliados macedonios, lo que naturalmente significó que los espartanos y los etolios fueran en favor de Roma.

Los etolios formaban otra liga, que había surgido en el área geográfica al norte de los aqueos, al otro lado del golfo de Corinto. Aunque de larga data, esta liga había adquirido prominencia recientemente en tanto rivales de la Liga Aquea. Como era de esperar, el aqueo Polibio nos asegura que los etolios eran un grupo irresponsable de piratas oportunistas, inmorales y poco fiables, cuya sed de sangre estaba limitada sólo por una cobardía intrínseca.

Polibio no nos cuenta mucho sobre lo que hacía Nabis mientras se mantenía alejado de los enredos exteriores. Los fragmentos que ofrece sugieren que, si se elimina la tradición hostil, entonces Nabis fue un reformador al estilo de Agis y Cleómenes, pero considerablemente más brutal. De hecho, dado que la mayoría de la oposición a su gobierno provendría de la aristocracia, era políticamente conveniente para Nabis ponerse del lado reformista. Así nos enteramos de que confiscó las tierras de la aristocracia y las distribuyó entre sus partidarios disolutos. También hay historias de que vendió la libertad a esclavos e ilotas. Plutarco menciona este

acto con aprobación cuando se trata de Cleómenes, pero Polibio lo rodea de las más oscuras sospechas en el caso de Nabis.

En cualquier caso, después de tres años, Nabis había superado toda oposición organizada a su gobierno y había reunido un ejército útil de diez mil hombres. En el siglo V o VI a. C. esto habría sido suficiente para infundir miedo en los corazones de los estados cercanos, pero los tiempos habían cambiado. Para empezar, el ejército promedio en la Grecia de la época de Nabis tenía el doble de ese tamaño. En segundo lugar, como había observado alegremente Aristóteles un siglo antes, «cuando los espartanos eran los únicos que practicaban con las armas a tiempo completo, vencían a todos. Ahora todos practican y todos ganan a los espartanos».

Nabis en guerra

Lo primero que hizo Nabis con su ejército fue un intento «traicionero» de conquistar Mesenia. Supuestamente, esto sucedió en una marcha a lo largo de una ruta que Polibio admite que no tiene ningún sentido (Polibio, 16.13). Luego, cuando fue rechazado por ejércitos superiores, de alguna manera logró una retirada más allá de Megalópolis, como si esa ciudad no existiera, aunque por cierto existía y se había recuperado, imperfectamente, de las depredaciones de Cleómenes. De hecho, Plutarco nos dice que fue el ejército de Megalópolis el que resultó en mayor parte fundamental para expulsar a Nabis de Mesenia.

Para entonces, Roma había derrotado a Aníbal, y acto seguido dirigía su atención al otrora aliado de Cartago, Filipo V de Macedonia. Los etolios sentían que los romanos los habían tratado mal como aliados en el conflicto anterior, por lo que esta vez se aliaron con Filipo. Esto llevó a los aqueos al lado romano, y Nabis y los espartanos se unieron a Macedonia. Filipo se dio cuenta de que los espartanos estaban poco dispuestos a aliarse con la nación que había aplastado sus esperanzas en Selasia. Por tanto, como incentivo, ofreció a Esparta el control de Argos, ciudad que había

tomado pero que no tenía perspectivas de conservar.

Nabis mantuvo a Argos bajo el control del autócrata que Filipo ya había designado en su lugar, pero envió a su esposa para recaudar ingresos. Según Polibio, la esposa era incluso más desagradable que su misma imagen en moneda, y en sus esfuerzos por recaudar dinero «superó incluso a Nabis en crueldad». Esto, naturalmente, provocó inquietud y resentimiento entre los argivos contra sus señores espartanos. No ayudó a aplacar el malestar que aquellos argivos, que eran demasiado francos en sus objeciones al gobierno de Nabis, vieran sus tierras confiscadas y redistribuidas entre ilotas espartanos liberados.

Los historiadores militares modernos han sugerido que estos ilotas liberados constituyeron la columna vertebral del ejército espartano. Sin duda, fue una solución realista a un problema de larga data. Al liberar y reclutar a los ilotas, Nabis ya no tenía la preocupación, común a las generaciones de sus predecesores, de que los ilotas se alzarían en armas contra él. Estaban en armas, pero de su lado. Como resultado, Esparta ya no necesitaba mantener soldados en reserva para hacer frente a la amenaza siempre presente de un levantamiento ilota. Desde el punto de vista de la moral moderna, la liberación de los ilotas corrigió una gran ofensa contra la dignidad humana. Los escritores antiguos estaban menos entusiasmados con semejante igualitarismo y escribieron relatos indignados sobre ilotas que se casaban con las esposas de sus antiguos amos ahora exiliados, en la suposición de que Nabis debía de haberlo impuesto.

Nabis también había renovado la asociación entre Esparta y los cretenses. Convirtió el puerto de Gitión (Lacedemonia) en una gran base naval y permitió que los cretenses la usaran para asaltar a los mercantes aqueos y romanos. Sin duda, muchos lacedemonios pobres se emplearon al servicio de los cretenses como remeros en este montaje naval bastante ad hoc. En teoría, estas incursiones –censuradas por los detractores de Nabis como piratería– deberían haber cesado cuando Nabis se dio cuenta de que la guerra era contra Filipo V y hábilmente cambió de bando. Al traicionar a Filipo e irse de Roma, se quedó con Argos y otros territorios menores. Lamentablemente, los cretenses tardaron en detener sus

muy rentables depredaciones sobre la navegación romana y aquea, y esto provocó la hostilidad romana.

En consecuencia, una vez que los romanos derrotaron a Filipo, celebraron una asamblea con sus aliados griegos en Corinto. Allí, el comandante romano Flaminio ordenó a los espartanos que abandonaran Argos, pero éstos se negaron, argumentando que un poco de piratería era insuficiente para justificar tales demandas. Que la exigencia de devolver Argos era poco más que un pretexto para aplastar a Esparta quedó claro cuando los romanos dejaron Argos en manos espartanas y avanzaron sobre el Peloponeso con cuarenta mil hombres. Era mucho más que una mera fuerza punitiva. Evidentemente, se trataba de un ejército de conquista, especialmente cuando a los romanos se añadieron unos diez mil aqueos.

En el conflicto que siguió, los espartanos demostraron una vez más que, incluso si su ejército había cambiado radicalmente, Lacedemonia todavía producía algunos de los mejores y más obstinados guerreros de Grecia. Esparta fue atacada, pero resistió, y resistir contra un ejército romano compuesto de veteranos fue una hazaña que varias de las ciudades más importantes del mundo antiguo no habían logrado en tiempos recientes. Incluso en el puerto de Gitión, los espartanos, superados en número, se enfrentaron a Roma y lograron un empate, aunque fuese un empate perdedor. Finalmente rindieron el puerto, pero se les permitió marchar con sus armas para unirse a Nabis en Esparta.

Entonces, Flaminio, algo desilusionado con el crudo imperialismo y la ambición de sus aliados aqueos, comenzó a apreciar el valor de Esparta como contrapeso. Ofreció condiciones que Nabis estaba dispuesto a aceptar, pero que la asamblea espartana rechazó de primeras, hasta que una nueva ronda de asedios les hizo cambiar de opinión. (Por qué el supuestamente tiránico Nabis presentó estas propuestas a la asamblea espartana y aplazó su decisión es algo que Polibio no explica).

Argos se rebeló contra los espartanos tan pronto como se enteró de que Esparta estaba siendo atacada. Pero resultó que su rebelión era innecesaria, ya que los términos de la paz que los espartanos finalmente pactaron con Roma fueron que Argos debía ser liberada

(después de lo cual fue rápidamente absorbida por la Liga Aquea). También se independizaron otras ciudades a lo largo de la costa de Lacedemonia que habían estado bajo el dominio espartano durante siglos. Estalló la paz y, de acuerdo con su anuncio de que las ciudades de Grecia eran ahora «libres», Flaminio y sus legiones regresaron a Roma.

Nabis y sus espartanos usaron esa libertad para comenzar inmediatamente a trabajar en la recuperación de las tierras perdidas en el último acuerdo de paz, empezando por el puerto de Gitión, sin el cual Esparta era sólo una pequeña ciudad sin salida al mar en el suroeste del Peloponeso. La idea de que Esparta recuperara siquiera una sombra de su poder anterior alarmó mucho a los aqueos, que apelaron de nuevo a Roma. (Tales apelaciones al poder militar dominante de la época se convertirían en una práctica casi estándar entre los estados supuestamente libres del Mediterráneo oriental, y no sólo los griegos).

El final

El final de Esparta fue repentino y brutal. Bloqueado por las intervenciones aqueas y romanas en sus intentos de restaurar el poder espartano, Nabis llegó a un acuerdo con los etolios. El plan, supuestamente, era que Etolia y Esparta pedirían ayuda al reino oriental de Seleucia, y gracias a ello aplastarían a la Liga Aquea mientras Roma luchaba con los seléucidas. Pero todo acabó rápidamente, sofocado por la pronta intervención de los aqueos y los romanos, tras lo cual los frustrados etolios mataron a Nabis y tomaron Esparta.

En el relato tal y como lo conocemos, se nos cuenta básicamente que los etolios habían decidido que no iban a vencer a la alianza romano-aquea, por lo que decidieron tomar Esparta como una especie de premio de consolación. Habían contribuido a Esparta con unos mil soldados de refuerzo, para defender la ciudad contra un asalto aqueo; un asalto que los diplomáticos romanos estaban tratando de evitar enérgicamente, lo que parece extraño e

inconsistente si Esparta realmente estaba conspirando con los enemigos de Roma.

Mientras Nabis observaba a los etolios durante el entrenamiento militar, uno de ellos se volvió bruscamente hacia él y lo mató con la lanza. Los etolios intentaron entonces hacerse con el control de Esparta, pero fueron masacrados sin excepción por el indignado pueblo espartano; es decir, por esas mismas personas a las que Nabis presuntamente controlaba mediante la tiranía y el terror. Entonces, los aqueos intervinieron para detener la agitación en Esparta y conquistaron en un fácil asalto, apenas sin resistencia, la ciudad, ahora desmoralizada y sin líderes.

Hay de todos modos muchos detalles aleatorios en la narración, y además algunas de sus partes parecen desafiar la lógica. Podemos acusar justamente a Polibio de ocultación, ya que su descripción de lo que sucedió a Nabis es profundamente sospechosa. El hecho de que estos eventos llevaran a los aqueos a tomar el control de Esparta a pesar de las objeciones romanas hace que todo el relato parezca, en cierto modo, falso.

Sin embargo, un hecho sigue siendo indiscutible. Sea como fuere, y de todas formas, Nabis fue asesinado en el 192 a. C. Con él terminó no sólo la última oportunidad de reforma del Estado espartano, sino también la existencia de la misma Esparta como entidad independiente. Esparta continuó existiendo durante los siglos venideros, pero nunca fue nada más que una pequeña ciudad montañesa del Peloponeso bajo control ajeno.

Réplicas

Los aqueos estaban decididos a hacer de Esparta una ciudad helénica «normal», aunque totalmente dominada. El ejército espartano se convirtió en poco más que una guardia de honor, y las murallas de la ciudad fueron derribadas. Se abolieron las leyes de Licurgo y se animó a los aristócratas exiliados a regresar y establecer una oligarquía. Como era de esperar, esto no sofocó el

malestar social en la ciudad, y las relaciones con la Liga Aquea se volvieron, en el mejor de los casos, enojadizas. Finalmente, el Senado romano se cansó de las constantes disputas entre Esparta y el resto de la Liga y ordenó que se reconociera la independencia de Esparta y otras ciudades. En parte fue la negativa de la Liga a obedecer lo que provocó la intervención romana del 146 a. C. y la absorción de Grecia, incluida Esparta, en el creciente Imperio de Roma.

En tanto ciudad romana, a los espartanos se les permitió volver a sus costumbres tradicionales. Se trataba menos de alentar una tradición militar que de satisfacer a los turistas romanos, impacientes por ver el antiguo estilo de vida espartano en acción. Se instalaron asientos para que los espectadores visitantes pudieran ver algunas de las hazañas de resistencia más dolorosas sufridas por los niños espartanos mientras atravesaban los ritos de la agogé. «Porque un oráculo les dijo que debían manchar el altar [de Artemisa Ortia] con sangre humana [...] Licurgo transformó en tradición que los espartanos azotaran a los jóvenes allí», dice Pausanias a sus lectores romanos (Pausanias, 3.16.10). Los jóvenes tenían que hacer una carrera de baquetas hasta el altar y eran azotados tan severamente en el ínterin que algunos morían. Los espectadores hacían fila en los muros del recinto para ver el espectáculo, que era de pago. En resumen, la Esparta romana se convirtió en una especie de parque temático truculento que imitaba los rituales de su glorioso pasado.

Los emperadores romanos fueron capaces de explotar ese pasado. Al menos dos emperadores del siglo III tenían un contingente espartano en sus ejércitos, casi con certeza por su valor propagandístico. Cuando cayó Roma, Esparta se hundió con el Imperio. La ciudad fue saqueada por el líder bárbaro Alarico en el 396 d. C., y fue abandonada antes de la ocupación eslava del Peloponeso durante los siglos siguientes.

Es posible que una pequeña población continuara viviendo en la ciudad en ruinas, pero la mayoría de los lugareños se había trasladado a la nueva base fortificada de Mistrá, que fue el asentamiento más importante de la zona durante la mayor parte de las tardías épocas bizantina y otomana. La propia ciudad de Esparta

se restableció en la época moderna, y hoy Esparta es el hogar de unos veinte mil ciudadanos. Muchos de ellos, como sus predecesores de la era romana, se ganan la vida con los turistas que visitan el lugar, tan influyente en la historia europea. Y, como los romanos, muchos turistas todavía visitan el templo (ahora restaurado) de Artemisa Ortia.

Epílogo

Espartanofilia

Aunque casi desaparecida, Esparta no ha perdido su poder de influir en el mundo moderno. La ciudad se celebra en películas, juegos de ordenador, novelas y programas de telerrealidad. De hecho, sería justo decir que Esparta tiene más admiradores en el mundo moderno que los que nunca tuvo durante el apogeo de la ciudad. Las virtudes espartanas que destacaron más claramente en las Termópilas continúan inspirándonos hoy: el compañerismo en la adversidad, el sacrificio y el coraje son valores universalmente celebrados y siguen siendo aspiraciones valiosas.

Menos alentadores han sido los intentos más literales de emular a Esparta en el mundo moderno, como pueden atestiguar generaciones de escolares criados en el sistema de internados inglés. Estas escuelas se establecieron en el siglo XIX para criar a los vástagos de las clases altas como futuros administradores coloniales. En la emulación consciente del sistema de la agogé espartano (aunque despojado de sus características más horribles), las escuelas criaron a sus alumnos en grupos de un solo género llamados «casas» y trataron de marcar el desarrollo del carácter a través de las privaciones. Como comentó el novelista Evelyn Waugh: «Cualquiera que haya estado en un internado inglés, siempre, en comparación, se sentirá como en casa en una prisión».

Aún más malévola fue la influencia de Esparta en la filosofía nazi. Esto se ha demostrado en obras como Sparta in Modern Thought (Stephen Hodkinson y Ian MacGregor Morris, Classical Press of Wales, 2010), e incluso de manera más transparente en los escritos del mismo Adolf Hitler. En su Mein Kampf, Hitler respalda explícitamente los ideales espartanos de la supremacía del Estado sobre el individuo y la celebración del espíritu guerrero. Como es

lógico, las raíces intelectuales del nacionalsocialismo se pueden encontrar en filósofos como Friedrich Nietzsche o Adam Müller, fervientes helenófilos y admiradores de Esparta. Incluso hoy en día una búsqueda rápida en la web revela «manifiestos» como éste:

La antigua Esparta y la Alemania nacionalsocialista: dos estados, símbolos de la lucha por el derecho y la verdad, en la contienda por la caída de la plaga social de la democracia y el bolchevismo [sic]. Aunque Berlín ha caído, aunque los medos pasaron por las Termópilas [...] Las Nuevas Termópilas aún no han caído, las Nuevas Termópilas triunfarán, ¡las Nuevas Termópilas son nuestras almas!

(https://phosphorussite.wordpress.com)

Sería fácil, pero incorrecto, descartarlos como perversiones del ideal espartano. Sin embargo, una lectura de la República del espartanófilo Platón mostrará el mismo desprecio escalofriante por el individuo, así como sentimientos como que los niños son propiedad del Estado y que las personas «deficientes» deben ser eliminadas sin piedad del ganado reproductor. Y Platón modeló sus ideas en un estado que conocía personalmente.

Curiosamente, Aristóteles, más que algo espartanofóbico, atribuye la caída de Esparta exactamente a esos principios que los espartanófilos admiran hoy:

Todo su sistema de leyes está dirigido a desarrollar un solo aspecto de la virtud, el valor militar, porque es necesario para la conquista. Esto ciertamente mantuvo seguro al Estado mientras estuvo en guerra. Sin embargo, también arrojó al Estado a la decadencia una vez que había ganado un imperio, porque los espartanos no sabían cómo distenderse. No tenían entrenamiento en aquellas cosas que

son más importantes que la guerra.

(Aristóteles, Política, 1271b)

b

agogé: sistema espartano de crianza y educación de los niños.

esparciata: rango superior de la sociedad espartana.

gerusía: consejo de ancianos, más o menos análogo al Senado.

harmost: gobernador militar de una ciudad o de una región.

homoioi: los «semejantes», ciudadanos de pleno derecho de Esparta.

ilotas: los sometidos por Esparta en una condición intermedia entre siervos y esclavos.

kleros: parcela de tierra entregada a un esparciata para que pagara su sustento.

krypteia: espías y asesinos espartanos.

motaz: espartanos que no poseían la condición de esparciatas, pero educados en el sistema de la agogé.

navarca: almirante de una flota naval.

periecos: habitantes de Lacedemonia que no eran espartanos y estaban sojuzgados por Esparta, aunque eran nominalmente independientes.

polemarca: comandante de un ejército de una mora (falange compuesta por 600 hoplitas).

retra: proposición de ley elevada a la asamblea del pueblo de Esparta.

sarissa: larga pica adoptada por Filipo II de Macedonia.

stasis: conflictos internos de una sociedad que pueden transformarse en guerra civil.

strategos: comandante en jefe de un cuerpo militar de tierra.

syssitia: comida colectiva de esparciatas, jóvenes y adultos. No hacer frente a los gastos de la comida colectiva rebajaba el rango de esparciata.

tresantes: «temblorosos» o supervivientes de una batalla perdida. Motivo de pérdida de la ciudadanía plena y, por tanto, de la

condición de esparciata.

Bibliografía

Blockey, R. C., «Dexippus and Priscus and the Thucydidean Account of the Siege of Platea», en Phoenix, 1973 (26), pp. 18-27.

Cartledge, Paul, Sparta and Lakonia: a regional history 1300-362 BC, Routledge, Londres, 2013.

Figueira, Thomas J., «Population Patterns in Late Archaic and Classical Sparta», en Transactions of the American Philological Association, 1974 (116), pp. 165-213.

Flower, M. A., «Revolutionary agitation and social change in classical Sparta», en Bulletin of the Institute of Classical Studies, 1991 (37), pp. 78-97.

Forrest, William George, A History of Sparta, Bristol Classical Press, Bristol, 1998.

Hodkinson, Stephen, «Land tenure and Inheritance in Classical Sparta», en Classical Quarterly, 1986/2009 (36-2), pp. 378-406.

—— *Property and Wealth in Classical Sparta, Classical Press of Wales, Swansea, 2009.*

Hutchinson, Gregory, Sparta: Unfit for Empire, Casemate, Filadelfia, 2015.

Michalopoulos, Miltiades, In the Name of Lykourgos: The Rise and fall of the Spartan Revolutionary Movement (243-146BC), Pen and Sword Military, Barnsley, 2017.

Plant, I. M., «The Battle of Tanagra: A Spartan Initiative?», en Historia, 1994 (43), pp. 259-274.

Powell, Anton, Classical Sparta: Techniques Behind her Success, Routledge, Londres, 2014.

Powell, Anton y S. Hodkinson (eds.), Sparta: The Body Politic, Classical Press of Wales, Swansea, 2010.

Notas

[1] Esparciatas eran todos los varones mayores de treinta años que disfrutaban de todos los derechos y formaban parte del cuerpo cívico de la ciudad. (N. de la T.)

[2] Clase social compuesta por los habitantes de Lacedemonia sin ciudadanía plena. Controlaban el comercio y los negocios, las artesanías y las manufacturas, que incluían la fabricación de armas y armaduras para el ejército espartano. En Esparta, las actividades comerciales y lucrativas se consideraban indignas. (N. de la T.)

[3] Grupo de pobladores de Tesalia en estado de sometimiento, comparable al de los ilotas con respecto de Esparta. (N. de la T.)

[4] Gran Reta se llamaba a la constitución de Esparta, atribuida al legislador Licurgo. (N. de la T.)

[5] Kleros, en griego clásico, era el lote de tierra del que un ciudadano de pleno derecho tenía el usufructo de por vida. (N. de la T.)

[6] De móthakes, palabra dórica que significa «hermanastro». Se usaba en Esparta para designar a una clase social compuesta por hijos naturales de esparciatas, espartanos nacidos fuera de la polis y descendientes empobrecidos de esparciatas que habían perdido el derecho a la ciudadanía plena.